



NORA  
se  
ROBERTS

EL ARTE DEL ENGAÑO

Supuestamente, había ido a la mansión en busca de descanso y para aprender las técnicas de su padre, el afamado y excéntrico pintor Philip Fairchild. Pero, ¿era el atractivo Adam Haines el hombre que fingía ser? ¿La respetada escultora y aclamada artista Kirby Fairchild estaba enamorándose de un desconocido que era mucho más ducho que ella en el arte del engaño?

Lo que ambos terminan por descubrir es que nada es lo que aparenta ser en la realidad que comparten en la mansión Fairchild, y que tendrán que aprender a confiar el uno en el otro si quieren superar los manejos de un antiguo novio, que pueden llevar al padre de Kirby a la cárcel.



Nora Roberts

# **El arte del engaño**

ePub r1.1

Titivillus 24.08.2021

Título original: *The Art of Deception*

Nora Roberts, 1986

Traducción: Elías Sarhan Assy

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



## Índice de contenido

Cubierta

El arte del engaño

Dedicatoria

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Sobre la autora

*Dedicado a los miembros del Romance Writers of America.  
En gratitud por los amigos que he hecho y los amigos que haré.*

# I

Era más un castillo que una casa. La piedra era gris, pero biselada en los bordes, de modo que brillaba tenuemente con colores subyacentes. Las torres y los torreones se erguían hacia el cielo, unidos por un tejado almenado. Las ventanas estaban divididas por parteluces, largas y estrechas, con cristales en forma de diamantes.

La estructura, que Adam jamás consideraría algo tan corriente como una casa, se alzaba sobre el Hudson, audaz, excéntrica y, si algo así era posible, complacida consigo misma. Si las historias eran ciertas, encajaba a la perfección con su propietario.

Al cruzar el patio de baldosas, llegó a la conclusión de que lo único que necesitaba era un dragón y un foso.

Dos gárgolas sonrientes se sentaban a cada lado de los amplios escalones de piedra. Pasó junto a ellas con la reserva natural de un hombre pragmático. Las gárgolas y los torreones podían aceptarse en su lugar apropiado... pero no en el Nueva York rural, a unas horas en coche de Manhattan.

Decidió reservarse el juicio antes de alzar la pesada aldaba de latón y dejarla caer contra la madera de caoba de Honduras. Después de la tercera llamada, la puerta se abrió. Con paciencia tensa, bajó la vista a una mujer pequeña con enormes ojos grises, trenzas negras y la cara manchada de hollín. Llevaba puesta una sudadera arrugada y unos vaqueros que habían visto días mejores. Con gesto perezoso, se frotó la nariz con el dorso de la mano y le devolvió la mirada.

—Hola.

Él contuvo un suspiro, pensando que si el personal se reducía a criadas tontas, las siguientes semanas iban a ser muy tediosas.

—Soy Adam Haines. El señor Fairchild me espera —declaró.

Los ojos de ella se entrecerraron con curiosidad o suspicacia, no estuvo muy seguro.

—¿Lo espera? —cuestionó con acento de Nueva Inglaterra. Tras otro momento de inspección, frunció el ceño, se encogió de hombros y se apartó para dejarlo pasar.

El vestíbulo era amplio y en apariencia interminable. Los frisos brillaban de un marrón profundo a la luz difusa. Por un alto ventanal entraban unos haces de luz para caer sobre la mujer pequeña, pero apenas lo notó. Cuadros. Por el momento, Adam olvidó la fatiga del viaje y su irritación. Lo olvidó todo menos los cuadros.

Van Gogh, Renoir, Monet. Un museo no podría pedir una exposición mejor. Su fuerza lo atrajo. Las tonalidades, las tintas, las pinceladas y la magnificencia general que creaban arrastró sus sentidos. Quizá, de algún modo extraño, Fairchild había acertado al guardarlos en algo parecido a una fortaleza. Volviéndose, vio a la doncella

con las manos juntas, los enormes ojos grises clavados en su cara. La impaciencia renació.

—¿Quiere darse prisa? Dígale al señor Fairchild que estoy aquí.

—¿Y quién es usted?

Evidentemente la impaciencia no la afectaba.

—Adam Haines —repitió. Era un hombre acostumbrado a los criados... y que esperaba eficacia.

—Eso ha dicho.

¿Cómo podía tener unos ojos brumosos y despejados al mismo tiempo? Pensó un instante en el hecho de que reflejaban una madurez y una inteligencia en conflicto con las trenzas y la cara manchada.

—Señorita... —comenzó con marcada precisión—. El señor Fairchild me espera. Dígale que estoy aquí. ¿Podrá hacerlo?

Una sonrisa súbita y deslumbrante le iluminó la cara.

—Sí.

La sonrisa lo desconcertó. Por primera vez notó que poseía una boca exquisita, plena y como esculpida. Y había algo... algo bajo el hollín. Sin pensárselo, levantó una mano con la intención de quitárselo. En ese momento cayó la tempestad.

—¡No puedo hacerlo! Te digo que es imposible. ¡Es una parodia! —un hombre bajó por las escaleras largas y curvas a una velocidad alarmante. Tenía el rostro cubierto por la tragedia, la voz llena de premonición—. Todo es por tu culpa —se detuvo sin aliento y apuntó a la pequeña doncella con un dedo largo y fino—. No te equivoques, penderá sobre ti.

Era bajo, con una complexión élfica, el rostro moldeado con líneas de querubín. El pelo rubio casi se le erizaba. Parecía bailar. Las piernas delgadas se alzaban y caían en el rellano mientras agitaba el dedo en dirección a la mujer del pelo oscuro. Ella se mantuvo serena e imperturbable.

—Su tensión arterial sube por momentos, señor Fairchild. Será mejor que respire hondo varias veces antes de que le dé un ataque.

—¡Ataque! —insultado, danzó más deprisa. El rostro le brilló agitado por el esfuerzo—. Yo no sufro ataques, muchacha. Nunca en la vida he tenido un ataque.

—Siempre hay una primera vez —ella asintió y mantuvo los dedos ligeramente unidos—. Ha venido a verlo el señor Adam Haines.

—¿Haines? ¿Y qué diablos pinta Haines en esto? Te digo que es el fin. El clímax —se llevó una mano al corazón con gesto dramático. Los pálidos ojos azules se humedecieron—. ¿Haines? —repitió. De pronto se centró en Adam con una sonrisa luminosa—. Lo estoy esperando, ¿verdad?

—Sí —con cautela, Adam le ofreció la mano.

—Me alegro de que pudiera venir, esperaba este momento —sin dejar de mostrar los dientes, agitó la mano de Adam—. Al salón —lo tomó del brazo—. Tomaremos

una copa —caminó con el andar rápido de un hombre al que no lo preocupaba nada en el mundo.

En el salón, Adam tuvo la veloz impresión de antigüedades y viejas revistas. Ante el gesto de la mano de Fairchild, se sentó en un sillón notablemente incómodo. La doncella se dirigió a una enorme chimenea de piedra y comenzó a limpiar el interior mientras emitía unos silbidos alegres.

—Yo beberé un *whisky* —decidió Fairchild y alargó la mano hacia una botella de Chivas Regal.

—Perfecto.

—Admiro su trabajo, Haines —le ofreció la copa con mano firme. Tenía el rostro sereno, la voz moderada.

Adam se preguntó si había imaginado la escena de la escalera.

—Gracias —bebió un trago y estudió al pequeño genio que tenía delante.

Pequeñas redes de arrugas salían de los ojos y de la boca de Fairchild. Sin ellas y el cabello ralo, se lo podría haber tomado por un hombre muy joven. Su aura de juventud parecía proceder de una vitalidad interior, de una energía febril. Los ojos eran de un azul puro e inmarchitable. Adam sabía que podían ver más allá de lo que otros veían.

Philip Fairchild era, indiscutiblemente, uno de los artistas vivos más grandes del siglo xx. Su estilo iba de lo extravagante a lo elegante, con un toque de todo en medio. Durante más de treinta años, había disfrutado de una posición de fama, riqueza y respeto en los círculos artísticos y populares, algo que muy pocas personas en su profesión alcanzaban en vida.

Y la disfrutaba, con un temperamento que iba de lo pomposo a lo irascible a lo generoso. De vez en cuando invitaba a otros artistas a su casa en el Hudson, a pasar semanas o meses que podían dedicar a trabajar, a absorber experiencias o, simplemente, a relajarse. En otras ocasiones, le cerraba las puertas a todo el mundo para sumirse en una reclusión total.

—Agradezco la oportunidad de trabajar aquí durante unas semanas, señor Fairchild.

—Es un placer —el artista bebió *whisky* y se sentó realizando un gesto real de la mano... el rey ofreciendo su bendición.

Adam contuvo una sonrisa.

—Aguardo con ansiedad el momento de estudiar algunos de sus cuadros de cerca. Hay una variedad tan increíble en su trabajo.

—Vivo para la variedad —rió Fairchild. Desde la chimenea se oyó un claro bufido—. Mocosa irrespetuosa —musitó con la copa cerca de los labios. Cuando la miró ceñudo, la doncella se echó una trenza por encima del hombro y echó el trapo en el cubo con ruido—. ¡Cards! —rugió Fairchild, tan súbitamente que Adam estuvo a punto de derramarse el *whisky* en el regazo.

—¿Perdón? —dijo.

—No es necesario —concedió Fairchild con elegancia y volvió a gritar. Entonces entró en el salón el epítome de todos los mayordomos.

—Sí, señor Fairchild —anunció con voz grave, levemente británica. El traje oscuro que lucía marcaba un discreto contraste con su pelo blanco y piel clara. Se erguía como un soldado.

—Encárgate del coche del señor Haines, Cards, y de su equipaje. El cuarto de invitados Wedgwood.

—Muy bien, señor —convino el mayordomo tras un ligero asentimiento de la mujer que se ocupaba en la chimenea.

—Y pon su equipo en el estudio Kirby —añadió Fairchild, sonriendo cuando la deshollinadora se atragantó—. Hay suficiente espacio para los dos —lo informó a Adam antes de fruncir el ceño—. Mi hija, ya sabe. Se dedica a la escultura y está metida hasta los codos en arcilla o tallando madera o mármol. No lo soporto —sostuvo la copa en ambas manos e inclinó la cabeza—. Dios sabe que lo intento. He puesto mi alma en ello. ¿Y para qué? —exigió saber, alzando otra vez la cabeza—. ¿Para qué?

—Me temo que...

—¡Fracaso! —gimió Fairchild, interrumpiéndolo—. Tener que tratar con el fracaso a mi edad. Está en tu cabeza —le repitió a la pequeña morena—. Tienes que vivir con él... si puedes.

Volviéndose, ella se sentó en la chimenea, dobló las piernas bajo el cuerpo y se frotó más hollín en la nariz.

—No puedes culparme por tener cuatro dedos pulgares y haber perdido el alma —el acento había desaparecido. Habló con voz baja y suave, insinuando escuelas europeas—. Estás decidido a ser mejor que yo —continuó—. Por lo tanto, estabas predestinado a fracasar antes de haber empezado.

Adam entrecerró los ojos.

—¡Predestinado a fracasar! ¿Predestinado a fracasar yo? —se levantó y volvió a bailar, el *whisky* derramándose por el borde de la copa—. Philip Fairchild vencerá, mocosa desalmada. ¡Él triunfará! Te comerás las palabras.

—Tonterías —bostezó adrede—. Tú tienes tu medio, papá, y yo el mío. Aprende a vivir con ello.

—Jamás —se dio un golpe a la altura del corazón—. «Derrota» es una palabra de cuatro letras.

—Siete —corrigió y, levantándose, le requisó el resto del *whisky*.

La observó ceñudo y luego bajó la vista a la copa vacía.

—Hablaba metafóricamente.

—Qué inteligente —le dio un beso en la mejilla y le trasladó algo de hollín.

—Tienes la cara sucia —gruñó Fairchild.

Se sonrieron. Durante un instante, el parecido fue tan notable, que Adam se preguntó cómo había podido pasarlo por alto. Kirby Fairchild, la hija única de Philip,

artista muy respetada y excéntrica por derecho propio. Lo desconcertó que la preferida de los círculos modernos estuviera limpiando una chimenea.

—Ven, Adam —se volvió hacia él con una sonrisa casual—. Te enseñaré tu habitación. Pareces cansado. Oh, papá —agregó al acercarse a la puerta—, ha llegado el último número de *People*. Eso lo mantendrá entretenido —le dijo a Adam al conducirlo escaleras arriba.

La siguió despacio, notando que caminaba con la gracia impecable de una mujer a la que le habían enseñado a moverse. Las trenzas oscilaban a su espalda. Las zapatillas de lona tenían los cordones rotos.

Kirby avanzó por la primera planta y pasó ante media docena de puertas antes de detenerse. Se miró las manos, luego a Adam.

—Será mejor que abras tú. Yo ensuciaría el pomo. Él empujó la puerta y sintió como si diera marcha atrás en el tiempo. El color predominante era el azul. El mobiliario pertenecía al período georgiano, butacas de madera tallada y mesas de ebanistería compleja. Una vez más había cuadros, pero en esa ocasión fue la mujer que tenía a la espalda quien atrapó su atención.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Hacer qué?

—Esa representación en la entrada —regresó hasta donde ella estaba en el umbral. Bajó la vista y calculó que apenas sobrepasaba el metro cincuenta. Por segunda vez experimentó el impulso de quitarle el hollín que tenía en el rostro para averiguar qué había abajo.

—Parecías tan correcto —apoyó un hombro en el marco. Tenía una elegancia que la intrigaba, ya que sus ojos eran penetrantes y arrogantes. Aunque no sonrió, la diversión en su expresión era suave—. Esperabas una doncella lela, así que te lo facilité. Los cócteles se sirven a las siete. ¿Podrás encontrar el camino de vuelta o vengo a buscarte?

—Lo encontraré —por el momento, se conformaría con eso.

—De acuerdo. *Ciao*, Adam.

Fascinado a regañadientes, la observó hasta que dobló por la esquina al final del pasillo. Quizá sería tan interesante romper la nuez de Kirby Fairchild como la de su padre. Pero eso sería para más adelante.

Cerró la puerta y echó el cerrojo. Sus maletas ya estaban cuidadosamente colocadas junto al armario de madera de palo de rosa. Recogió el maletín, introdujo la combinación y alzó la tapa. Extrajo un pequeño transmisor y activó un interruptor.

—Estoy dentro.

—Contraseña —fue la respuesta.

Maldijo, suave y nítidamente.

—Gaviota. Que es, sin ningún género de dudas, la contraseña más ridícula que jamás haya habido.

—Rutina, Adam. Hemos de seguir la rutina.

—Claro —no había existido nada rutinario desde que detuvo el coche al final del sinuoso sendero—. Estoy dentro, McIntyre, y quiero que sepas lo mucho que te agradezco que me metieras en esta casa de locos —con un movimiento del dedo pulgar, cortó.

Sin detenerse a lavarse, Kirby subió los escalones que conducían al estudio de su padre. Abrió la puerta y luego la cerró con fuerza, haciendo temblar los tubos y los botes de pintura en las estanterías.

—¿Qué has hecho esta vez? —demandó.

—Empezar de nuevo —ceñudo, estaba encorvado sobre un terrón húmedo de arcilla—. De cero. Un renacer.

—No hablo de tus intentos inútiles con la arcilla. Adam Haines —soltó antes de que pudiera contestar. Como un tanque pequeño, avanzó hacia él. Años atrás había descubierto que el tamaño carecía de importancia si se disponía de arte para la intimidación. Algo que ella había desarrollado de forma meticulosa. Apoyó las manos en la mesa de trabajo de su padre y se plantó nariz con nariz—. ¿Qué demonios pretendes invitándolo aquí sin siquiera consultármelo?

—Vamos, vamos, Kirby —no había vivido seis décadas sin saber cuándo esquivar—. Se me pasó.

Mejor que cualquiera, Kirby sabía que a su padre jamás se le pasaba algo por alto.

—¿Qué planeas ahora, papá?

—¿Planear? —repitió con inocencia.

—¿Por qué lo invitaste ahora, de todos los momentos posibles?

—He admirado su trabajo. Igual que tú —señaló cuando ella apretó los labios—. Escribió una carta tan agradable acerca de *Luna Escarlata* cuando el mes pasado la expusieron en el Metropolitano.

Ella enarcó una ceja, un movimiento elegante a pesar de la capa de hollín.

—No invitas a todo el mundo que alaba tu obra.

—Claro que no, cariño. Eso sería imposible. Uno debe ser... selectivo. Y ahora tengo que volver al trabajo mientras sigue fluyendo el estado de ánimo propicio.

—Algo va a fluir —aseguró ella—. Papá, si has tramado algo nuevo después de prometer...

—¡Kirby! —la cara tembló por la emoción. Era uno de sus talentos—. ¿Dudarías de la palabra de tu propio padre? ¿La semilla que te engendró?

—Eso hace que suene como una gardenia, y no funcionará —cruzó los brazos. Ceñudo, su padre comenzó a manipular la arcilla.

—Mis motivos son completamente altruistas.

—Ja.

—Adam Haines es un artista joven y brillante. Tú misma lo has dicho.

—Sí, lo es, y estoy convencida de que sería una compañía encantadora en otras circunstancias —se inclinó y tomó el mentón de su padre con una mano—. Ahora no.

—Qué descortés —desaprobó su padre—. Tu madre, que su alma descanse en paz, estaría muy decepcionada contigo.

—¡Papá, el Van Gogh! —apretó los dientes.

—Va muy bien —afirmó él—. Sólo faltan unos días.

Desquiciada, se dirigió a la ventana de la torre.

—¡Maldita sea! —decidió que tenía que tratarse de senilidad, de lo contrario, ¿cómo podía pasársele por la cabeza tener a ese hombre en la casa? La semana siguiente, el mes siguiente, pero ¿en ese momento? Ese hombre no era ningún tonto.

A primera vista había decidido que no sólo era atractivo, sino también agudo. La boca larga y fina equivalía a decisión. Quizá era un poco pomposo en su porte y maneras, pero no era blando.

De hecho, le gustaría realizarle una estatua. La nariz recta, las facciones angulosas y marcadas. El pelo tenía casi la tonalidad del bronce profundo y bruñido. Le encantaría capturar su aire de arrogancia y autoridad. ¡Pero no en ese momento!

Suspiró y movió los hombros. A su espalda, Fairchild sonrió. Cuando se volvió para mirarlo, lo vio meticulosamente concentrado en la arcilla.

—¿Sabes?, querrá subir aquí —a pesar del hollín, metió las manos en los bolsillos. No les quedaba más alternativa que encarar el problema que se les había presentado. Durante casi toda su vida, había hurgado entre la confusión que alegremente creaba su padre. Y la verdad era que no habría querido que fuera de otro modo.

—Parecería extraño que no le mostráramos tu estudio.

—Se lo mostraremos mañana.

—No debe ver el Van Gogh —plantó los pies con firmeza, decidida a luchar por ese punto—. No vas a complicar las cosas más de lo que ya lo has hecho.

—No lo verá. ¿Por qué iba a hacerlo? —la miró fugazmente con los ojos muy abiertos—. No tiene nada que ver con él.

Se quedó tranquila. Su padre podía ser un poco... único, pero no era descuidado. Tampoco lo era ella.

—Gracias a Dios que ya está casi acabado.

—Unos días más, y desaparecerá en las montañas de Sudamérica —realizó un gesto vago y amplio con las manos.

Kirby fue a quitar la lona del caballete cubierto que había en el rincón más alejado. Estudió el óleo como una artista, como una amante del arte y como hija.

La escena pastoral no era apacible, sino vibrante. Las pinceladas eran irregulares, casi fieras, de modo que el ambiente sencillo exhibía una especie de movimiento frenético. No se dejaba admirar de forma pasiva, sino que atrapaba, hablaba de dolor, de triunfo, de agonías y gozos. No pudo evitar una sonrisa. Sabía que Van Gogh no habría podido hacerlo mejor.

—Papá —giró la cabeza y sus ojos se encontraron en perfecta comprensión—. Eres incomparable.

A las siete, Kirby no sólo se había resignado al invitado, sino que se había preparado para disfrutarlo. Era un rasgo básico de su carácter disfrutar de lo que tenía que soportar. Mientras servía vermut en una copa, se dio cuenta de que deseaba volver a verlo e ir más allá de la superficie lustrosa. Tenía la impresión de que Adam Haines podía estar recubierto por unas capas fascinantes.

Se dejó caer en un sillón de respaldo alto, cruzó las piernas y se concentró en los desvaríos de su padre.

—Me odia, es un fracaso constante. ¿Por qué, Kirby? —extendió las manos en un gesto apasionado de súplica—. Soy un buen hombre, un padre cariñoso, un amigo leal.

—Es tu actitud, papá —se encogió de hombros mientras bebía—. Tu plano emocional es defectuoso.

—Mi plano emocional está perfecto —olisqueó la copa y la alzó—. No tiene nada mal. El problema está en la arcilla, no en mí.

—Eres arrogante —expuso ella con sencillez.

Fairchild emitió un sonido parecido al de un tren que intenta subir una colina.

—¿Arrogante? ¿Arrogante? ¿Qué condenada palabra es ésta?

—Un adjetivo. Cuatro sílabas, nueve letras.

Adam oyó el intercambio al acercarse al salón. Tras una tarde apacible, se preguntó si se hallaba preparado para enfrentarse a otra ronda de locura. La voz de Fairchild subía de forma constante y al detenerse en la puerta, vio que el artista volvía a dar vueltas por la estancia.

Se dijo que McIntyre iba a pagar por eso. Se encargaría de que fuera una venganza lenta y completa. Cuando Fairchild apuntó con dedo acusador, siguió la dirección. Durante un instante, se quedó total e inusualmente aturdido.

La mujer sentada en el sillón se hallaba tan alejada de la deshollinadora sucia y con el pelo recogido en trenzas, que le resultó casi imposible asociarlas. Lucía un fino vestido de seda tan oscuro como su pelo, ceñido en la parte superior y con un corte en el costado para exhibir un muslo suave. Estudió su perfil mientras ella seguía los desvaríos del padre. Era un óvalo delicado y clásico, con una elevación sutil de los pómulos. Tenía unos labios carnosos, que en ese instante insinuaban una sonrisa. Sin el hollín, su piel oscilaba entre un tono oro y miel, con un aire de exuberante tersura. Sólo los ojos le recordaban que se trataba de la misma mujer... ojos grises, grandes y divertidos. Alzó una mano y se apartó el pelo oscuro que le cubría un hombro.

Ahí había algo más que belleza. Había visto a mujeres más hermosas que Kirby Fairchild. Pero había algo... La palabra lo esquivó.

Como si lo percibiera, ella giró sólo la cabeza. Una vez más lo miró fijamente, con curiosidad, mientras su padre no cesaba en los desvaríos que emitía. Lenta, muy lentamente, sonrió. Adam sintió que el poder lo golpeaba con fuerza.

De pronto lo comprendió. Sexo. Kirby Fairchild irradiaba sexo como otras mujeres exudan perfume. Un sexo crudo, sin excusas.

Con una rápida evaluación típica en él, Adam decidió que no sería fácil engañarla. Sin importar cómo llevara a Fairchild, debería ir con cuidado en lo referente a su hija. También llegó a la conclusión de que ya deseaba hacer el amor con ella. Se repitió que debería ir con *mucho* cuidado.

—Adam —habló con voz normal, pero, de algún modo, se transmitió por encima de los gritos de su padre—. Parece que nos has encontrado. Pasa, mi padre ya casi ha terminado.

—¿Terminado? Yo estoy acabado. Y por mi propia hija —avanzó hacia Adam cuando entraba en la estancia—. Dice que soy arrogante. Le pregunto, ¿es una palabra digna de salir de la boca de una hija?

—¿Un aperitivo? —preguntó Kirby.

Se levantó con un movimiento fluido que Adam siempre había asociado con mujeres altas y flexibles.

—Sí, gracias.

—¿Le resulta agradable la habitación? —con el rostro otra vez sonriente, Fairchild se dejó caer en el sofá.

—Mucho —decidió que la mejor manera de llevarlo era fingir que todo era normal. Después de todo, fingir formaba parte del juego—. Tiene una... casa excepcional.

—Me gusta —complacido, Fairchild se reclinó—. La construyó a finales del XIX un lord inglés rico y loco. Mañana le ofrecerás un recorrido a Adam, ¿verdad, Kirby?

—Desde luego —al pasarle una copa, le sonrió.

En sus orejas, vio que brillaban unos diamantes, fríos como el hielo. Sintió que el calor se incrementaba.

—Estoy impaciente por verla —concluyó que la señorita Kirby tenía, ya fuera natural o adquirido, estilo.

Ella sonrió por encima del borde de la copa, pensando precisamente lo mismo sobre él.

—Nuestro objetivo es complacer.

Hombre cauto, Adam se dirigió a Fairchild.

—Su colección de arte compite con la de un museo. El Tiziano que hay en mi habitación es fabuloso.

«El Tiziano», pensó Kirby con pánico súbito. «¿Cómo he podido olvidarlo? ¿Qué voy a hacer al respecto? No importa. No importa», se reafirmó. No podía importar, ya que no tenía remedio.

—La vista del Hudson en la pared oeste... —se volvió hacia Kirby— ¿es obra tuya?

—Mi... Oh, sí —sonrió al recordar. Se ocuparía del Tiziano en la primera oportunidad que le surgiera—. Lo había olvidado. Me temo que es sentimental. Había llegado a casa de la escuela y me enamoré del hijo del chófer. Solíamos besarnos allí.

—Tenía los dientes grandes —le recordó Fairchild con un bufido.

—El amor lo puede todo —decidió Kirby.

—La orilla del río Hudson es un lugar horrendo para perder la virginidad —afirmó su padre, repentinamente severo. Hizo remolinear el líquido de su copa y luego se la bebió de un trago.

Disfrutando de la brusca desaprobación paterna, decidió espolearla.

—No perdí la virginidad en la orilla del río Hudson —soltó con ojos divertidos—. La perdí en un Renault en París.

«El amor lo puede todo», repitió Adam para sus adentros.

—La cena está servida —anunció Cards con dignidad desde el umbral.

—Ya era hora —Fairchild se puso de pie—. Un hombre puede morir de hambre en su propia casa.

Con una sonrisa dirigida a la espalda de su padre, Kirby le ofreció la mano a Adam.

—¿Pasamos al comedor?

Una vez allí, los cuadros de Fairchild eran los dominantes. Un enorme candelabro Waterford proyectaba su luz sobre caoba y cristal. Una chimenea de piedra atronaba con llamas y luz. Se podía oler la madera y las velas al quemarse y la carne asada.

Pero los cuadros dominaban todo. Daba la impresión de que no poseía un estilo definido. Su estilo era el arte, ya retratara un paisaje amplio y bañado de luz o uno delicado y en sombras. Pinceladas atrevidas o suaves, óleos o acuarelas, él los había hecho todos. Magnífico.

Tan variadas como sus cuadros eran las opiniones que tenía de otros artistas. Sentados a la mesa larga, Fairchild habló de la persona de cada uno, como si hubiera regresado en el tiempo y desarrollado una relación con Rafael, Goya, Manet.

Sus teorías eran fascinantes, su conocimiento apabullante. El artista que había en Adam respondió a él. Pero la parte pragmática, la que había ido a realizar un trabajo, se mantuvo cauta. Las fuerzas encontradas hicieron que se sintiera incómodo. La atracción que ejercía sobre él la mujer que tenía enfrente le escoció.

Maldijo a McIntyre.

Decidió que las semanas que iba a pasar con los Fairchild podrían ser interesantes a pesar de sus excentricidades. Detestaba las complicaciones, pero había permitido que lo arrastraran a esa situación. Por el momento, se relajaría y observaría, a la espera del momento para actuar.

La información de que disponía sobre ellos era incompleta. Fairchild acababa de pasar de los sesenta años y estaba viudo desde hacía casi veinte. Su arte y su talento

no eran secretos, pero su vida personal tenía un velo. Quizá debido a su temperamento. Quizá a la necesidad.

Acerca de Kirby, no sabía casi nada. Profesionalmente, había mantenido un perfil bajo hasta su primera exposición el año anterior. Aunque había sido un éxito sin precedentes, tanto su padre como ella rara vez buscaban publicidad para su obra. En lo personal, a menudo escribían sobre ella en las revistas del corazón y en los tabloides, cuando iba a Saint Moritz con el número uno del tenis mundial o a la Martinica con el niño dorado de Hollywood. Sabía que tenía veintisiete años y que estaba soltera. Aunque no por falta de oportunidades. Era el tipo de mujer que los hombres perseguirían de manera constante. En otro siglo, por ella se habrían celebrado duelos. Adam creía que habría disfrutado con el melodrama.

Desde el punto de vista de ellos, los Fairchild sabían de Adam sólo lo que era de conocimiento público. Había nacido en circunstancias favorables, lo que le había proporcionado el tiempo y los medios para desarrollar su talento. Con veinte años, su reputación como artista había comenzado a arraigar. Doce años más tarde, se hallaba bien establecido. Había vivido en París y luego en Suiza, antes de establecerse en Estados Unidos.

No obstante, en su juventud había viajado mucho mientras pintaba. Con él, su arte siempre era lo primero. Sin embargo, bajo una fachada ecuánime, bajo el pragmatismo y la sofisticación, anidaba el gusto por la aventura y una veta de astucia. Y también estaba McIntyre.

«Tendré que aprender a controlarme», se dijo al pensar en McIntyre. La siguiente vez que Mac tuviera una inspiración, podía irse al infierno.

Cuando regresaron al salón a tomar café y *brandy*, calculó que podría acabar el trabajo en unas dos semanas. Ciertamente, el lugar era inmenso, pero en él sólo había un puñado de personas. Después de que Kirby se lo enseñara, sabría moverse con suficiente pericia. Luego sería algo rutinario.

Satisfecho, se concentró en Kirby. En ese instante, era la anfitriona perfecta... encantadora, abierta. Toda ella clase y sofisticación. Momentáneamente, era la clase de mujer que siempre lo había atraído: con una educación exquisita, inteligente, hermosa. Comenzó a relajarse en la atmósfera del salón.

—¿Por qué no tocas algo, Kirby? —Fairchild sirvió un segundo *brandy* para Adam y para sí mismo—. Me ayuda a despejar la mente.

—De acuerdo —le dedicó una sonrisa rápida a Adam y se dirigió al extremo de la estancia.

Allí pasó un dedo por un instrumento con forma de ala que él tomó por un piano.

Con sólo unas notas comprendió el error cometido. Asombrado, se dio cuenta de que se trataba de un clavicordio. Bach. Reconoció al compositor y se preguntó si había caído por un agujero en el tiempo. Nadie... nadie normal... tocaba a Bach en un clavicordio en un castillo en el siglo xx.

Fairchild estaba sentado con los ojos entornados, siguiendo el ritmo con un dedo, mientras Kirby continuaba tocando. Tenía los ojos graves, la boca levemente húmeda y seria. De pronto, sin saltarse ninguna nota ni mover otro músculo, le dedicó un lento guiño de ojo. Las notas fluyeron hacia Brahms. En ese instante, Adam supo que no sólo iba a llevársela a la cama. También iba a pintarla.

—¡Lo tengo! —Fairchild se levantó y comenzó a moverse por el salón—. Lo tengo. Inspiración. ¡Luz dorada!

—Amén —murmuró Kirby.

—Te lo demostraré, niña perversa —sonriendo como una de sus gárgolas, se inclinó sobre el clavicordio—. Al terminar la semana, tendré una pieza que hará que todo lo que has hecho tú hasta ahora parezca un tope para puertas.

Kirby enarcó las cejas y le dio un beso en los labios.

—Porquería de cabra.

—Te comerás esas palabras —le advirtió al salir de la habitación.

—Sinceramente, espero que no —se puso de pie y tomó su copa—. Papá tiene una desagradable veta competitiva —lo que siempre la complacía—. ¿Más *brandy*?

—Tu padre posee una personalidad... única —una esmeralda centelleó en su mano mientras se servía otra copa. Vio que eran manos estrechas y delicadas. Pero en ellas había fuerza. Ésta era indispensable para un artista. Se reunió con ella en el bar.

—Eres diplomático —lo miró—. Eres una persona muy diplomática, ¿verdad, Adam?

Ya había aprendido a no confiar en esa expresión de monja.

—En algunas circunstancias.

—En casi todas las circunstancias. Es una pena.

—¿Lo es?

Como le gustaba el contacto personal durante cualquier tipo de confrontación, mantuvo los ojos en él mientras bebía.

Adam pensó que tenía los iris del gris más puro que jamás había visto, sin la insinuación de ningún otro color.

—Creo que serías un hombre muy interesante si no te contuvieras. Creo que meditas todo con mucho cuidado.

—¿Ves eso como un problema? —su voz se había enfriado—. Es una observación notable en un período de tiempo tan corto.

«No, no va a ser aburrido», pensó Kirby, complacida con su irritación. Era la falta de emoción la que le resultaba tediosa.

—Podría haberla alcanzado fácilmente pasada una hora, pero ya he visto tu obra. Aparte de talento, tienes autocontrol, dignidad y una sensación poderosa de lo convencional.

—¿Por qué siento como si me hubieran insultado?

—Perceptivo, también —sonrió con gesto fascinante. Cuando él le devolvió la sonrisa, se decidió de inmediato. Siempre le había resultado lo mejor. Dejó el *brandy*

—. Soy impulsiva —explicó—. Quiero ver qué se siente.

Lo rodeó con los brazos y pegó los labios a los de él con un movimiento que Adam no esperaba. Tuvo una impresión muy fugaz de humo de madera y rosas, de increíble suavidad y fortaleza, antes de que Kirby se retirara. En sus labios permanecía la insinuación de una sonrisa mientras recogía su copa de *brandy* y se la terminaba. Había disfrutado del beso breve, pero había disfrutado aún más aturdiéndolo.

—Muy agradable —comentó con justa aprobación—. El desayuno es a partir de las siete. Si necesitas algo, llama a Cards. Buenas noches.

—Me pillaste por sorpresa —musitó él—. Puedo hacer que sea mejor que agradable.

Le tomó la boca con celeridad y la moldeó a sus labios. Había algo primitivo en el sabor de ella, algo... atemporal. Le recordaba a un bosque una noche de otoño... oscuro, penetrante y lleno de pequeños misterios.

El beso se prolongó, se ahondó sin que ninguno de los dos lo planeara. La respuesta de ella fue instantánea, como a menudo le sucedía. Subió las manos de sus hombros hasta su cuello, su cara, como si ya estuviera esculpiéndolo. Algo vibró entre ambos.

Por el momento, los dominó la sangre. Kirby estaba acostumbrada; Adam no. Él estaba acostumbrado a la razón, aunque ahí no la encontró. Sólo había calor y pasión, necesidades y deseos, sin preguntas o respuestas.

En última instancia, a regañadientes, se apartó. Como estaba acostumbrado a ganar, su costumbre era la cautela.

Ella aún podía sentirlo. Al notar su aliento sobre los labios, se preguntó si se había equivocado al juzgarlo. La cabeza le daba vueltas, algo nuevo para ella. Entendía una sangre encendida, un pulso desbocado, pero no la obnubilación de la mente.

Inseguro del tiempo que disfrutaría de ventaja, Adam le sonrió.

—¿Mejor?

—Sí —esperó hasta que el suelo volvió a ser sólido bajo sus pies—. La mejora ha sido notable —como su padre, sabía cuándo debía esquivar y retirarse. Se apartó y se dirigió a la puerta. Tenía que reflexionar y reevaluar toda la situación—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar, Adam?

—Cuatro semanas —repuso, considerando extraño que no lo supiera.

—¿Pretendes acostarte conmigo antes de irte?

Indeciso entre la diversión y la admiración, la miró. Respetaba la sinceridad, pero no estaba acostumbrado a ella de forma tan directa. En ese caso, decidió adaptarse.

—Sí.

Ella asintió, sin hacerle caso al cosquilleo que subió por su columna. Le gustaban los juegos. Ganarlos. Percibía que entre Adam y ella comenzaba uno.

—Tendré que meditar sobre ello, ¿verdad? Buenas noches.

## II

Lanzas de luz solar atravesaban las largas ventanas del comedor para proyectar su patrón de diamantes sobre el suelo. En el exterior, los árboles estaban tocados por septiembre. El césped se hallaba vivo con flores y plantas de otoño que parecían atrapadas en llamas. Adam le daba la espalda a la vista mientras estudiaba los cuadros de Fairchild.

Una vez más, quedó sorprendido por la increíble variedad de estilos que cultivaba el artista. Había bodegones con la luz y las sombras de un Goya, un paisaje con los colores vivos de un Van Gogh, un retrato con la sensibilidad y gracia de un Rafael. Debido al tema que lo había llevado allí, fue el retrato el que lo atrajo.

Desde el lienzo lo miraba una mujer frágil de pelo oscuro. Irradiaba un aire de serenidad, de paciencia. Los ojos eran del mismo gris puro que los de Kirby, pero las facciones eran más suaves, más uniformes. La madre de Kirby había sido una belleza inusual, una mujer inusual que daba la impresión de que poseía fortaleza y comprensión. Así como no se habría puesto a limpiar una chimenea, habría entendido a la hija que lo hacía. Que pudiera ver eso, estar seguro de eso, sin haber conocido jamás a Rachel Fairchild, era prueba del genio de Fairchild. Creaba vida con el pincel y los óleos.

El siguiente cuadro, ejecutado al estilo de Gainsborough, era un retrato de cuerpo entero de una muchacha. Unos lustrosos rizos negros le caían sobre los hombros de un vestido blanco de muselina. Llevaba puestos unos calcetines blancos y unos pulcros zapatos negros de hebilla. Los toques de color procedían de la ancha faja rosa alrededor de la cintura y de las rosas oscuras que llevaba en un cesto.

Mantén la cabeza alta y ladeada con arrogancia juvenil. La media sonrisa hablaba de diabluras mientras los enormes ojos grises bailaban con ambas cosas. Calculó que no tendría más de once o doce años.

—Una niña adorable, ¿verdad?

Kirby llevaba cinco minutos en el umbral. Había disfrutado observándolo y examinándolo tanto como Adam había disfrutado examinando la pintura.

Se erguía muy recto, aunque tenía las manos metidas con gesto cómodo en los bolsillos de los pantalones. Incluso con un jersey y unos vaqueros, proyectaba un aire de formalidad. Los contrastes la intrigaban, como mujer y como artista.

Adam se volvió y la estudió con igual minuciosidad que al cuadro. El día anterior, la había visto pasar de pilluelo tiznado a mujer sofisticada. Ese día era la imagen de la artista bohemia. Llevaba el rostro libre de maquillaje y el pelo recogido en una coleta a la espalda. Un jersey negro y amplio y unos vaqueros manchados de pintura le ocultaban las formas. Estaba descalza. Para su irritación, seguía atrayéndolo.

Giró la cabeza y, por accidente o cálculo, el sol cayó sobre su perfil. En ese instante, resultó arrebatadora. Kirby suspiró al estudiar su propio rostro.

—Un verdadero ángel.

—Al parecer, su padre la conocía mejor.

Ella rió, un sonido bajo y rico. La voz serena y seca de Adam la complacía enormemente.

—Es verdad, pero no todo el mundo lo ve —le gustaba que él sí, simplemente porque disfrutaba con un ojo penetrante y una mente inteligente—. ¿Has desayunado?

Él se relajó. Al girar otra vez la cabeza, el sol había dejado de iluminarle la cara. Sólo se trataba de una mujer atractiva y amigable.

—No, he estado ocupado con mi asombro.

—Oh, no hay que asombrarse con el estómago vacío. Es un crimen sobre la digestión —después de apretar un botón, enlazó el brazo con el suyo y lo condujo a la mesa—. Después de que hayamos comido, te ofreceré un recorrido de la casa.

—Eso me gustaría —se sentó frente a ella. Esa mañana Kirby solo olía a Jabón... un olor limpio y asexual. No obstante, excitaba.

Una mujer entró en la habitación. Tenía una cara larga y huesuda, ojos castaños pequeños y una nariz poco afortunada. Tenía el pelo gris hacia atrás y recogido en la nuca. Las arrugas profundas en la frente indicaban su naturaleza pesimista. Kirby la miró y sonrió.

—Buenos días, Tulip. Tendrás que enviarle una bandeja a papá, no se mueve de la torre —extrajo una servilleta de la anilla—. Para mí, sólo tostadas y café, y no me sueltes un discurso. Ya no voy a crecer más.

Después de gruñir su desaprobación, la mujer se volvió hacia Adam. El pedido de huevos con beicon recibió el mismo gruñido antes de marcharse.

La robusta doncella que había servido la cena la noche anterior entró con el café. Le dedicó una sonrisa luminosa a Adam.

—Gracias, Polly.

La voz de Kirby fue amable, pero Adam captó la mirada de advertencia y el rápido rubor de la doncella.

—Sí, señora —sin mirar atrás, Polly salió de la estancia.

Kirby sirvió el café.

—Nuestra Polly es muy dulce —comenzó—. Pero tiene la costumbre de mostrarse... mmm... demasiado camarada con dos terceras partes de la población masculina —dejó la cafetera de plata y le sonrió—. Si te gusta lo directo y el cosquilleo, Polly es tu chica. De lo contrario, yo no la animaría. Hasta tuve que apartarla de papá.

La imagen de la lujuriosa y joven Polly con el élfico Fairchild pasó por la mente de Adam. Permaneció allí con perfecta claridad hasta que soltó una carcajada.

Kirby pensó que un hombre que podía reír de esa manera tenía un potencial enorme. Se preguntó qué otras sorpresas reservaba. Con algo de suerte, descubriría unas cuantas durante su estancia.

Recogió la jarrita de la leche y añadió un poco al café.

—Tienes mi palabra, resistiré la tentación.

—Tiene una figura estupenda —observó Kirby mientras bebía café.

—¿De verdad? —era la primera vez que había visto su sonrisa... rápida y perversa—. No lo había notado.

Ella lo estudió mientras la sonrisa le hacía cosas extrañas a su sistema nervioso. Otra sorpresa.

—Te he juzgado mal, Adam —murmuró—. No eres precisamente lo que pareces.

Él pensó en un pequeño transmisor guardado en su maletín.

—¿Lo es alguien?

—Sí —lo miró larga y abiertamente—. Sí, algunas personas son precisamente lo que parecen, para bien o para mal.

—¿Tú? —preguntó, porque de pronto ansió conocer quién y qué era ella. No para McIntyre ni para el trabajo, sino para sí mismo.

Ella guardó silencio unos momentos mientras exhibía una sonrisa irónica.

—Lo que parezco ser hoy es lo que soy... hoy —con uno de sus cambios súbitos, desterró ese estado de ánimo—. Aquí llega el desayuno.

Charlaron un rato mientras comían, de cosas sin importancia, cortesías que dos desconocidos se decían durante una comida. Los dos habían sido educados para manejar situaciones similares, intercambios superficiales e inteligentes que se deslizaban por la superficie sin significar absolutamente nada.

Pero Kirby descubrió que era consciente de él, mucho más de lo que debería. De lo que le gustaría.

Mientras él echaba sal sobre los huevos, se preguntó qué clase de hombre sería. Ya había llegado a la conclusión de que no era tan convencional como aparentaba... o tal vez incluso como él mismo se consideraba. Estaba segura de que en alguna parte de su interior había un aventurero. Lo único que la irritaba era haber tardado tanto en verlo.

Recordaba la fuerza y la turbulencia del beso que habían compartido. Sería un amante exigente. Y fascinante. Lo que significaba que iba a tener que extremar la cautela. Ya no creía que se lo pudiera manejar con facilidad. Algo en sus ojos...

Con celeridad abandonó esos pensamientos. La cuestión era que debería manejarlo. Terminó el café y envió una plegaria silenciosa para que su padre tuviera bien oculto el Van Gogh.

—El recorrido comienza desde abajo hacia arriba —indicó con entusiasmo. Se puso de pie y extendió la mano—. Las mazmorras son maravillosamente morbosas y húmedas, pero creo que las postergaremos por respeto a tu jersey de cachemira.

—¿Mazmorras? —aceptó el brazo que le ofrecía y salió de la habitación con ella.

—Me temo que ya no las usamos, pero si las vibraciones son las correctas, aún se pueden oír algunos gemidos y traqueteos. Lord Wickerton, el propietario original, era bastante canalla.

Lo dijo de forma tan casual, que a punto estuvo de creerla. Comprendió que hacer que lo ridículo sonara plausible era uno de sus mejores talentos.

—¿Lo apruebas?

—¿Aprobarlo? —sopesó la pregunta mientras caminaban—. Quizá no, pero es fácil sentir fascinación por cosas que sucedieron hace casi cien años. El mal puede tornarse romántico después de un cierto período de tiempo, ¿no crees?

—Jamás lo he considerado de esa manera.

—Eso se debe a que posees un firme dominio sobre lo que está bien y lo que está mal.

Se detuvo, y como llevaban los brazos enlazados, Kirby se detuvo a su lado. La miró con una intensidad que la puso en guardia.

—¿Y tú?

Ella abrió la boca; luego la cerró antes de poder decir alguna tontería.

—Digamos que soy flexible. Esta habitación te gustará —manifestó antes de empujar una puerta—. Es más bien robusta y formal.

Tomándose el insulto con calma, entró con ella. Durante casi una hora vagaron de cuarto en cuarto. En un momento pensó que había subestimado el tamaño colosal del lugar. Los pasillos serpenteaban y giraban, las habitaciones aparecían donde menos se las esperaba, algunas diminutas, otras enormes. Llegó a la conclusión de que a menos que tuviera mucha, mucha suerte, el trabajo le ocuparía bastante tiempo.

Abriendo dos puertas pesadas y talladas, Kirby lo condujo a la biblioteca. Tenía dos niveles y era del tamaño de un apartamento normal de dos dormitorios. Por el suelo había diseminadas descoloridas alfombras persas. Con la excepción de la pared más lejana, que mostraba ventanales, el resto de las paredes estaban alineadas con libros desde el suelo hasta el techo. Un vistazo le mostró a Chaucer junto a D. H. Lawrence. Stephen King se apoyaba en Milton. Ni siquiera se veía la insinuación de organización, pero reinaba el olor intenso a cuero, polvo y aceite de limón.

Los libros dominaban la estancia, sin dejar espacio para los cuadros. Pero había esculturas.

Cruzó la habitación y alzó la figura de un corcel tallado en madera de nogal. En sus manos parecieron vibrar la libertad, la gracia y el movimiento. Casi podía oír los latidos firmes contra la palma de su mano.

En una plataforma alta y redonda, había un busto en bronce de Fairchild. La artista había capturado la travesura y la energía, pero también una gentileza y generosidad que Adam aún tenía que ver.

En silencio, recorrió la sala, examinando cada pieza mientras Kirby lo observaba. La ponía nerviosa y luchaba contra ello. Era algo que rara vez experimentaba y que nunca reconocía. Se recordó que ya habían analizado su obra con anterioridad. ¿Qué

otra cosa quería un artista además de reconocimiento? Juntó los dedos y permaneció en silencio. Se dijo que la opinión de él apenas importaba y luego se humedeció los labios.

Alzó una pieza de mármol con la forma de una masa rugiente de llamas. Aunque la piedra era blanca, el fuego era real. Como el resto de piezas que había examinado, la masa de llamas de mármol era física. Kirby había heredado el don de su padre de crear vida.

Durante un momento, olvidó todas las razones por las que se encontraba allí y sólo pensó en la mujer y la artista.

—¿Dónde estudiaste?

El comentario extravagante que había estado preparada para hacer se desvaneció de su mente en cuanto él se volvió y la miró con esos serenos ojos castaños.

—Formalmente, en la École des Beaux-Arts. Pero papá me ha enseñado siempre.

Giró el mármol en las manos. Hasta una imaginación prosaica habría sentido el calor. Sólo le faltaba olerlo.

—¿Cuánto tiempo llevas dedicada a la escultura?

—¿En serio? Unos cuatro años.

—¿Por qué diablos sólo has tenido una exposición? ¿Por qué te entierras aquí?

Furia. Enarcó la ceja. Se había preguntado qué clase de temperamento tendría Adam, aunque no había esperado que se manifestara por su obra.

—Preparo otra para la primavera —respondió sin alterarse—. La organizará Charles Larson —incómoda de repente, se encogió de hombros—. De hecho, me presionaron para organizar la primera. No estaba preparada.

—Eso es ridículo —alzó el mármol como si ella no lo hubiera visto antes—. Absolutamente ridículo.

¿Por qué la hacía sentirse vulnerable tener su obra en la palma de la mano de Adam? Se dio la vuelta y bajó un dedo por la nariz del bronce de su padre.

—No estaba preparada —repitió, sin saber por qué, cuando no se explicaba ante nadie—. Tenía que estar segura. Siempre están los que dicen... que he estado protegida por mi padre —suspiró, pero no apartó la mano del busto—. Yo tenía que descubrir que no era así. Yo tenía que descubrirlo.

No había esperado sensibilidad, dulzura, vulnerabilidad. No de ella. Pero lo había visto en su obra, y lo había oído en su voz. Lo conmovió, tanto como lo había hecho su pasión.

—Ahora ya lo sabes.

—Ahora lo sé —convino con el mentón alzado. Con una sonrisa extraña, cruzó la habitación y le quitó el mármol de las manos—. Jamás se lo había contado a nadie... ni siquiera a mi padre. Me pregunto por qué serías tú.

Le tocó el pelo, algo que había deseado hacer desde que había visto cómo el sol de la mañana se posaba en él.

—Me pregunto por qué me alegra haber sido yo.

Ella dio un paso atrás. No se podía soslayar un anhelo tan poderoso y fuerte.

—Bueno, supongo que tendremos que pensar en ello. Esto concluye la primera parte del recorrido —dejó el mármol y sonrió—. Todos los comentarios y preguntas serán bien recibidos.

Adam comprendió que había penetrado más allá de la superficie y que a ella no le apetecía que lo hubiera hecho. Eso lo entendía.

—Tu casa es... abrumadora —la hizo sonreír—. Me decepciona que no haya un foso y un dragón.

Sin ofrecer un comentario, lo tomó de la mano y regresó al salón.

—No hay un foso —le dijo al ir directamente hacia la chimenea—. Pero sí pasadizos secretos.

—Debí imaginarlo.

—Hace tiempo que... —calló, musitando para sí misma, mientras empujaba y tiraba de la repisa de roble—. Juro que es una de estas flores... hay un botón, pero hay que presionar en el punto adecuado —con un gesto irritado, se echó la coleta por el hombro—. Sé que está aquí, pero no logro... *Et voilà* —satisfecha consigo misma, dio un paso atrás cuando una sección del friso se deslizó a un costado con un crujido—. Necesita un poco de aceite —decidió.

—Impresionante —murmuró Adam, preguntándose si estaría de suerte—. ¿Conduce a las mazmorras?

—Se extiende por toda la casa en un laberinto de giros —acercándose con él, se asomó a la oscuridad—. Hay una entrada en casi todas las habitaciones. Un botón del otro lado abre o cierra el panel. Los pasadizos están horriblemente oscuros y húmedos —con un escalofrío, dio un paso atrás—. Quizá es por eso que los había olvidado —se frotó las manos con súbito frío—. De niña solía recorrerlos y volver locos a los criados.

—Me lo imagino —pero vio el miedo en sus ojos mientras ella volvía a examinar la oscuridad.

—Supongo que pagué por ello. Un día se me agotó la linterna y no pude encontrar el camino de salida. Ahí dentro hay arañas del tamaño de perros pequeños —rió, pero retrocedió otro paso—. No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando papá me encontró, estaba histérica. No hace falta decir que encontré otras maneras de aterrorizar al personal.

—Te sigue asustando.

Ella alzó la vista, preparada para descartar el tema. Por segunda vez, la mirada serena de él la impulsó a decir la verdad.

—Sí. Al parecer así es. Bueno, ahora que he confesado mi neurosis, continuemos.

El panel se cerró con un gruñido de protesta. Adam sintió, más que oyó, su suspiro de alivio. Cuando le tomó la mano, la encontró fría. Quiso darle calor, pero se concentró en lo que podían significar para él los pasadizos. Con ellos dispondría de

acceso a cada habitación sin correr el riesgo de toparse con el personal o uno de los Fairchild. Decidió aprovechar la oportunidad y empezar esa misma noche.

—Una entrega para usted, señorita Fairchild.

Tanto Kirby como Adam se detuvieron en el rellano de las escaleras. Ella miró la caja blanca que el mayordomo sostenía en las manos.

—Otra vez no, Cards.

—Parece que sí, señorita.

Kirby olisqueó, se rascó un punto justo debajo de la mandíbula y estudio la caja.

—Voy a tener que mostrarme más firme.

—Como usted diga, señorita.

—Cards... —le sonrió— sé que es una grosería, pero dáselas a Polly. No puedo soportar mirar otra rosa roja.

—Como desee, señorita. ¿Y la tarjeta?

—Detalles —musitó, y luego suspiró—. Déjala en mi mesa, ya me ocuparé. Lo siento, Adam —se volvió y subió otra vez—. Las últimas tres semanas me han bombardeado con rosas. Me he negado a ser amante de Jared, pero es persistente —más exasperada que irritada, movió la cabeza mientras rodeaban la primera curva—. Supongo que tendré que amenazarlo con contárselo a su mujer.

—Podría funcionar —acordó él.

—Una pregunta, ¿no debería ser más perceptivo un hombre que ha pasado de los sesenta? —puso los ojos en blanco y subió los siguientes tres escalones de una vez—. No imagino en qué piensa.

Yendo detrás de ella, Adam pudo imaginárselo muy bien.

La primera planta estaba alineada de dormitorios. Cada uno era único, amueblado con un estilo diferente. Cuanto más veía de la casa, más encantado quedaba. Y más comprendía lo complicada que iba a ser su tarea.

—La última habitación es mi *boudoir* —le ofreció la sonrisa lenta y perezosa que lo inquietaba—. Te prometo que no te pondré en un compromiso siempre y cuando seas consciente de que no se me conoce por mantener mis promesas —con una risa ligera, abrió la puerta y entró—. Aletas de peces.

—¿Perdona?

—¿Por qué? —sin hacerle caso, entró en la habitación—. ¿Ves eso? —exigió. En un gesto muy parecido al de su padre, señaló la cama. Un perro desaliñado estaba tumbado en el centro de una colcha con forma de alianza.

Con el ceño fruncido, Adam se acercó más.

—¿Qué es?

—Un perro, desde luego.

Observó la masa gris de pelo, que parecía carecer de partes delantera o trasera.

—Es posible.

Un rabo corto comenzó a golpear la colcha.

—No es gracioso, Montique. ¿Sabes?, yo recibo las broncas.

Adam vio cómo la bola se movía hasta que pudo discernir una cabeza. Los ojos aún estaban escondidos detrás de la mata de pelo, pero había un pequeño hocico negro y una lengua colgante.

—De algún modo, te había imaginado con un grupo de afganos.

—¿Qué? Oh —palmeó con gesto distraído a la mata de pelo y se volvió hacia Adam—. Montique no es mío, es de Isabelle —miró al perro con expresión irritada—. Va a disgustarse mucho.

Adam frunció el ceño ante el nombre desconocido. Se preguntó si McIntyre habría pasado por alto a alguien.

—¿Es un miembro del personal?

—Santo cielo, no —Kirby rió y Montique se retorció encantado—. Isabelle no sirve a nadie. Es... Bueno, aquí está.

Adam giró la cabeza hacia la puerta. Fue a decirle a Kirby que no había nadie, cuando un movimiento captó su atención. Bajó la vista hacia un siamés de color tostado. Tenía los ojos rasgados de un azul helado, aunque nunca antes había considerado semejantes cosas. El gato cruzó el umbral, se sentó y alzó la vista hacia Kirby.

—No me mires así —soltó ella—. Yo no he tenido nada que ver. Si entra aquí, yo no tengo la culpa —Isabelle movió el rabo y emitió un sonido bajo y peligroso—. No pienso tolerar tus amenazas ni pienso mantener mi puerta cerrada —cruzó los brazos y movió un pie sobre la alfombra Aubusson—. Me niego a modificar la costumbre de toda una vida para tu comodidad. Tendrás que vigilarlo mejor.

Mientras miraba en silencio, Adam tuvo la certeza de que veía un temperamento sincero en los ojos de Kirby... del que una persona dedica a otra persona. Con suavidad apoyó una mano en su brazo y esperó que lo mirara.

—Kirby, estás discutiendo con un gato.

—Adam —con igual gentileza, ella le apartó la mano—. No te preocupes, puedo manejarlo —enarcó una ceja y se volvió hacia Isabelle—. Si no quieres que vaya por ahí, llévatelo y ponle una correa. Y la próxima vez, te agradecería que llamaras antes de entrar en mi habitación.

Con un movimiento del rabo, Isabelle se acercó a la cama y miró a Montique. Él agitó el rabo con la lengua fuera antes de saltar con torpeza al suelo. Al trote, siguió a la gata fuera de la habitación.

—Se ha ido con ella —murmuró Adam.

—Claro —indicó Kirby—. Tiene un temperamento bruto.

Negándose a que lo tomaran por tonto, la miró largamente.

—¿Intentas decirme que ese perro pertenece a esa gata?

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó—. Rara vez fumo, pero Isabelle me afecta de esa manera —él extrajo uno y se lo encendió, sin perder esa expresión levemente irritada. Kirby tuvo que contener una risita. Decidió que Adam era notable—. Isabelle

mantiene que Montique la siguió hasta casa. Yo creo que lo secuestró. Sería típico de ella.

«Juegos», pensó otra vez. Dos podían jugar.

—¿Y a quién pertenece Isabelle?

—¿Pertener? —ella abrió mucho los ojos—. Isabelle sólo se pertenece a sí misma. ¿Quién querría reclamar a una criatura tan perversa?

Se dijo que él podía jugar como el que más. Le quitó el cigarrillo y dio una calada.

—Si no te gusta, ¿por qué no te deshaces de ella?

Kirby le volvió a quitar el cigarrillo.

—No puedo hacerlo mientras pague el alquiler, ¿verdad? Ya es suficiente —decidió tras una calada—. Ya me he calmado —se lo devolvió antes de ir hacia la puerta—. Te llevaré al estudio de papá. Nos saltaremos la segunda planta, ya que todo está cubierto con sábanas.

Adam abrió la boca, y luego llegó a la conclusión de que era mejor dejar en paz algunas cosas. Desterrando de su cabeza a los gatos raros y a los perros feos, la siguió de vuelta al pasillo. Las escaleras continuaron en su arco perezoso hacia la segunda planta; luego giraron bruscamente hasta volverse rectas y estrechas. Kirby se detuvo en el punto de transición y señaló pasillo abajo.

—La distribución es la misma que la de la primera planta. Hay unas escaleras en el lado opuesto que llevan a mi estudio. El resto de estas habitaciones rara vez se usa —le sonrió mientras juntaba las manos—. Desde luego, toda la planta está encantada.

—Desde luego —le resultó natural. Sin decir una palabra, la siguió hasta la torre.

### III

Normalidad. Por doquier había diseminados tubos de pintura y pinceles en botes. En el aire flotaba el olor a aceite y a trementina. Los escombros y la sensualidad del arte eran cosas que Adam entendía.

La sala estaba rodeada de ventanales y tenía un techo alto. En alguna ocasión el suelo pudo haber sido hermoso, pero en ese momento la madera estaba opaca y manchada. Había lienzos en los rincones, contra las paredes y apilados sobre el suelo.

Cuando Kirby vio que todo estaba como debería, la tensión abandonó sus hombros. Cruzó la estancia para dirigirse al lado de su padre.

Estaba sentado, inmóvil y sin parpadear, contemplando un trozo de arcilla con una forma parcial. Sin hablar, Kirby rodeó la mesa de trabajo, estudiando la obra desde todos los ángulos. Los ojos de Fairchild permanecieron clavados en su obra.

Pasados unos momentos, ella se irguió, se frotó la nariz con el dorso de la mano y frunció los labios.

—Mmmm.

—Ésa no es más que tu opinión —espetó Fairchild.

—Desde luego —se mordisqueó la uña del dedo pulgar—. Tú tienes derecho a manifestar otra. Adam, ven a echar un vistazo.

Le lanzó una mirada asesina que provocó la sonrisa de Kirby. Atrapado por los modales, cruzó el estudio y observó la arcilla.

Supuso que era un intento adecuado... un halcón sin acabar, con las garras extendidas y el pico entreabierto. El poder y la vida que penetraban en sus cuadros y en las esculturas de su hija no estaban ahí. En vano, Adam buscó una salida.

—Mmmm —comenzó, para que Kirby cayera sobre la sílaba.

—Ahí lo tienes, está de acuerdo conmigo —palmeó la cabeza de su padre con expresión relamida.

—¿Y él qué sabe? —demandó Fairchild—. Es un pintor.

—Y lo mismo, querido papá, eres tú. Y brillante.

Luchó por no sentirse complacido y metió un dedo en la arcilla.

—Pronto, odiosa mocosa, también seré un escultor brillante.

—Para tu cumpleaños te regalaré un equipo de plastilina —ofreció; luego soltó un grito cuando Fairchild la agarró de la oreja y la retorció—. Demonio —se frotó el lóbulo.

—Cuida tu lengua o haré una Van Gogh de ti.

Mientras Adam miraba, el hombrecillo cacareó de felicidad; sin embargo, Kirby se quedó quieta... no por irritación, sino por... ¿miedo? No de Fairchild. Estaba

convencido de que ella jamás temería a un hombre, y menos a su padre. *Por* Fairchild resultaba más factible, e igual de desconcertante.

Se recobró con rapidez y ladeó el mentón.

—Voy a mostrarle a Adam mi estudio. Así podrá establecerse.

—Bien, bien —como reconoció el tono inquieto en la voz de su hija, le palmeó la mano—. Es una chica condenadamente bonita, ¿verdad, Adam?

—Sí, lo es.

Mientras Kirby emitía un suspiro sonoro, Fairchild volvió a palmearle la mano. La manchó con arcilla.

—¿Ves, cariño? ¿No estás agradecida ahora por la ortodoncia?

—Papá —con una sonrisa renuente, apoyó la mejilla sobre su cabeza rala—. Jamás llevé ortodoncia.

—Claro que no. Heredaste tus dientes de mí —le ofreció a Adam una sonrisa deslumbrante y un guiño de ojos—. Vuelva cuando se haya establecido, Adam. Necesito algo de compañía masculina.

—Adam no se parece en nada a Rick —murmuró Kirby al recoger un trapo para limpiarse la arcilla de la mano—. Rick es dulce.

—Heredó los modales del lechero —observó Fairchild.

Lo estudió.

—Estoy segura de que también Adam puede ser dulce —manifestó, aunque sin convicción—. El punto fuerte de Rick es la acuarela. Es la clase de hombre que las mujeres anhelan cuidar. Me temo que tartamudea un poco cuando se excita.

—Está locamente enamorado de nuestra pequeña Kirby —de no ser por la mirada que le lanzó su hija, Fairchild habría vuelto a cacarear.

—Sólo lo piensa. No lo animes.

—¿Y qué me dices del cuerpo a cuerpo que os sorprendí en la biblioteca? —satisfecho consigo mismo, se volvió hacia Adam—. Se lo pregunto a usted: cuando la copa de un hombre se llena de vaho, ¿no hay motivo para ello?

—Invariablemente —le gustaban, ya fueran unos chiflados inofensivos o algo más que inofensivos. Le gustaban los dos.

—Sabes muy bien que fue algo unilateral —adoptó una postura real y digna—. Rick perdió momentáneamente el control. Como cuando se quema un fusible, supongo. Tema zanjado.

—La semana próxima vendrá a quedarse unos días —Fairchild soltó la bomba cuando su hija iba hacia la puerta. A su favor, tuvo que reconocer que no dio muestra alguna de alteración.

Adam se preguntó si era testigo de una partida compleja de ajedrez o de una versión salvaje de damas.

—Muy bien —aceptó Kirby con frialdad—. Le diré a Rick que Adam y yo somos amantes y que Adam es mortalmente celoso, razón por la que siempre lleva una daga en el calcetín izquierdo.

—Santo cielo —murmuró él cuando Kirby salió—. Y encima, lo haría.

—No lo dudes —convino Fairchild, sin ocultar el regocijo en su voz. Le encantaba la confusión. Y un hombre de sesenta años tenía derecho a crear tanta como pudiera.

La estructura del estudio de la segunda torre era idéntica a la primera. Sólo variaba el contenido. Además de las pinturas, de los pinceles y de los lienzos, había cuchillos, cinces y mazos. Había tablas de piedra caliza y de mármol y trozos de madera. El equipo de Adam era el único punto de orden en la estancia. Cards lo había acomodado en persona.

Igual que con la torre de Fairchild, Adam entendía esa clase de caos. La estancia estaba bañada por la luz del sol. Era serena, espaciosa e instantáneamente cautivadora.

—Hay suficiente espacio —le dijo Kirby con un gesto del brazo—. Pon tus cosas donde te sientas cómodo. No creo que nos estorbemos —manifestó con dudas; luego se encogió de hombros. Tenía que asimilar la situación. Era mejor tenerlo ahí que mandarlo a compartir el estudio con su padre y el Van Gogh—. ¿Eres temperamental?

—Yo no diría eso —respondió distraído mientras comenzaba a sacar su equipo—. Otros quizá lo afirmarían. ¿Y tú?

—Oh, sí —se sentó detrás de la mesa de trabajo y alzó una pieza de madera—. Me dan ataques de melancolía. Espero que no te moleste —contemplaba la madera como si buscara algo que guardara oculto en su interior—. Ahora me dedico a las emociones. No se me puede considerar responsable.

Curioso, Adam dejó lo que hacía para dirigirse a la estantería que había detrás de ella. Allí encontró diversas piezas en varios estados de desarrollo. Eligió una tallada que ya había sido barnizada.

—Emociones —murmuró, pasando los dedos por la madera.

—Sí, ésa es el...

—*Dolor* —aportó él. Podía ver la angustia, sentir el pesar.

—Sí —no estaba segura de que le gustara tenerlo tan sintonizado con ella—. Ya he hecho el *Gozo* y la *Duda*. Pensé en dejar la *Pasión* para el final —extendió las manos por debajo de la madera que sostenía y la alzó a la altura de los ojos—. Ésta va a ser la *Ira* —cuando lo miró, sonrió con expresión burlona—. Como estoy trabajando en la *Ira*, tendrás que tolerar algunos ataques de temperamento.

—Trataré de ser objetivo.

Kirby no abandonó la sonrisa, encantada con el toque de educación por encima del sarcasmo.

—Apuesto que te sobra objetividad.

—No más de la necesaria.

Sin dejar de mover la madera en sus manos, miró hacia el equipo de él.

—¿Trabajas en algo?

—Trabajaba —se plantó delante de ella—. Ahora tengo otra cosa en mente. Quiero pintarte a ti.

Pasó de mirar la madera a estudiar la cara de Adam. Con cierto desconcierto, él notó que su expresión era cautelosa.

—¿Por qué?

Se acercó un paso y cerró la mano en su mentón. Kirby permaneció en actitud pasiva mientras la examinaba desde diferentes ángulos. Pero sintió los dedos en su piel. Adam no resistió la tentación de pasarle el pulgar por la mejilla. Los huesos parecían frágiles bajo las manos, pero sus ojos estaban firmes y eran directos.

—Porque —respondió al final— tienes un rostro fascinante. Quiero pintar eso... la transparencia, y tu sexualidad.

La boca de ella se encendió bajo el roce descuidado de los dedos. Apretó las manos sobre la madera, pero habló con voz firme.

—¿Y si dijera que no?

Adrede, se inclinó y la besó. La sintió ponerse rígida, resistirse, y luego quedarse quieta. A su propia manera, ella era su propia defensa, absorbiendo los sentimientos que proyectaba sobre ella. Cuando alzó la cabeza, sólo vio el gris puro de sus ojos.

—Te pintaría de todos modos —murmuró.

Abandonó el estudio, dándoles tiempo a ambos para pensar en ello.

Y ella pensó. Durante casi treinta minutos, permaneció perfectamente quieta y dejó que su mente trabajara. Era una parte curiosa de su naturaleza que una mujer tan vibrante e inquieta pudiera poseer semejante capacidad para la inmovilidad. Cuando era necesario, podía estar sin hacer absolutamente nada mientras reflexionaba en los problemas y buscaba respuestas. Adam hizo que fuera necesario.

Agitaba algo en ella que nunca antes había sentido. Kirby creía que una de las cosas más preciadas en la vida era lo original y lo fresco. En esa ocasión, sin embargo, se preguntó si podría soslayarlo.

Apreciaba a un hombre que daba por hechas las satisfacciones de sus propios deseos, tal como hacía ella. Tampoco era reacia a enfrentarse a él. Pero... No conseguía salvar el *pero* en el caso de Adam.

Quizá fuera más seguro e inteligente concentrarse en la incomodidad que generaba la presencia de Adam con respecto al Van Gogh y a la afición de su padre. La atracción que sentía era inoportuna. Se pasó la lengua por el labio superior y pensó que podía sentir su sabor. «Inoportuna», se repitió. E inconveniente.

Con un suspiro, pensó que más le valía a su padre ser prudente. El condenado y brillante Van Gogh iba a tener que desaparecer con celeridad. «Y el Tiziano», recordó, mordiendo el labio. Todavía tenía que arreglar eso.

Adam estaba reunido con su padre y en ese momento no había nada que pudiera hacer. «Sólo unos pocos días más», se dijo. Luego ya no habría nada de qué preocuparse. Recuperó la sonrisa. El resto de la visita de Adam podría ser divertido.

«Una diversión peligrosa», concedió. Pero ¿qué era la vida sin un poco de peligro? Sin dejar de sonreír, recogió sus instrumentos.

Trabajó en silencio, en total concentración. Adam, su padre, el Van Gogh... quedaron en el olvido. Ahí había vida; podía sentirla. Sólo esperaba que ella encontrara la clave para liberarla. La encontraría, y la elevada satisfacción que iba de la mano con el descubrimiento.

Pintar jamás le había aportado eso. Había jugado con ello, había disfrutado, pero nunca lo había poseído. Jamás había sido poseída por él. El arte era un amante que exigía completa fidelidad. Kirby lo entendía a la perfección.

Mientras trabajaba, la madera parecía tratar de respirar. De repente, con claridad, sintió el temperamento que buscaba empujar con el afán de romper su confinamiento. Lo tenía... casi libre.

Al oír el sonido de su nombre, alzó la cabeza con brusquedad.

—¡Maldita sea!

—Kirby, lo siento tanto.

—Melanie —apenas pudo contener el insulto—. No te oí subir —aunque dejó los instrumentos, siguió sosteniendo la madera. No podía perderlo en ese momento—. Pasa. No te gritaré.

—Estoy segura de que deberías hacerlo —Melanie titubeó en el umbral—. Te estoy perturbando.

—Sí, pero te perdono. ¿Cómo estaba Nueva York? —mientras le sonreía a su mejor y más antigua amiga, le indicó una silla.

El cabello rubio pálido estaba elegantemente peinado en torno a una cara con forma de corazón. Los pómulos, más marcados que los de Kirby, lucían un maquillaje experto. La boca con forma de arco de Cupido exhibía un brillo de un rosa profundo. Como de costumbre, se reafirmó en que Melanie Burgess tenía el perfil más perfecto jamás creado.

—Estás preciosa, Melly. ¿Te has divertido?

Melanie frunció la nariz mientras limpiaba el asiento de su silla.

—Negocios. Pero mis diseños de primavera fueron bien recibidos.

Kirby alzó las piernas y las cruzó debajo del cuerpo.

—Jamás entenderé cómo puedes decidir en agosto lo que tendremos que ponernos el próximo abril —estaba perdiendo el poder de la madera. Se dijo que volvería y la depositó sobre la mesa, al alcance de su mano—. ¿Has vuelto a hacerle algo desagradable a los bajos?

—Si tú nunca prestas atención a esas cosas —miró el jersey de Kirby con expresión desolada.

—Me gusta pensar que mi guardarropa es atemporal en vez de moderno —sonrió, sabiendo qué teclas apretar—. Este jersey apenas tiene doce años.

—Y aparenta más cada día —conociendo el juego y la habilidad de Kirby, cambió de táctica—. Me encontré con Ellen Parker en 21.

—¿Sí? —después de juntar las manos, apoyó el mentón en ellas—. Hace meses que no la veo. ¿Sigue hablando en francés cuando quiere confidencialidad?

—No te lo creerías —Melanie tembló al sacar un cigarrillo largo y fino de una pitillera esmaltada—. Ni yo misma lo creía hasta que lo vi con mis propios ojos. Jerry me lo contó. Recuerdas a Jerry Turner, ¿verdad?

—Diseña ropa interior femenina. ¿Qué te contó? Melanie sacó un encendedor grabado con sus iniciales y lo encendió. Dio una calada delicada.

—Que Ellen tenía una aventura.

—Vaya novedad —repuso Kirby con tono seco. Bostezó y estiró los brazos hacia el techo para aliviar la rigidez que sentía en los omóplatos—. Es la número doscientos tres, ¿o me he perdido alguna?

—Pero, Kirby... —se adelantó para poner más énfasis— ésta la mantiene con el hijo de su ortodoncista.

Fue el sonido de la risa de Kirby lo que hizo que Adam se detuviera de camino a la torre. Resonó entre las paredes de piedra, rica, real y estimulante. Permaneció quieto mientras reverberaba y se desvanecía. En silencio, continuó subiendo.

—Kirby, vamos. Un ortodoncista —a pesar de lo bien que conocía a su amiga, quedó aturrida por su reacción—. Es tan... tan clase media.

—Oh, Melanie, eres una esnob maravillosa —contuvo otra risita cuando Melanie soltó un bufido indignado—. ¿Es perfectamente aceptable que Ellen tenga un número interminable de aventuras, siempre y cuando mantenga una elección socialmente prominente, pero un ortodoncista hace que vaya más allá del buen gusto?

—No es aceptable, desde luego —musitó, atrapada en la lógica de Kirby—. Pero si se es discreta y...

—¿Selectiva? —aportó ella de buen humor—. Bueno, las ortodoncias son terriblemente caras.

Con un suspiro exasperado, Melanie intentó otro cambio de tema.

—¿Qué tal Stuart?

Aunque había estado a punto de entrar, Adam se detuvo en la entrada y guardó silencio. La sonrisa de Kirby se había desvanecido. Los ojos que habían estado vivos, con humor, se volvieron fríos. En ellos apareció algo duro, fuerte y desagradable. Al presenciar ese cambio, se dio cuenta de que sería una enemiga formidable. Detrás del ingenio relajado, había agallas, con la sexualidad descarnada y el lustre de la joven rica y excéntrica. No lo olvidaría.

—Stuart —manifestó con voz frágil—. No tengo ni idea.

—Oh —al captar el tono gélido, Melanie se mordió el labio inferior—. ¿Habéis tenido una pelea?

—¿Una pelea? —la sonrisa siguió siendo desagradable—. Se podría plantear de esa manera —con un esfuerzo, mantuvo a raya el temperamento que había querido extraer de la madera—. En cuanto acepté casarme con él, supe que había cometido un error. Debí ocuparme de ello de inmediato.

—Me dijiste que albergabas dudas —después de apagar el cigarrillo, se adelantó para tomar las manos de Kirby—. Pensé que se debía a los nervios. Nunca antes habías dejado que una relación llegara hasta la fase del compromiso.

—Fue un error de juicio —era verdad, nunca había dejado que una relación llegara tan lejos como hasta la fase del compromiso. Era lo único que consideraba sagrado—. Lo corregí.

—¿Y Stuart? Supongo que se pondría furioso.

La sonrisa que reapareció en los labios de Kirby carecía de humor.

—Me proporcionó la escapatoria perfecta. ¿Sabes que me estaba presionando para fijar una fecha?

—Y sé que le dabas largas.

—Menos mal —murmuró—. En cualquier caso, al final conseguí el valor para dar marcha atrás. Creo que fue la única vez en la vida que sentí culpa auténtica —movió los hombros y volvió a recoger la madera. La ayudó a concentrarse en el temperamento—. Fui a su casa sin llamarlo antes. Fue un gesto de ahora o nunca. Debí captar lo que sucedía en cuanto abrió la puerta, pero estaba centrada en mi pequeño discurso cuando noté unas... digamos que prendas íntimas diseminadas por la habitación.

—Oh, Kirby.

Suspiró y prosiguió:

—Esa parte fue por mi culpa, supongo. Yo no quería acostarme con él. Sencillamente, no sentía ningún impulso acuciante para alcanzar ese grado de intimidad. No... —buscó una palabra—. Calor —a falta de algo mejor, se decidió por ésa—. Supongo que fue eso lo que me hizo ver que jamás me casaría con él. Pero fui fiel —la furia volvió a manifestarse—. Fui fiel, Melly.

—No sé qué decir —la angustia vibraba en su voz—. Lo siento mucho, Kirby.

Ésta movió la cabeza al captar la simpatía. Jamás la buscaba.

—No me habría indignado tanto si no hubiera estado allí de pie, diciéndome lo mucho que me quería, cuando tenía a otra mujer que le mantenía las sábanas calientes. Me resultó humillante.

—No hay nada por lo que debas sentirte humillada —replicó Melanie con voz acalorada—. Fue un imbécil.

—Es posible. Ya habría sido bastante desagradable si nos hubiéramos ceñido a la cuestión en sí, pero nos desviamos del sendero del amor y la fidelidad. Las cosas se pusieron desagradables —calló y los ojos se le nublaron. Otra vez era hora de secretos—. Aquella noche descubrí mucho —murmuró—. Nunca me he considerado una tonta, pero al parecer lo había sido.

Melanie volvió a tomarle la mano.

—Debió de ser una sorpresa terrible descubrir que Stuart era infiel incluso antes de haberos casado.

—¿Qué? —parpadeando, se obligó a regresar al momento—. Oh, eso. Sí, eso también.

—¿También? ¿Qué más hay?

—Nada —movió la cabeza para descartar el tema—. Ya está muerto y enterrado.

—Me siento fatal, maldita sea. Yo os presenté.

—Quizá deberías afeitarte la cabeza en compensación, pero te aconsejo que lo olvides.

—¿Puedes tú?

Kirby sonrió y enarcó las cejas.

—Dime, Melly, ¿todavía me echas en cara lo de André Fayette?

—Han pasado cinco años.

—Seis, pero ¿quién los cuenta? —sin perder la sonrisa, se adelantó—. Además, ¿quién espera que un estudiante francés de arte con un impulso sexual desbocado tenga algo de gusto?

La boca bonita de Melanie hizo un mohín.

—Era muy atractivo.

—Pero ruin —luchó para no sonreír otra vez—. Sin clase, Melly. Deberías darme las gracias por haberlo espantado, aunque de forma involuntaria.

Decidiendo que era hora de hacer notar su presencia, Adam entró. Kirby alzó la vista y sonrió sin rastro alguno de hielo y furia.

—Hola, Adam. ¿Has tenido una charla agradable con papá?

—Sí.

Al mirar en su dirección, llegó a la conclusión de que Melanie resultaba aún más arrebatadora de cerca. Rostro clásico y una figura clásica cubierta con un vestido de color rosa pálido de corte elegante y sencillo.

—¿Interrumpo?

—Nos contábamos chismes. Melanie Burgess, Adam Haines. Adam es nuestro invitado durante unas semanas.

Adam aceptó la mano fina con uñas pintadas de rosa. Era suave y delicada, sin el más leve rastro de callos que Kirby tenía justo debajo de los dedos. Se preguntó qué había sucedido en las últimas veinticuatro horas como para preferir a la desaliñada artista por encima de la mujer perfectamente arreglada que le sonreía. Quizá iba a caer enfermo.

—¿Ese Adam Haines? —la sonrisa de Melanie se mostró cálida. Sabía de él y de su irreprochable educación y linaje—. Claro que sí —continuó antes de que él pudiera comentar algo—. Este lugar atrae a los artistas como si fuera un imán.

—Tengo uno de tus cuadros.

—¿Sí? —Adam le encendió el cigarrillo y luego el suyo—. ¿Cuál?

—*Estudio en Azul* —ladeó la cara para sonreírle, un pequeño truco femenino que había aprendido poco después de caminar.

Desde el otro lado de la mesa, Kirby los estudió a ambos. Llegó a la conclusión de que se trataba de dos caras extraordinarias. Las yemas de sus dedos anhelaron capturar a Adam en bronce. Un año antes, había hecho a Melanie en marfil... suave, fresco y perfecto. Con Adam, se afanaría por alcanzar las corrientes subterráneas.

—Quise ese cuadro por su fortaleza —agregó Melanie—. Pero estuve a punto de no adquirirlo porque me ponía triste. ¿Lo recuerdas, Kirby? Tú estabas conmigo.

—Sí, lo recuerdo —al mirarlo, sus ojos mostraron una expresión franca y divertida, sin el rastro de coquetería que aleteaba en los de su amiga—. Tuve miedo de que se viniera abajo y quedara en evidencia, así que la amenacé con comprarlo yo. A papá lo enfureció que no lo hubiera hecho. El bodegón que hay en mi habitación es de Melanie, Adam. Estudiamos juntas en Francia.

—No, no lo preguntes —se apresuró a pedir Melanie, alzando una mano—. No soy una artista. Soy una diseñadora que frivoliza con el arte.

—Sólo porque te niegas a ahondar en él.

Melanie inclinó la cabeza, pero no lo aceptó ni lo negó.

—He de irme. Saluda al tío Philip de mi parte. No correré el riesgo de perturbarlo también a él.

—Quédate a comer, Melly. No te hemos visto en dos meses.

—En otra ocasión —se levantó con la gracia de alguien a quien le han enseñado a sentarse, ponerse de pie y caminar. Adam se incorporó con ella—. Te veré este fin de semana en la fiesta —con otra sonrisa, le ofreció la mano—. Tú también vendrás, ¿no?

—Me gustaría.

—Estupendo —abrió el bolso y extrajo unos finos guantes de piel—. A las nueve, Kirby. No lo olvides. ¡Oh! —de camino a la puerta, giró en redondo—. Dios, las invitaciones se enviaron antes... Kirby, Stuart va a estar presente.

—No llevaré la pistola, Melly —rió, aunque sin tanto entusiasmo o libertad—. Das la impresión de que alguien te acaba de echar el caviar sobre tu Saint Laurent. No te preocupes —hizo una pausa y el frío desapareció de sus ojos—. Te prometo que no la llevaré.

—Si estás segura... —frunció el ceño. Pero no era posible discutir un tema así en profundidad delante de un invitado—. Siempre que no te sientas incómoda.

—No seré yo quien experimente incomodidad —manifestó, recuperada su arrogancia indiferente.

—El sábado, entonces —le dedicó a Adam una última sonrisa antes de abandonar el estudio.

—Una mujer hermosa —comentó él acercándose a la mesa.

—Sí, excepcional.

La sencilla aceptación carecía de envidia o desdén.

—¿Cómo pueden dos mujeres excepcionales, de características totalmente diferentes, mantenerse amigas?

—Porque no intentan cambiarse —recogió otra vez la pieza de madera y comenzó a darle vueltas en las manos—. Yo paso por alto lo que considero defectos en Melanie y ella hace lo mismo conmigo —vio el bloc y el bolígrafo en su mano y enarcó una ceja—. ¿Qué haces?

—Unos bocetos preliminares. ¿Cuáles son tus defectos?

—Son demasiado numerosos para mencionarlos —dejó la madera y se reclinó.

—¿Algún punto bueno?

—Docenas —quizá ya era hora de probarlo un poco, de ver qué botón activaba qué interruptor—. Lealtad —comenzó—. Paciencia y honestidad esporádicas.

—¿Esporádicas?

—Odiaría ser perfecta —se pasó la lengua por los dientes—. Y soy magnífica en la cama.

La mirada de él se posó en la sonrisa inocua y se preguntó qué juego estaría jugando. Los labios se curvaron con tanta facilidad como los de Kirby.

—Apuesto que lo eres.

Riendo, ella volvió a adelantarse con el mentón apoyado en las manos.

—No se te crispa con facilidad, Adam. Hace que mi determinación no ceje en su empeño de conseguirlo.

—Decirme algo que ya he deducido no es factible que me crispe. ¿Quién es Stuart?

La pregunta la puso rígida. Kirby concedió que lo había desafiado, y era su turno de recibir.

—Un antiguo novio —expuso—. Stuart Hiller.

El nombre le sonó, pero continuó bosquejando.

—¿El mismo Hiller que dirige la Galería Merrick?

—El mismo.

Oyó la tensión en la voz. Durante un momento, deseó dejarlo, respetar su privacidad y su ira. Pero el trabajo estaba primero.

—Conozco su reputación —prosiguió—. Tenía planeado ver su galería. Está a unos treinta y cinco kilómetros de aquí, ¿verdad?

Se puso un poco pálida, algo que lo confundió, pero al hablar, la voz sonó firme.

—Sí, no está lejos. En estas circunstancias, me temo que no puedo llevarte.

—Quizá liméis vuestras diferencias durante el fin de semana —la intromisión en las vidas ajenas no era su estilo. De hecho, le desagradaba, en especial cuando involucraba a alguien que comenzaba a importarle. Sin embargo, al levantar la cabeza no vio incomodidad. La vio lívida.

—Creo que no —hizo un esfuerzo consciente por relajar las manos—. Se me había ocurrido que mi apellido podría ser Fairchild Hiller —se encogió de hombros—. Ya no sucederá.

—La Galería Merrick tiene muy buena fama.

—Sí. De hecho, es propiedad de la madre de Melanie, quien la llevó hasta hace un par de años.

—¿Melanie? ¿No dijiste que su apellido es Burgess?

—Estuvo casada con Carlyse Burgess, de Burgess Enterprises. Están divorciados.

—De modo que es hija de Harriet Merrick —el reparto empezaba a aumentar—. ¿La señora Merrick le ha entregado la dirección de la galería a Hiller?

—En su mayor parte. De vez en cuando ella toma alguna decisión.

Adam vio que se había vuelto a relajar y se concentró en la forma de los ojos. Eran casi almendrados, aunque no del todo. Como ella misma, eran únicos.

—Sean cuales fueren mis sentimientos personales, Stuart es un marchante competente —emitió una risa breve—. Desde que lo contrató, ha dispuesto de tiempo para viajar. Harriet acaba de regresar de un safari por África. Cuando la llamé el otro día, me dijo que se había traído un collar de dientes de cocodrilo.

—Vuestras familias son amigas, entonces. Imagino que tu padre ha hecho muchas ventas a través de la Galería Merrick.

—En el transcurso de los años. Realizó allí su primera exposición, hace más de treinta años. Le dio un empujón a su propia carrera y a la de Harriet casi a la vez —se irguió y frunció el ceño—. Déjame ver qué has hecho.

—Un minuto —musitó, ignorando la mano extendida.

—Veo que tus modales descienden hasta mi nivel cuando te resulta conveniente —se apoyó otra vez en la silla. Cuando él no respondió, hizo una mueca.

—Yo no las prolongaría mucho —aconsejó Adam—. Te harás daño. Cuando empiece a pintarte, deberás comportarte o te pegaré.

Kirby relajó la cara porque la mandíbula se le entumecía.

—Y un cuerno. Tienes la desventaja de ser un caballero, por dentro y por fuera.

Alzó la cara y la paralizó con una mirada.

—No cuentes con ello.

Bastó su mirada para frenar cualquier réplica que hubiera podido ofrecerle. No era la expresión de un caballero, sino la de un hombre que hacía todo a su modo cuando así le apetecía. Antes de poder pensar en una contestación apropiada, el sonido de gritos y gemidos ascendió por los escalones de la torre y a través de la puerta abierta. Kirby no hizo amago alguno de ir a investigar. Simplemente, sonrió.

—Voy a hacerte una pregunta —decidió Adam—. ¿Qué diablos es eso?

—¿A qué te refieres, Adam? —solicitó con inocencia.

—Al sonido de gemidos.

—Oh, eso —sonrió, alargó la mano y le arrebató el cuaderno de dibujo—. Es la última pataleta de papá porque su escultura no va bien... algo que jamás funcionará.

¿De verdad mi nariz se ladea de esa manera? —experimentalmente, pasó el dedo por su extensión—. Sí, supongo que sí. Tienes que mostrarle estos bocetos a papá. Querrá verlos —de pronto se dejó caer en su regazo, echó la cabeza para atrás y le rodeó el cuello con los brazos—. Bésame otra vez, ¿quieres? No puedo resistirlo.

«No puede haber otra como ella», pensó Adam al cerrar la boca sobre la suya. Con un sonido bajo de placer, Kirby se fundió contra él, toda ella delicada exigencia.

Entonces, los dos dejaron de pensar, sólo sintieron.

El deseo fue veloz e intenso. Se desarrolló y expandió y ella se permitió el lujo de vivirlo, porque a menudo eran cosas demasiado breves, superficiales. Quería la velocidad, el calor, la corriente. Un riesgo, pero la vida no era nada sin ellos. Un desafío, pero cada día aportaba el suyo. Adam la hacía sentirse suave, embriagada, sin sentido. Nadie lo había conseguido jamás.

Necesitaba lo que nunca habría creído necesitar de un hombre: fortaleza, solidez.

Adam sintió que la primera agitación se convertía en un anhelo... algo profundo, apagado y constante. No era algo que pudiera resistir, sino algo que descubría necesitar. El deseo siempre había sido básico, simple e indoloro. ¿Acaso no había sabido que era una mujer que haría sufrir a un hombre? Sabiéndolo, ¿no debería haber sido capaz de evitarlo? Pero dolía. Tenerla suave y dócil en brazos, dolía. De desearla más.

—¿No podéis esperar hasta después de comer? —exigió Fairchild desde la puerta.

Con un suspiro sereno, Kirby retiró los labios de los de Adam. El sabor permaneció tal como sabía que sucedería. Como la madera a su espalda, sería algo que la atraería una y otra vez.

—Vamos —murmuró, y volvió a rozar la boca de Adam, como en una promesa. Se volvió y apoyó la mejilla contra la de él en un gesto de gran dulzura—. Adam me ha estado dibujando —informó a su padre.

—Sí, ya puedo verlo —bufó Fairchild—. Que te dibuje todo lo que quiera después de comer. Estoy hambriento.

## IV

La comida pareció mitigar el humor de Fairchild. Mientras se ocupaba del salmón hervido, se lanzó a una larga diatriba técnica sobre el surrealismo. Con un encogimiento de hombros jovial, confesó que sus intentos en ese campo habían sido pobres, y su inmersión en lo abstracto poco mejor.

—Ha desterrado esos lienzos al desván —informó Kirby a Adam mientras degustaba la ensalada—. Hay uno en tonalidades azules y amarillas, con relojes de todos los tamaños y formas que se derriten y caen por doquier, y dos zapatos en un rincón. Lo llamó *Ausencia de Tiempo*.

—Experimental —gruñó Fairchild, clavando la vista en el trozo de pescado sin tocar que había en el plato de Kirby.

—Rechazó una cantidad obscena de dinero por él y lo encerró en el desván, como si fuera un pariente loco —con un movimiento fluido, trasladó el pescado al plato de su padre—. En poco tiempo su escultura irá a hacerle compañía.

Fairchild tragó un trozo de pescado, luego apretó los dientes.

—Mocosa desalmada —en un abrir y cerrar de ojos, pasó de querubín encantador a gnomo—. El próximo año por estas fechas, el nombre de Philip Fairchild será sinónimo de escultura.

—Y un cuerno —concluyó Kirby, ensartando un pepino—. Ese tono de rosa te sienta bien, papá —se inclinó y le dio un beso sonoro en la mejilla—. Se acerca al fucsia.

—No eres demasiado mayor para olvidar mi capacidad de sacar el mismo tono en tu trasero.

—Abusador de menores —se puso de pie y rodeó el cuello de Fairchild con los brazos. No había ningún enigma en el cariño que sentía por su padre—. Me voy a dar un paseo antes de que me ponga amarilla y me reseque. ¿Me acompañas?

—No, no, he de acabar un proyecto —le palmeó la mano cuando ella se puso tensa. Adam vio que algo pasaba entre los dos antes de que Fairchild se dirigiera a él—. Llévela a dar un paseo y continúe con sus... dibujos —cacareó—. ¿Le ha preguntado ya a Kirby si puede pintarla? Todos lo hacen —atacó el salmón—. Y ella jamás los deja.

Adam alzó la copa de vino.

—Le dije a Kirby que iba a pintarla.

El nuevo cacareo irradió regocijo. Unos pálidos ojos azules se iluminaron con el placer de los problemas inminentes.

—Una mano firme, ¿eh? Ella siempre la ha necesitado. No sé de dónde ha sacado ese carácter desagradable —sonrió con ingenuidad—. Debe de ser del lado de su

madre.

Adam contempló a la mujer serena, de ojos dulces, del retrato.

—Sin duda.

—¿Ve ese cuadro? —Fairchild señaló el retrato de Kirby siendo niña—. Es la primera y única vez que posó para mí. Y tuve que pagarle —bufó antes de volver a atacar el pescado—. Doce años y ya era una mercenaria.

—Si vas a hablar de mí como si no estuviera presente, iré a buscar mis zapatos —sin mirar atrás, salió de la estancia.

—No ha cambiado mucho, ¿verdad? —comentó Adam mientras se acababa el vino.

—Nada —acordó Fairchild con orgullo—. Lo conducirá a una persecución alegre, Adam, muchacho. Espero que tenga una buena condición física.

—Hice atletismo en la universidad.

La carcajada de Fairchild fue contagiosa. «Maldita sea, me gusta», pensó Adam otra vez. Complicaba las cosas. Desde la otra habitación, oyó a Kirby en una discusión acalorada con Isabelle. Lo que debería haber sido un trabajo sencillo, empezaba a crear capas que no había previsto ni querido.

—Vamos, Adam —Kirby asomó la cabeza por la puerta—. Le he dicho a Isabelle que puede venir, pero Montique y ella han de mantener una distancia de cinco metros en todo momento. Papá, creo que deberíamos tratar de subirle el alquiler. Puede que eso la impulse a buscar un apartamento en la ciudad.

—Jamás deberíamos haber aceptado un arrendamiento de largo plazo —gruñó Fairchild, y centró toda su atención en el salmón de Kirby.

Decidiendo no hacer comentario alguno, Adam se incorporó y salió.

Hacía calor para ser septiembre y soplabla una brisa. El terreno que rodeaba la casa se hallaba vivo con el otoño. Cerca de un arce llameante, vio a un anciano con un peto remendado. Con una caprichosa falta de dedicación, barría las hojas dispersas con un rastrillo. Al acercarse a él, exhibió una sonrisa desdentada.

—Jamás las recogerás todas, Jamie.

Emitió un sonido leve que debía de ser una risa.

—Tarde o temprano, jovencita. Sobra tiempo.

—Mañana te ayudaré —tomó la mano de Adam y se lo llevó.

—¿Ese hombrecillo es el responsable de los terrenos de la propiedad? —calculó que serían unos tres acres.

—Desde que se jubiló.

—¿Jubilarse?

—Jamie se jubiló al cumplir los sesenta y cinco años. Eso fue antes de que yo naciera —la brisa le echó mechones de pelo sobre la cara, haciendo que los apartara—. Dice que tiene noventa y dos, pero, desde luego, tiene noventa y cinco y no quiere reconocerlo —movió la cabeza—. Vanidad.

Kirby lo guió hasta que se encontraron a una altura vertiginosa del río. Lejos, abajo, la cinta de agua parecía quieta. Pequeños puntos que eran casas se desperdigaban a lo largo de la vista. Había una salpicadura de color en vez de tonos nítidos, una fusión de texturas.

En el reborde en el que se hallaban, sólo había viento, río y cielo. Kirby echó la cabeza atrás. Parecía primitiva, salvaje, invencible. Volviéndose, Adam miró hacia la casa. Parecía lo mismo.

—¿Por qué te quedas aquí? —no era su costumbre hacer preguntas directas. Kirby ya había cambiado eso en él.

—Tengo a mi familia, mi casa, mi trabajo.

—Y aislamiento.

Ella movió los hombros.

—La gente viene aquí. Eso no es aislamiento.

—¿No quieres viajar? ¿Ver Florencia, Roma, Venecia?

Desde su posición en una roca, estaba casi a la misma altura ocular que Adam. Al volverse hacia él, lo hizo sin su habitual arrogancia.

—Fui a Europa cinco veces antes de cumplir los doce años. Pasé cuatro años en París durante los estudios. Me acosté con un conde bretón en un castillo, esquí en los Alpes suizos y recorrí a pie los páramos de Cornualles. He viajado y volveré a viajar. Pero... —miró hacia la casa y sus labios se curvaron— siempre vuelvo a casa.

—¿Qué te hace regresar?

—Papá —la sonrisa se tornó plena—. Los recuerdos, la familiaridad. La locura.

—Lo quieres mucho —podía hacer que las cosas fueran de imposiblemente complicadas a perfectamente sencillas. El trabajo que había ido a hacer se volvía más y más una carga.

—Más que a nada y que a nadie —su voz pareció formar parte de la brisa—. Él me ha dado todo lo que importa: seguridad, independencia, lealtad, amistad, amor... y la capacidad de dar esas mismas cosas. Me gustaría creer que algún día encontraré a alguien que quiera eso de mí. Entonces mi casa estará con esa persona.

¿Cómo resistir la dulzura y la sencillez que podía manifestar de forma tan inesperada? Se recordó que no formaba parte del guión, pero alargó una mano para tocarle la cara. Cuando ella posó la mano en la suya, algo que no era deseo, pero sí igual de potente, se agitó en él.

Kirby sintió la fortaleza en Adam, y percibió una confusión que podría haber sido igual que la suya. Pensó que en otra ocasión podría haber funcionado. Pero no en ese momento, ya que había demasiadas cosas alternativas. Adrede bajó la mano y se volvió hacia el río.

—No sé por qué te cuento estas cosas —murmuró—. No suelo hacerlo. ¿La gente por lo general te confiesa sus pensamientos personales?

—No. O quizá yo no he estado escuchando.

Ella sonrió, y en uno de sus súbitos cambios de ánimo, saltó de la roca.

—No eres el tipo de hombre en quien confiaría la gente —enlazó el brazo con el suyo—. Aunque das la impresión de poseer hombros anchos y robustos, eres un poco distante —concluyó—. Y algo pomposo.

—¿Pomposo? ¿Qué quieres decir con pomposo?

Debido a que sonaba peligrosamente como su padre, tragó saliva.

—Sólo un poco —le recordó, a punto de atragantarse por la risa—. No te ofendas, Adam. Desde luego, la pomposidad tiene su sitio en el mundo —al ver que seguía ceñudo, carraspeó—. Me gusta cómo se te mueven las cejas cuando estás irritado.

—No soy pomposo —aseveró con precisión y vio cómo le temblaban los labios por la diversión que la dominaba.

—Quizá fue una mala elección de palabras.

—Fue una elección completamente incorrecta —apenas tuvo tiempo de contenerse antes de enarcar las cejas. Se juró que no iba a sonreír.

—Convencional —le palmeó la mejilla—. Estoy segura de que quería decir eso.

—Estoy seguro de que esas dos palabras significan lo mismo para ti. No pienso dejar que me pongas en ninguna de esas categorías.

Lo estudió con la cabeza ladeada.

—Quizá me equivoque —dijo, tanto para él como para sí misma—. Me he equivocado con anterioridad. Llévame a caballo.

—¿Qué?

—Que me lleves a caballo —repitió.

—Estás loca —podía ser aguda, tener talento, pero parte de su cerebro se hallaba en permanentes vacaciones.

Ella se encogió de hombros y emprendió el regreso a la casa.

—Sabía que no lo harías. La gente pomposa jamás ofrece o recibe paseos a caballo. Es la ley.

—Maldita sea —se lo estaba haciendo y la dejaba. Durante un momento, metió las manos en los bolsillos y se mantuvo firme. La alcanzó—. Eres una mujer exasperante.

—Vaya, gracias.

Se miraron, él frustrado y ella divertida, hasta que Adam le dio la espalda.

—Sube.

—Si insistes —con agilidad saltó sobre su espalda y miró alrededor—. Cielos, eres alto.

—Tú eres baja —corrigió él, acomodándola mejor.

—En mi próxima vida voy a medir uno setenta.

—Será mejor que a tu fantasía también le añadas kilos —las manos de ella eran ligeras sobre sus hombros, los muslos firmes en torno a su cintura. «Ridículo», pensó. «Es ridículo desearla ahora, cuando nos está haciendo quedar a los dos como unos tontos»—. ¿Cuánto pesas?

—Justo cincuenta —saludó a Jamie con un gesto de la mano.

—¿Y cuando te quitas el sobrepeso de los bolsillos?

—Cuarenta y seis, si quieres ser técnico —riendo, le dedicó un abrazo—. Podrías hacer algo atrevido, como no ponerte calcetines.

—El siguiente acto espontáneo podría ser soltarte sobre tu muy atractivo trasero.

—¿Es atractivo? —movió las piernas adelante y atrás—. Veo tan poco de mí misma —lo abrazó un momento más porque le resultaba perfecto, agradable. «Ve con cuidado», se recordó. Mientras pudiera mantenerlo desequilibrado todo iría bien. Se adelantó y le atrapó el lóbulo de la oreja entre los dientes—. Gracias por el recorrido, marinero.

Antes de que pudiera responderle, Kirby saltó al suelo y entró en la casa.

Era de noche, tarde, oscuro y silencioso, cuando Adam se sentó a solas en su habitación. Sostenía el transmisor en la mano y descubrió que quería destruirlo y olvidar que alguna vez había existido. La regla número uno era no involucrarse personalmente, y siempre la había respetado. Jamás se había sentido tentado a olvidarla.

Con los ojos clavados en el cuadro del Hudson pintado por Kirby, activó el interruptor.

—¿McIntyre?

—Contraseña.

—Maldita sea, no es un capítulo sacado de una novela de Ian Fleming.

—Es el procedimiento —le recordó McIntyre. Después de veinte segundos de silencio sepulcral, cedió—: De acuerdo, de acuerdo, ¿qué has averiguado?

«Que estoy peligrosamente cerca de volverme loco por una mujer que no consigo descifrar», pensó.

—He averiguado que la próxima vez que tengas una idea brillante, puedes irte al infierno con ella.

—¿Problemas? —espetó la voz de McIntyre en el auricular—. Se suponía que debías llamar si había algún problema.

—El problema es que el viejo me cae bien y la hija es... perturbadora —«una palabra idónea», pensó. Su sistema no se había asentado desde que la había visto.

—Es demasiado tarde para eso. Estamos comprometidos.

—Sí —suspiró y apartó a Kirby de sus pensamientos—. Melanie Merrick Burgess es una amiga íntima de la familia e hija de Harriet Merrick. Es una diseñadora muy elegante que no parece tener un interés muy profundo en la pintura. Kirby ha roto hace poco el compromiso que tenía con Stuart Hiller.

—Interesante. ¿Cuándo?

—No dispongo de una fecha —respondió—. Y no quería interrogarla acerca de algo tan delicado —McIntyre guardó silencio—. Diría que en algún momento durante los dos últimos meses, no más. Este fin de semana me han invitado a una fiesta. En

ella debería conocer a Harriet Merrick y a Hiller. Mientras tanto, he hecho un descubrimiento. La casa está atravesada por pasadizos secretos.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Con un poco de suerte, dispondré de fácil acceso a todo el lugar.

McIntyre gruñó su aprobación.

—¿No tendrás problema para reconocerlo?

—Si lo tiene, y si está en la casa, y si por algún milagro consigo encontrarlo en este anacronismo, lo reconoceré —cortó, resistiendo el deseo de tirar el transmisor contra la pared.

Despejó la mente, se puso de pie y comenzó a inspeccionar la chimenea en busca del mecanismo.

Tardó casi diez minutos, pero su recompensa fue que un panel crujiente se deslizara a un lado. Entró con una linterna en la mano. La atmósfera era húmeda, pero iluminó la pared interior hasta dar con el interruptor. El panel se cerró y lo dejó en la oscuridad.

Sus pisadas reverberaron junto con el sonido de la carrera veloz de los roedores. No les prestó atención. Durante un momento se detuvo ante la pared de la habitación de Kirby, pero casi al instante continuó pasadizo abajo.

Giró el primer mecanismo que encontró y atravesó la abertura. Polvo y sábanas. Con sigilo, inició una búsqueda lenta y metódica.

Kirby estaba inquieta. Mientras Adam había permanecido del otro lado de la pared, controlando el impulso de abrir el panel, ella había caminado de un lado a otro del dormitorio. Había pensado en subir a su estudio. El trabajo quizá la calmara... pero cualquier cosa que realizara en ese estado mental sería basura. Frustrada, se dejó caer en el asiento de la ventana.

El problema era Adam Haines.

¿Atracción? Sí, pero eso era fácil y sencillo de arreglar. Había algo más retorcido que distaba mucho de ser sencillo. Él podía involucrarla, y una vez que sucediera eso, ya nada sería fácil.

Apoyó las manos en el alféizar y luego la cabeza sobre ellas. Adam podía herirla. Era algo que la aterraba, ya que sería la primera vez. Tuvo que reconocer que no representaría un golpe al orgullo o al ego, sino un dolor profundo, donde no sanaría.

Era evidente que lo que tenía que hacer era no permitir que la involucrara y, por ende, no dejar que la hiriera. Y esa pequeña lógica le devolvió el control que no poseía. Mientras luchaba por desenmarañar metódicamente sus pensamientos, las luces de un coche la distrajeron.

Sorprendida, se preguntó quién podía ser a esa hora de la noche. Su padre tenía la costumbre de invitar a gente a horas extrañas. Pegó la nariz al cristal.

—Hace falta tener valor —musitó.

Se puso de pie y recorrió la habitación tres veces antes de ponerse una bata y abandonar el cuarto.

Encima de ella, Adam estaba a punto de regresar al pasadizo cuando también él vio las luces. Automáticamente apagó la linterna y se situó junto a la ventana. Observó al hombre bajar de un Mercedes último modelo y dirigirse a la casa. «Interesante», decidió. Salió con sigilo al pasillo.

El sonido de voces llegó hasta él mientras se escondía en el umbral de una puerta y esperaba. Unas pisadas se aproximaron. Desde su escondrijo, observó a Cards guiar a un hombre delgado de pelo oscuro hasta el estudio que Fairchild tenía en la torre.

—El señor Hiller desea verlo, señor —Cards proporcionó la información como si fueran las cuatro de la tarde y no pasada la medianoche.

—Stuart, qué agradable que hayas venido —atronó la voz de Fairchild desde el umbral—. Pasa, pasa.

Después de contar hasta diez, comenzó a moverse hacia la puerta que Cards había cerrado, pero justo en ese momento un remolino blanco subió por las escaleras. Maldiciendo, volvió a pegarse a la pared cuando Kirby pasaba lo bastante cerca como para tocarla.

Entre la frustración y el deseo de reír, se preguntó qué diablos pasaría. Ahí estaba, atrapado en el umbral de una puerta al tiempo que la gente subía los escalones que conducían a una torre en mitad de la noche. Mientras la observaba, Kirby se recogió la bata y se acercó de puntillas hasta el estudio.

Decidió que no podía ser más que una pesadilla. Mujeres con el pelo desarreglado moviéndose a hurtadillas en corredores ventosos ataviadas de blanco semitransparente. Pasadizos secretos. Reuniones clandestinas. Un hombre normal, sensato, no tendría nada que ver en eso. Aunque había dejado de ser sensato en cuanto atravesó la entrada de esa casa.

Después de que Kirby llegara al rellano superior, él se acercó más. La atención de ella se hallaba centrada en la puerta del estudio. Adam hizo un cálculo rápido y subió los escalones detrás de ella; luego se fundió con las sombras del rincón. Sin quitarle la vista de encima, también él se dedicó a escuchar.

—¿Por qué clase de tonto me tomas? —preguntó Stuart.

Sólo la pared lo separaba de Adam.

—Por el que tú prefieras. A mí me da igual. Siéntate, muchacho.

—Escúchame, teníamos un trato. ¿Cuánto tiempo crees que tardaría en averiguar que me habías traicionado?

—De hecho, no creo que mucho —sonriendo, Fairchild pasó el dedo pulgar por el halcón de arcilla—. No eres tan inteligente como te suponía, Stuart. Deberías haber descubierto el cambio hace semanas. No es que no fuera soberbio —añadió con un toque de orgullo—. Pero un hombre inteligente habría hecho autenticar el cuadro.

Como la conversación la confundía, Kirby se acercó más a la puerta. Se acomodó el pelo detrás de la oreja como si deseara oír con más claridad. Olvidada, la bata se abrió, revelando una leve excusa de camión y mucha piel dorada y suave. En su rincón, Adam se movió y maldijo para sus adentros.

—Teníamos un trato... —la voz de Stuart se elevó, pero Fairchild lo cortó con un simple movimiento de la mano.

—No me digas que crees en esas tonterías del honor entre ladrones... Es hora de crecer si quieres jugar en las ligas grandes.

—Quiero el Rembrandt, Fairchild.

Kirby se puso rígida. Adam no lo notó, ya que en ese momento su atención se hallaba completamente centrada en la batalla de la torre. «Por Dios», pensó. «El viejo canalla lo tiene».

—Demándame —invitó Fairchild.

—Entrégamelo o te partiré el escuálido cuello.

Durante diez segundos, Fairchild observó con calma mientras la cara de Stuart se ponía colorada.

—De esa manera no lo vas a conseguir. Y he de advertirte que las amenazas me irritan. Verás... —recogió un trapo y comenzó a limpiarse la arcilla de las manos—. No me gustó el trato que le diste a Kirby. No, no me gustó nada —de pronto dejó de ser el excéntrico inofensivo. Dejó de ser un querubín o un gnomio y fue un hombre. Peligroso—. Sabía que jamás llegaría tan lejos como para casarse contigo. Es demasiado brillante para eso. Pero tus amenazas, en cuanto rompió contigo, me irritaron. Y cuando me irrito, tiendo a ser vengativo. Es un defecto —comentó con tono amigable—. Pero soy así —los ojos pálidos estaban fríos y serenos sobre el otro—. Sigo irritado, Stuart. Te haré saber cuándo estaré dispuesto a tratar contigo; mientras tanto, mantente alejado de Kirby.

—No vas a salirte con la tuya.

—Todas las cartas están en mi poder —lo descartó con un gesto impaciente—. Tengo el Rembrandt y sólo yo sé dónde está. Si te conviertes en un incordio, algo a lo que te acercas peligrosamente, puede que decida quedármelo. A diferencia de ti, no me apremia la necesidad de dinero —sonrió, pero el frío no abandonó sus ojos—. Jamás se debería vivir por encima de los propios medios, Stuart. Ése es mi consejo.

Impotente, intimidado, Stuart se plantó ante el hombre pequeño delante de la mesa de trabajo. Era lo bastante grande, aparte de estar lo bastante furioso, como para romperle el cuello con las manos. Pero así no conseguiría el Rembrandt, ni el dinero que con tanta desesperación necesitaba.

—Antes de que hayamos terminado, lo pagarás —prometió—. No permitiré que se burlen de mí.

—Ya es demasiado tarde para eso —repuso Fairchild con indiferencia—. Y ahora vete. Puedes encontrar la salida sin molestar a Cards, ¿verdad?

Como si ya estuviera solo, volvió a dedicarse a su halcón.

Con rapidez, Kirby miró alrededor en busca de un escondite, y durante un momento ridículo, Adam pensó que intentaría ocultarse en el rincón que él ocupaba. En cuanto comenzó a cruzar el pasillo en su dirección, el manillar de la puerta giró. Se había movido demasiado tarde. Con la espalda pegada a la pared, cerró los ojos y fingió ser invisible.

Stuart abrió la puerta y abandonó la habitación cegado por la furia. Sin mirar atrás, bajó los escalones. Al pasar, Adam notó que tenía una expresión asesina en la cara.

Kirby permaneció en silencio y quieta a medida que las pisadas se perdían. Respiró hondo y luego suspiró. Entonces irguió los hombros y fue a encarar a su padre.

—Papá —la palabra sonó serena y acusadora. Fairchild levantó la cabeza, pero de inmediato ocultó la sorpresa detrás de su simpática sonrisa.

—Hola, cariño. Mi halcón empieza a respirar. Ven a echarle un vistazo.

Ella respiró hondo otra vez. Toda la vida lo había querido, lo había apoyado. Lo había adorado. Nada de eso le había impedido jamás enfadarse con él. Sin quitarle la vista de encima, se ató bien la bata y se acercó.

—Al parecer no me has mantenido al día de lo que sucede —empezó—. Un acertijo, papá. ¿Qué tienen en común Philip Fairchild, Stuart Hiller y Rembrandt?

—Siempre se te han dado bien los acertijos, cariño.

—Ahora, papá.

—Sólo negocios —le ofreció una sonrisa animada mientras evaluaba cuánto iba a tener que contarle.

—Seamos específicos, ¿te parece? —sólo la mesa los separaba—. Y no me ofrezcas esa mirada vacua y tonta. No funcionará. Oí bastante mientras estaba fuera. Cuéntame el resto.

—Escuchar a hurtadillas es una grosería —chasqueó la lengua.

—Fue sin querer. Ahora cuéntamelo o destruiré tu halcón —alzó el brazo y mantuvo la palma de la mano a cinco centímetros de la arcilla.

—Mocosa cruel —con los dedos huesudos, le tomó la muñeca; los dos sabían quién ganaría en última instancia. Suspiró—. De acuerdo.

Con un gesto de asentimiento, Kirby apartó la mano y cruzó los brazos. El gesto habitual hizo que él volviera a suspirar.

—Hace un tiempo, Stuart vino a verme con una pequeña proposición. Ya sabes, por supuesto, que no tiene ni un centavo, sin importar lo que quiera aparentar.

—Sí, sé que quería casarse conmigo por mi dinero —nadie salvo su padre habría podido detectar la leve tensión en su voz.

—No saqué ese tema para herirte —le tomó la mano en el vínculo que se había formado cuando ella había respirado por primera vez.

—Lo sé, papá —le apretó la mano, luego metió las dos en los bolsillos de la bata—. Mi orgullo sufrió. Tiene que suceder de vez en cuando, supongo. Pero no me

importa la humillación —manifestó con súbita fiereza—. No me importa nada —lo miró—. El resto.

—Bueno —otro suspiro—. Entre sus muchos defectos, Stuart es codicioso. Necesitaba una gran cantidad de dinero y no veía motivo alguno para tener que trabajar para conseguirla. Decidió recurrir al autorretrato de Rembrandt de la galería de Harriet.

—¿Lo robó? —estuvo a punto de que se le desencajaran los ojos—. Santo cielo, jamás le habría atribuido semejante atrevimiento.

—Se consideró inteligente —se puso de pie y fue al pequeño fregadero que había en un rincón para lavarse las manos—. Harriet estaba en un safari y durante varias semanas no habría nadie para cuestionar la desaparición del cuadro. Stuart es un poco dictatorial con el personal de la galería.

—Es tan agradable maltratar a los subalternos.

—En cualquier caso... —con gesto cariñoso, cubrió a su halcón para la noche— vino a verme con una oferta, una oferta despreciable, desde luego, si aceptaba realizar la falsificación para sustituir el Rembrandt.

Kirby no había creído que pudiera hacer algo que la sorprendiera. Desde luego, nada que pudiera herirla.

—Papá, es el Rembrandt de Harriet —manifestó conmovida.

—Vamos, Kirby, sabes que le tengo cariño a Harriet. Mucho cariño —le pasó un brazo por los hombros para tranquilizarla—. Nuestro Stuart tiene un cerebro muy pequeño. Me entregó el cuadro cuando le dije que lo necesitaba para realizar la copia —movió la cabeza—. No hubo ningún desafío, Kirby. Ninguna diversión.

—Qué pena —repuso con sequedad y se dejó caer en una silla.

—Entonces le dije que ya no me hacía falta el original y le entregué la copia. Jamás sospechó nada —juntó las manos a su espalda y alzó la vista al techo—. Me habría gustado que lo vieras. Fue superlativo. Ya sabes, se trata de una de las obras del último período de Rembrandt. Texturas ásperas, una profundidad luminosa...

—¡Papá! —interrumpió lo que se habría convertido en una conferencia.

—Oh, sí, sí —con un esfuerzo, se controló—. Le dije que necesitaría un poco más de tiempo para completar la copia y tratarla para darle la ilusión de antigüedad. Se lo tragó. Es un crédulo —añadió con un chasquido de la lengua—. Han pasado casi tres semanas y acaba de realizarle la prueba de autenticidad. Me cercioré de que no pudiera pasar ningún test básico, desde luego.

—Desde luego —musitó Kirby.

—Ahora tiene que dejar la copia en la galería. Y yo tengo el original.

Se dio un momento para asimilar todo lo que su padre le había contado. Daba igual cómo se sentía. Furiosa.

—¿Por qué, papá? ¿Por qué lo haces! No es como con los demás. Es Harriet.

—Vamos, Kirby, no pierdas el control. Tienes un temperamento tan vehemente —se esforzó por parecer pequeño y desvalido—. Soy demasiado viejo para soportarlo.

Recuerda mi tensión.

—Y un cuerno —lo miró con ojos centelleantes—. Que ni se te pase por la cabeza que vas a poder librarte con eso. ¿Viejo? —espetó—. Sigues siendo un niño pequeño.

Aporreó la mesa con los puños. Las herramientas rebotaron y cayeron mientras soltaba un grito prolongado. Protector, Fairchild colocó las manos alrededor de su halcón y esperó que la crisis pasara. Al final, ella volvió a sentarse, sin aliento.

—Solías hacerlo mejor —observó él—. Creo que te estás ablandando.

—Papá, sé que me veré obligada a golpearte y luego me arrestarán por parricidio. Sabes que siento terror por los lugares cerrados. Me volvería loca en la cárcel. ¿Quieres tener eso en tu conciencia?

—Kirby, ¿te he dado causa de preocupación alguna vez?

—No me obligues a darte una relación completa, papá, es más de medianoche. ¿Qué has hecho con el Rembrandt?

—¿Hecho? —frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir con «hecho»?

—¿Dónde está? —preguntó con perfecta pronunciación—. No puedes dejar un cuadro como ése en cualquier parte de la casa, en especial cuando has elegido tener compañía.

—¿Compañía? Oh, te refieres a Adam. Agradable muchacho. Ya le tengo afecto —mover los ojos—. A ti te empieza a resultar grato.

Kirby entrecerró los ojos.

—Deja a Adam al margen de esto.

—Querida, querida —sonrió con regocijo—. Pensaba que lo habías incorporado tú.

—¿Dónde está el Rembrandt? —todo asomo de paciencia se había desintegrado.

—Seguro y a salvo, querida —la voz de Fairchild sonó serena y satisfecha—. Seguro y a salvo.

—¿Aquí? ¿En la casa?

—Por supuesto —la miró asombrado—. No pensarías que lo guardaría en otra parte...

—¿Dónde?

—No necesitas saberlo todo —con un movimiento fluido, se quitó el delantal de pintura y lo arrojó sobre una silla—. Conténtate con saber que se encuentra a salvo, escondido con adecuado respeto y afecto.

—Papá.

—Kirby —sonrió, la sonrisa gentil de un padre—. Una hija ha de confiar en su padre, ha de respetar la sabiduría de sus años. Confías en mí, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, pero...

La cortó con la primera estrofa de *La pequeña de papá* con un falsete trémulo.

Kirby gimió y apoyó la frente en la mesa. ¿Cuándo iba a aprender? Él continuó cantando hasta que las risitas se hicieron incontenibles.

—Eres incorregible —levantó la cabeza y respiró hondo—. Tengo la terrible impresión de que te reservas una montaña de detalles y de que, de todos modos, te seguiré la corriente.

—Detalles, Kirby —los descartó con un movimiento de la mano—. El mundo está demasiado lleno de detalles, sólo causan problemas. Recuerda, el arte refleja la vida, y la vida es una ilusión. Vamos, estoy cansado —se dirigió hacia ella y le extendió una mano—. Lleva a tu viejo papá a la cama.

Derrotada, aceptó la mano y se puso de pie. Se dijo que nunca iba a aprender. Y que siempre lo adoraría. Juntos salieron del estudio.

Adam los observó mientras bajaban los escalones tomados del brazo.

—Papá... —se detuvo apenas a unos metros del escondite de Adam—. Existe una causa lógica para todo esto, ¿verdad?

—Kirby —el rostro expresivo adquirió una expresión serena y seria—. ¿He hecho alguna vez algo que no tuviera un motivo sensato y lógico?

Emitió una risita casi muda. A los pocos momentos, la carcajada sonó rica y musical, hasta que apoyó la cabeza sobre el hombro de su padre. Bajo esa tenue luz, con los ojos brillantes, Adam pensó que jamás la había visto más atractiva.

Cuando la distancia se los tragó, abandonó las sombras y permaneció en lo alto de la escalera. En una ocasión oyó la risa de Kirby, luego silencio.

Lo más probable era que los dos Fairchild estuvieran locos. Y ambos lo fascinaban.

## V

Por la mañana, el cielo estaba gris y pesado. Adam se sintió tentado de darse la vuelta, cerrar los ojos y fingir que se hallaba en su bien organizada casa, donde un ama de llaves se ocupaba de lo básico y no había una gárgola a la vista. En parte por curiosidad, en parte por valor, se levantó y se preparó para encarar el día.

El mejor curso de acción seguía siendo las búsquedas nocturnas con la ayuda de los pasadizos. Por su propia cordura, decidió que los días los dedicaría a pintar.

En cuanto esa situación se acabara, pintar no sólo sería su prioridad, sería lo único que hiciera.

Duchado, vestido y satisfecho con la idea de terminar su segunda carrera en unas pocas semanas, salió al pasillo pensando en beber un café. La puerta de Kirby estaba completamente abierta. Al pasar por delante, miró dentro. Con el ceño fruncido, se detuvo, dio marcha atrás y se plantó en el umbral.

—Buenos días, Adam. ¿No es un día precioso? —sonrió en posición invertida, ya que se hallaba en un rincón apoyada sobre la cabeza.

Adrede miró hacia la ventana para cerciorarse de que se hallaba en tierra firme.

—Está lloviendo.

—¿No te gusta la lluvia? A mí sí —se frotó la nariz con el dorso de la mano—. Míralo de esta manera, tiene que haber docenas de lugares donde el sol esté brillando. Todo es relativo. ¿Has dormido bien?

—Sí.

—Pasa y espera un minuto. Bajaré a desayunar contigo.

Se acercó para detenerse justo delante de ella.

—¿Por qué estás cabeza abajo?

—Es una teoría que tengo —cruzó los tobillos contra la pared mientras su cabello se extendía sobre la alfombra—. ¿Podrías sentarte un momento? Me cuesta hablarte cuando tu cabeza está ahí arriba y la mía aquí abajo.

Convencido de que lo lamentaría, se puso en cuclillas. El jersey de Kirby se había soltado y mostraba una piel suave de su cintura.

—Gracias. Mi teoría es que he estado horizontal toda la noche, y casi todo el día estaré de pie. Por lo tanto... —de algún modo, logró encogerse de hombros—, por la mañana y antes de irme a la cama me pongo sobre mi cabeza. De ese modo, la sangre puede agitarse un poco.

Adam se frotó la nariz con los dedos pulgar e índice.

—Creo que lo entiendo, y eso me aterra.

—Deberías probarlo.

—Dejaré que mi sangre se estanque, gracias.

—Como quieras. Será mejor que te apartes, voy a erguirme.

Dejó caer los pies y se irguió con una agilidad atlética que lo sorprendió. De cara a él, se apartó el pelo que había flotado hacia sus ojos. Luego le ofreció una sonrisa lenta y prolongada.

—Tienes la cara roja —murmuró él, más en defensa propia que por otro motivo.

—No se puede evitar, es parte del proceso —había dedicado bastantes horas la noche anterior a discutir consigo misma. Esa mañana había decidido que dejaría que las cosas sucedieran como tenían que suceder—. Es el único momento en que me ruborizo —le explicó—. Por lo tanto, si quieres decir algo turbador... o halagador...

En contra de su mejor juicio, le rodeó la cintura con las manos. Ella no retrocedió, no avanzó, simplemente esperó.

—Tu rubor ya empieza a desvanecerse, así que parece que he perdido mi oportunidad.

—Oh, ¿de verdad?

—Para el cuadro.

—No quieres hacer un desnudo —el humor en los ojos de ella se transformó en aburrimiento al apartarse—. Ése es el enfoque habitual.

—No pierdo el tiempo con enfoques —la estudió—. Voy a pintarte porque has nacido para que te pinten. Voy a hacerte el amor exactamente por el mismo motivo.

La expresión de Kirby no cambió, pero sí lo hizo el ritmo de sus latidos.

—Qué categórico y arrogante eres —expuso. Se dirigió hacia la cómoda, recogió el cepillo y se lo pasó con rapidez por el pelo—. No he aceptado posar para ti, y tampoco acostarme contigo —se peinó una última vez antes de dejar el cepillo—. De hecho, tengo serias dudas de que haga alguna de esas cosas. ¿Nos vamos?

Antes de poder ir hacia la puerta, la tomó en brazos. La velocidad la sorprendió. Había esperado irritarlo, pero al echar la cabeza atrás para mirarlo, no vio furia. Vio una determinación fría y paciente. Nada podría haberla intranquilizado más.

Entonces la tuvo tan cerca, que su rostro se tornó borroso y la boca fue dominante. No se resistió. Rara vez resistía lo que quería. A cambio, dejó que el calor la recorriera en un torrente lento y continuo que, de algún modo, fue aterrador y apacible al mismo tiempo.

Deseo. ¿No era así como había imaginado que sería con el hombre adecuado? ¿No era lo que había estado esperando desde el momento en que se descubrió como mujer? Ahí lo tenía. Abrió los brazos para recibirlo.

Los latidos de Adam no eran firmes y deberían haberlo sido. Su mente no estaba despejada, y debería haberlo estado. ¿Cómo iba a poder ganar con ella si siempre que estaban juntos perdía terreno? Si cumplía la promesa, o amenaza, de que serían amantes, ¿cuánto perdería? «Y ganaré», pensó al dejarse absorber. El riesgo valía la pena.

—Posarás para mí —musitó sobre su boca—. Y harás el amor conmigo. No hay elección.

Ésa fue la palabra que la frenó. Ésa fue la frase que la obligó a resistir. Siempre había tenido elección.

—Yo no...

—Para ninguno de los dos —concluyó mientras la soltaba—. Decidiremos la ropa después de desayunar —como no quería que ninguno de los dos hablara, la sacó de la habitación.

Una hora más tarde, la llevó de vuelta.

Durante el desayuno Kirby se había mostrado serena. Pero no había podido engañarlo. No le gustaba que fueran más hábiles que ella, ni siquiera en algo insignificante. Le proporcionó una gran satisfacción haber podido hacerlo. La expresión desafiante y malhumorada era exactamente lo que quería para el cuadro.

—Creo que rojo —indicó—. Será lo que mejor te siente.

Kirby indicó el armario con una mano y se tumbó en la cama. Con la vista clavada en el techo, reflexionó en la situación. Era verdad que siempre se había negado a dejar que la pintaran, salvo su padre. Como artista, sabía lo íntima que era la relación entre pintor y modelo, sin importar que el modelo fuera una persona o un cuenco con fruta. Jamás había estado dispuesta a compartirse con alguien más hasta ese punto.

Pero Adam era diferente. Si lo elegía, podía justificarlo debido a su talento, y a que realmente quería pintarla, no halagarla. No era una mentira, pero tampoco la verdad del todo. No obstante, en algunos casos se sentía cómoda con verdades a medias. Si era sincera, tenía que reconocer que sentía curiosidad por ver el aspecto que tendría desde su perspectiva, aunque no se hallaba del todo cómoda con eso.

Movió únicamente los ojos y lo observó mientras hurgaba en su armario.

Mientras Kirby se encontraba ocupada debatiendo consigo misma, Adam buscó entre una variedad increíble de ropa. Alguna era perfecta para una huérfana, otra para una adolescente excéntrica. Se preguntó si se habría puesto esa minifalda púrpura y el aspecto que habría tenido con ella. Vestidos elegantes de París y Nueva York colgaban al azar entre excedentes del ejército. Si la ropa reflejaba a una persona, había más que una sola Kirby Fairchild. Se preguntó a cuántas le mostraría.

Descartó un atuendo tras otro. Uno por demasiado apagado, otro por demasiado elegante. Encontró un mono amplio en la misma percha que un ceñido vestido de lentejuelas de un diseñador muy caro. Al hacer a un lado un traje adecuado para una perfecta fiscal de distrito, lo encontró.

Seda escarlata. Sin duda era caro, pero no elegante en el modo en que imaginaba los diseños de Melanie Burgess. La parte superior de escote cuadrado descendía hasta una cintura estrecha antes de que la tela se abriera en una falda plena. Era de manga corta y abombada, con rayas de color negro y fucsia. Resultaba un diseño para una gitana rica. Era perfecto.

—Esto —lo llevó hasta la cama. Ceñuda, ella siguió mirando el techo—. Póntelo y ve al estudio. Haré algunos bocetos.

Kirby habló sin mirarlo.

—¿Te das cuenta de que ni una sola vez me has pedido que pose para ti? Me dijiste que querías pintarme, me dijiste que ibas a pintarme, pero nunca me *preguntaste* si podías pintarme. El instinto me dice que básicamente eres un caballero, Adam. Quizá has olvidado decir por favor.

—No lo he olvidado —echó el vestido a lo ancho del pie de la cama—. Pero creo que oyes demasiados «por favor» de los hombres. Eres una mujer que pone a los hombres de rodillas con un simple parpadeo. Y a mí no me gusta estar de rodillas —no le gustaba, y empezaba a ser imperativo llevar los mandos. Se inclinó, apoyó las manos a ambos lados de su cabeza y luego se sentó—. Y estoy tan acostumbrado como tú a salirme con la mía.

Lo estudió al tiempo que analizaba sus palabras.

—Pero yo todavía no he aleteado los párpados en tu dirección.

—¿No? —murmuró.

Podía olerla, la fragancia salvaje e indómita que era idónea para las noches de invierno aisladas. La vio fruncir los labios, no adrede, sino de acuerdo con su estado de ánimo. Era eso lo que lo tentaba. Tenía que probarlos. Lo hizo levemente. Se dijo que sólo sería un roce, un contacto, que luego lo dejaría. Pero la boca se entregó a él como ella no lo había hecho. O quizá lo conquistó.

El deseo lo abrasó. Únicamente era capaz de relacionarse con el fuego. Las llamas, el calor, el humo. Ése era el sabor de Kirby. Humo, tentación y la promesa de delicias irracionales.

Probó, pero ya no fue suficiente. Tenía que tocar.

El cuerpo era pequeño, delicado, algo que un hombre podría temer tomar. Y él lo temía, pero no por el beneficio de Kirby. Sino por el suyo propio. Podía ser pequeña y delicada; sin embargo era capaz de cortar a un hombre por la mitad. De eso estaba seguro. Pero mientras tocaba, mientras probaba, no le importó.

Nunca había deseado tanto a una mujer. Lo hacía sentirse como un adolescente en la parte de atrás de un coche, como un hombre pagando por la mejor prostituta de un burdel de Francia, como un marido acogiendo a la seguridad de una esposa. Pero al poseerla, estaría reentrando en un ciclo interminable de complicaciones, luchas, excitación. Kirby era un opiáceo. Un salto desde un precipicio. Si no tenía cuidado, iba a sufrir una sobredosis y terminar en las rocas.

Retirarse le costó más de lo que habría creído posible. Ella yacía con los ojos entornados, la boca entreabierta. «No te involucres», se ordenó con tono frenético. «Consigue el Rembrandt y lárgate. Para eso has venido».

«Es una hechicera», se dijo. «Circe». Debía retroceder antes de olvidarlo.

—Tendrás que cambiarte.

—Adam... —aún ingrávida, alzó las manos para tocarle la cara.

—Resalta los ojos —se incorporó antes de saltar.

—¿Mis ojos? —con la mente en blanco y el cuerpo palpitante, lo miró.

—Y déjate el pelo suelto —fue hacia la puerta mientras ella se apoyaba sobre los codos—. Veinte minutos.

No le permitiría ver el dolor. No se permitiría sentir el rechazo.

—Eres frío, ¿verdad? —musitó—. Puede que aún llegues a verte de rodillas.

Tenía razón... y podría haberla estrangulado por ello.

—Es un riesgo que deberé correr —asintió y cruzó la puerta—. Veinte minutos —repitió.

Kirby cerró las manos con fuerza y luego, lentamente, las relajó.

—De rodillas —se prometió—. Lo juro.

Solo en el estudio de Kirby, Adam buscó el mecanismo del pasadizo. Lo hizo más por curiosidad. Dudaba de que tuviera que buscar en una habitación a la que le habían brindado libre acceso, pero se sintió satisfecho cuando encontró el control. El panel se deslizó a un lado con un crujido, tan ruidosamente como todos los otros que había localizado. Después de un rápido vistazo al interior, volvió a cerrarlo y regresó a lo que lo ocupaba... pintar.

Nunca era un trabajo, pero no siempre era un placer. La necesidad de pintar era una exigencia que podía resultar suave y gentil, o aguda y cortante.

Era un artista meticuloso, igual que era un hombre meticuloso. Quizá convencional, como lo había llamado Kirby. Pero no era rígido. Era ordenado donde ella no, pero su proceso creativo resultaba notablemente similar al de ella. Kirby podía contemplar una pieza de madera durante una hora hasta que captaba la vida que anidaba dentro. Él hacía lo mismo con un lienzo.

En ese momento, sólo se preparaba, y estaba tan sereno y ordenado como su equipo. Sobre un caballete colocó el lienzo, blanco y a la espera. Con cuidado, seleccionó tres piezas de carboncillo. Empezaría con ellas. Realizaba los primeros bocetos informales cuando oyó sus pisadas.

Kirby se detuvo en el umbral, ladeó la cabeza y lo miró. Con cuidado deliberado, él dejó el cuaderno sobre la mesa.

El cabello le caía suelto y tupido sobre los hombros rayados. Los ojos oscurecidos aún ardían. Sin esfuerzo, pudo imaginarla dando vueltas en torno a un fuego abierto al sonido de violines y panderetas.

Consciente de la imagen que proyectaba, Kirby puso las dos manos en las caderas y entró en el estudio. La falda escarlata del vestido fluía en torno a sus piernas. De pie delante de él, giró dos veces, mirándolo en cada ocasión por encima del hombro.

Sacó un cigarrillo, para luchar tanto contra ella como contra sí mismo.

—Junto a la ventana del este —le indicó—. La luz es mejor ahí —con movimiento brusco, aplastó el cigarrillo—. Empecemos.

—Creía que ya lo habíamos hecho —murmuró. Sus ojos se veían luminosos y divertidos—. Tú insististe en pintar.

Tuvo ganas de estrangularla tanto como de arrastrarse por ella.

—No me empujes demasiado, Kirby. Tienes la tendencia de sacar mi lado más bajo.

—No creo que se me pueda culpar por eso. Quizá lo has mantenido encerrado demasiado tiempo —como había conseguido la reacción esperada, decidió colaborar en todo—. ¿Dónde quieres que me ponga?

—Junto a la ventana del este.

Él habló sólo cuando fue necesario... «levanta más la barbilla, gira la cabeza». A los pocos momentos, pudo convertir la furia y el deseo en concentración. Caía la lluvia, pero su sonido quedaba apagado por el grueso cristal de las ventanas. Con la puerta de la torre casi cerrada, no había otro sonido.

La observó, la estudió, la absorbió, pero el hombre y el artista trabajaban juntos. Quizá al plasmarla en un lienzo, lograra comprenderla... y también a sí mismo. Pasó el carboncillo sobre el lienzo y comenzó.

En ese momento podía mirarlo, sabiendo que él se hallaba enfocado hacia dentro. Había visto a docenas de artistas trabajando; viejos, jóvenes, con talento, aficionados. Tal como había sospechado, Adam era diferente.

Llevaba un jersey con el que se sentía cómodo, pero no una bata. Incluso al trazar los bocetos, se mantenía erguido, como si su naturaleza le exigiera permanecer siempre en estado de alerta. Fue una de las cosas que había observado desde el principio. Siempre estaba mirando. Sabía que era algo que hacía un verdadero artista, pero parecía haber algo más.

Sabía que no era del todo cierto que fuera convencional, tal como lo había llamado. ¿Qué tenía que no encajaba en el molde para el que lo habían creado? Alto, delgado, atractivo, aristocrático, rico, triunfador y... ¿atrevido? No supo muy bien por qué pensó en esa palabra.

Tenía algo temerario que la atraía. Equilibraba la madurez y fiabilidad que no había sabido que quería en un hombre. Sería una roca a la que aferrarse durante el terremoto. Y él sería el terremoto. Se dio cuenta de que se hundía con celeridad. El truco radicaba en evitar que él lo descubriera y se aprovechara de ella. No obstante, y por debajo de todo, le gustaba. Así de simple.

Adam alzó la vista para verla sonreírle. El gesto, dulce y franco, lo desarmó. Algo le advirtió que Kirby sin guardia era más peligrosa que Kirby con guardia.

—¿Hiller no pinta? —vio que la sonrisa se desvanecía y trató de no lamentarlo.

—Un poco.

—Y no has posado para él...

—No.

—¿Por qué no?

El hielo que se asomó a sus ojos no era lo que buscaba para el cuadro. El hombre y el artista lucharon mientras continuaba dibujando.

—Digamos que su trabajo no me interesaba mucho.

—Supongo que puedo tomarlo como un cumplido hacia mi trabajo.

—Si quieres —repuso tras mirarlo con expresión neutral.

Se dijo que el engaño formaba parte del trabajo. Lo que había escuchado en el estudio de Fairchild no le dejaba mucha opción.

—Me sorprende que no lo molestara, estando enamorado de ti y todo eso.

—No lo estaba —espetó, y el hielo se convirtió en fuego.

—Te pidió que te casaras con él.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Levantó la vista y observó que hablaba en serio.

—¿No?

—Acepté casarme con él sin amarlo.

—¿Por qué? —mantuvo el carboncillo a un centímetro del lienzo, olvidado el cuadro.

Durante un instante, ella sólo fue una mujer en su faceta más vulnerable.

—Sincronización —murmuró—. Probablemente se trata del factor más importante que gobierna nuestras vidas. De no haber sido por la sincronización, Romeo y Julieta habrían criado a media docena de hijos.

Empezaba a entender, y la comprensión sólo lo ponía más incómodo.

—¿Pensaste que era hora de casarte?

—Stuart es atractivo, exquisito, encantador y, eso pensé, inofensivo. Comprendí que lo último que quería era un marido exquisito, encantador e inofensivo. No obstante, creía que me amaba. Durante mucho tiempo no rompí el compromiso porque pensaba que sería un marido adecuado, que no exigiría mucho —sonaba vacío. Había sido vacío—. Que me daría hijos.

—¿Quieres tener hijos?

La furia regresó con rapidez.

—¿Hay algo de malo en eso? —demandó—. ¿Te resulta extraño que quiera una familia? Quizá te sorprenda, pero tengo necesidades y sentimientos como una persona real. Y no tengo por qué justificarme ante ti.

Había atravesado la mitad de la distancia que la separaba de la puerta antes de que pudiera detenerla.

—Kirby, lo siento —cuando trató de soltarse, tensó más el apretón—. Lo *siento*.

—¿Por qué? —soltó.

—Por herirte —murmuró—. Fue una estupidez.

Los hombros de ella se relajaron bajo sus manos, lentamente, de modo que supo que le costó. Volvió a sentirse culpable.

—De acuerdo. Tocaste un punto sensible, eso es todo —adrede se quitó las manos de él de los hombros y retrocedió—. Dame un cigarrillo, ¿quieres?

Adam habría preferido que lo hubiera abofeteado.

Aceptó el cigarrillo y dejó que se lo encendiera antes de darse la vuelta otra vez.

—Cuando acepté la proposición de Stuart...

—No tienes que contarme nada.

—No dejo las cosas a medio hacer —parte de la insolencia había vuelto al volverse hacia él—. Cuando acepté, le dije que no lo amaba. No me pareció justo de otro modo. Si dos personas van a mantener una relación que signifique algo, debe empezar de forma honesta, ¿no te parece?

Pensó en el transmisor que tenía guardado en el maletín. Pensó en McIntyre esperando el siguiente informe.

—Sí.

Ella asintió. Era un campo en el que se mostraba inflexible.

—Le dije que lo que buscaba en él era fidelidad e hijos, y que a cambio le daría lo mismo y tanto afecto como pudiera —jugó con el cigarrillo, dándole una calada veloz y nerviosa—. Cuando me di cuenta de que las cosas no funcionarían para ninguno de los dos de esa manera, fui a verlo. No lo hice de forma descuidada, indiferente. Me resultó muy difícil. ¿Puedes entenderlo?

—Sí, entiendo eso.

Más que la simpatía de Melanie, más que el apoyo silencioso de su padre, la simple comprensión de Adam la ayudó.

—No fue bien. Sabía que habría una discusión, pero no conté con que se descontrolara tanto. Él emitió unos comentarios escogidos acerca de mi capacidad maternal. Sea como fuere, ahí salió el verdadero motivo que tenía para casarse conmigo.

Le dio una última calada al cigarrillo y lo aplastó en el cenicero antes de dejarse caer en la silla.

—Jamás me amó. Siempre fue infiel. No creo que importara —pero calló, sabiendo que sí importaba—. Siempre que fingía sentir cariño hacia mí, me estaba utilizando. ¿Puedes imaginar lo que se siente al averiguar que cada vez que alguien te abraza, te habla, sólo piensa en lo útil que puedes serle? —alzó la pieza medio formada de madera que sería su ira—. Útil —repitió—. Qué palabra tan fea.

Se olvidó de McIntyre, del Rembrandt y del trabajo que aún debía realizar. Se acercó a ella, se sentó a su lado y cerró la mano sobre la suya. Debajo estaba su furia.

—No puedo imaginar a ningún hombre que piense en ti como algo útil.

Al alzar la vista, ya comenzaba a sonreír.

—Qué agradables palabras. Perfectas —demasiado perfectas para sus débiles defensas. Como sabía que haría falta muy poco para recurrir a él, aligeró la atmósfera—. Me alegro de que vayas a estar presente el sábado.

—¿En la fiesta?

—Puedes lanzarme miradas largas y ardientes y todo el mundo pensará que dejé a Stuart por ti. Me gustan las venganzas mezquinas.

Él rió y se llevó su mano a los labios.

—No cambies —le pidió con una intensidad súbita que volvió a desconcertarla.

—No pienso hacerlo. Adam, yo... Oh, diablos, ¿qué haces aquí? Es una conversación privada.

Alerta, giró la cabeza y vio que Montique entraba en el cuarto.

—No contará nada.

—Ésa no es la cuestión. Te he dicho que no puedes venir aquí.

Sin hacerle caso, Montique se acercó y con un salto torpe, brincó sobre el regazo de Adam.

—Pequeño diablillo —le acarició las orejas.

—Ah, Adam, yo no haría eso.

—¿Por qué?

—Te estás buscando problemas.

—No seas absurda. Es inofensivo.

—Oh, sí, él lo es. *Ella* no —con la cabeza indicó la puerta en el momento en que Isabelle la cruzaba—. Ya estás perdido. Te lo advertí —echó la cabeza atrás y se enfrentó a la fría mirada de Isabelle—. Yo no he tenido nada que ver.

La gata parpadeó dos veces y luego giró la vista hacia Adam. Decidiendo que su responsabilidad había terminado, Kirby suspiró y se levantó.

—No hay nada que yo pueda hacer —le palmeó el hombro—. Tú te lo has buscado —se marchó de la habitación, cediéndole todo el terreno a la gata.

—Yo no le pedí que subiera hasta aquí —comenzó Adam, mirando ceñudo a Isabelle—. Y no puede haber ningún daño en... Oh, Dios —murmuró—. Ha logrado que lo hiciera.

## VI

—Demos un paseo —pidió Kirby. Sabía que su padre no saldría del estudio hasta no haber completado todos los detalles del Van Gogh. Si no salía y olvidaba el proyecto favorito de su progenitor, iba a volverse loca.

—Está lloviendo —señaló Adam, demorándose sobre el café.

—Ya lo has mencionado —Kirby apartó su propio café y se puso de pie—. Muy bien, entonces. Le diré a Cards que te traiga una manta de viaje y una bonita taza de té.

—¿Se trata de un ataque psicológico?

—¿Ha funcionado?

—Iré a buscar una chaqueta —salió de la habitación sin hacer caso de la risa entre dientes de ella.

Cuando salieron, la lluvia fina cayó sobre ellos. Unos tenues dedos de niebla serpenteaban por el sueño. Adam se encorvó bajo la chaqueta y pensó que hacía un tiempo espantoso para pasear. Kirby caminó con la cara alzada hacia el cielo.

Había planeado pasar la tarde pintando, pero quizá eso fuera mejor. Si iba a capturarla con colores y pinceladas, debería llegar a conocerla mejor. Y no era tarea fácil, aunque sí extrañamente atractiva.

En el aire predominaba la fragancia del otoño. Por primera vez desde que la conocía, percibía serenidad en ella. Caminaron en silencio, con la lluvia fluyendo entre ellos.

Estaba satisfecha. Era una sensación extraña, que rara vez experimentaba. Tomados de la mano, estaba satisfecha con pasear entre la niebla y la lluvia.

Sin dejar de mirarla, le apartó el pelo mojado de la cara. Tenías las mejillas frescas y suaves. Sin embargo, su boca, cuando fue a su encuentro, era cálida e invitadora.

Kirby no lo había planeado de esa manera. Si dispusiera de tiempo para pensar, habría dicho que no lo quería de esa manera. No quería ser débil. No quería la mente enredada. Aunque parecía que ya no tenía elección.

Podía probar la lluvia en ella, limpia e inocente. Podía oler la fragancia de las flores. No podía mantener las manos lejos de su pelo, de la suave maraña que era entonces. La quería más cerca. La quería toda, no como la había querido la primera vez, sino en todos los sentidos. La necesidad ya no era la necesidad simple de un hombre por una mujer, sino de él por ella. Exclusiva, imperativa, imposible.

Había querido enamorarse, pero había querido planificarlo a su propia manera, en su propio tiempo. Se suponía que no debía pasar de forma tan súbita, que la dejara

temblando. No debía ocurrir sin su permiso. Aturdida, retrocedió. No iba a suceder hasta que no se encontrara preparada. Tensa otra vez, se obligó a sonreír.

A su espalda, se abrió una ventana.

—¿Es que no se os ocurre nada mejor que estar besándoos bajo la lluvia? —quiso saber Fairchild—. Si queréis arrumacos, venid dentro. ¡No soporto los estornudos ni las narices que gotean! —la ventana se cerró con un ruido sordo.

—Estás empapado —comentó Kirby, como si no hubiera notado la lluvia incesante. Enlazó el brazo con el suyo y se dirigieron hacia la puerta, que abrió el siempre eficiente Cards.

—Gracias —Kirby se quitó la chaqueta mojada y el mayordomo se la llevó.

—Bien, niños, ¿os habéis divertido? —Fairchild salió del salón. Llevaba puesta una camisa manchada de pintura y una sonrisa relamida—. He completado mi trabajo y ahora ya dispongo de libertad para centrar toda mi atención en la escultura. Es hora de llamar a Víctor Álvarez —murmuró—. ¿Qué hora es en Brasil? Lo he mantenido mucho tiempo a la espera.

—Puede esperar un rato más, Papá —le envió una mirada rápida de advertencia que Adam habría podido pasar por alto de no haber estado prestando atención—. Llévate a Adam al salón mientras voy a ocuparme del café.

Lo mantuvo ocupado el resto del día. Adam notó que adrede. Sucedió algo que ella no quería que barruntara. En la cena, volvió a mostrarse como la anfitriona perfecta. Durante el café y el *brandy* en el salón, lo entretuvo con una disquisición exhaustiva sobre el arte barroco. Aunque la conversación y el encanto fluían de ella sin esfuerzo, Adam estaba seguro de que había una razón subyacente para todo ello. Se dijo que era una cosa más que tenía que descubrir.

Pensó que no podría haber preparado mejor el escenario. Un salón tranquilo, un fuego crepitante, una conversación inteligente. Y observaba a Fairchild como un halcón.

Media hora más tarde, se encontró en su habitación con la puerta asegurada y se puso en contacto con McIntyre. Con el tono breve y conciso que el otro siempre había admirado, le transmitió la conversación que había captado la noche anterior.

—Encaja —afirmó McIntyre, con la voz de alguien que se frota las manos—. Has averiguado bastante en poco tiempo. La comprobación a Hiller revela que vive del crédito y de su reputación. Los dos se le empiezan a acabar. ¿No tienes idea de dónde puede guardarlo Fairchild?

—Me sorprende que no lo haya colgado a la vista —encendió un cigarrillo y miró el Tiziano con el ceño fruncido—. Sería típico de él. Mencionó a un tal Víctor Álvarez de Brasil. Se trata de algún negocio que está concretando.

—Veré qué puedo averiguar. Quizá vaya a vender el Rembrandt.

—No necesita el dinero.

—Algunas personas nunca tienen suficiente.

—Sí —pero no encajaba. No encajaba—. Volveré a llamarte.

Se dedicó a reflexionar, pero sólo unos momentos. Cuanto antes consiguiera algo tangible, más pronto podría liberarse de esa situación. Abrió el panel y se puso a trabajar.

Por la mañana, Kirby posó para Adam durante más de dos horas sin plantearle ninguna objeción. Si pensó que su cooperación y disposición alegre estaban planeadas para confundirlo, tenía toda la razón. También lo mantenía ocupado mientras Fairchild llevaba a cabo los últimos preparativos para deshacerse del Van Gogh.

Adam había trabajado la noche anterior hasta pasada la medianoche, pero sin encontrar nada. La inspección de la segunda planta ya casi estaba completa. Era hora de buscar en otra parte.

Una vez que concluyó la sesión de pintura y Kirby regresó al trabajo propio, Adam vagó por la primera planta. No había nadie para cuestionar su presencia. Después de todo, era un invitado y se confiaba en él. Uno de los motivos por los que lo había reclutado McIntyre para esa misión en particular se debía a que dispondría de fácil acceso a los Fairchild y a la casa. Social y profesionalmente, era uno de ellos. No tendrían motivo para desconfiar de un artista culto y de éxito a quien le habían abierto las puertas de la casa. Cuanto más intentaba justificar sus acciones, más lo devoraba la culpabilidad.

Miró el cielo oscuro y se dijo que ya había tenido suficiente por un día. Era hora de ir a cambiarse para la fiesta de Melanie Burgess. En ella conocería a Stuart Hiller y a Harriet Merrick. Ahí no había ningún lazo emocional que pudiera hacerlo sentirse como un espía y un ladrón. Maldiciendo, subió las escaleras.

Más tarde, cuando bajaba las escaleras, sonrió al oír la voz de Kirby.

Llevaba un vestido de un blanco puro, sin adornos, fino y vaporoso. Le cubría los brazos y se elevaba hasta el cuello, modesto como el hábito de una monja, encendido como una noche tropical. El cabello, negro y lacio, le caía sobre los hombros.

Se lo echó para atrás y recogió una capa negra que se pasó alrededor en un movimiento remolineante. Durante un momento, se quedó quieta, acomodándosela, mientras la luz de las lámparas revoloteaba sobre la ausencia de color. Parecía un retrato de Manet: fuerte, romántico, atemporal.

—Eres una criatura de aspecto fabuloso, Kirby.

Los dos se detuvieron y se miraron. Él ya había hecho cumplidos con anterioridad, con más estilo y delicadeza, pero nunca los había sentido. Ella había recibido los halagos de príncipes, en lenguas extranjeras y con exquisita finura. Jamás le habían provocado un cosquilleo en el estómago.

—Gracias —logró decir—. Y tú también —sin saber si era sabio hacerlo, le ofreció la mano—. ¿Estás listo?

—Sí. ¿Y tu padre?

—Ya se ha ido —lo informó mientras iba hacia la puerta. Y cuanto antes se fueran ellos, mejor. Necesitaba un poco más de tiempo antes de volver a encontrarse a solas con él otra vez—. No vamos juntos a las fiestas, en especial a las de Harriet. A él le gusta llegar temprano y por lo general se queda hasta más tarde, tratando de convencer a Harriet de que se vaya a la cama con él. He hecho que trajeran mi coche —cerró la puerta y lo guió a un Porsche plateado—. Prefiero conducir antes que ser copiloto, si no te importa.

No esperó su respuesta al sentarse ante el volante.

—Perfecto —convino Adam.

—Es una noche maravillosa —giró la llave. La potencia vibró debajo de sus pies—. Luna llena, montones de estrellas —con suavidad soltó el pedal del freno y pisó el acelerador. Al salir disparados, Adam se vio impulsado contra el asiento—. Harriet te caerá bien —continuó mientras cambiaba de marcha—. Es como una madre para mí —al llegar al camino principal, redujo la marcha y giró hacia la izquierda con un chirrido de ruedas—. Ya has conocido a Melly, por supuesto. Espero que esta noche no me abandones por completo después de volver a verla.

Adam pegó los dos pies contra el suelo.

—¿Alguien la nota cuando tú estás presente? —preguntó, sin saber si llegarían con vida.

—Por supuesto —sorprendida por la pregunta, giró la cabeza para mirarlo.

—¡Santo cielo, no quites la vista de la carretera! —no con demasiada gentileza, le hizo dar la vuelta a la cabeza.

—Melly es la mujer más perfectamente hermosa que jamás he visto —redujo de nuevo y giró en otra curva antes de acelerar otra vez—. Es una diseñadora muy inteligente y muy, muy decente. Ni siquiera quiso aceptar una pensión de su marido cuando se divorciaron. Orgullo, supongo, aunque tampoco necesita el dinero. Hay una vista maravillosa del Hudson de tu lado, Adam —se inclinó para señalársela. El coche se desvió.

—Prefiero verla desde aquí arriba, gracias —la informó al volver a empujarla hacia su asiento—. ¿Siempre conduces de esta manera?

—Sí. Ése es el camino que se toma para la galería —indicó al pasar por un cruce. Adam miró el indicador de velocidad.

—Estás yendo a ciento cuarenta.

—Siempre conduzco más despacio por la noche.

—Es una buena noticia —activó el mechero.

—Ahí está la casa. Fabulosa cuando está iluminada así.

Era una casa blanca y señorial. Resplandecía con elegancia desde una docena de ventanas. Sin aminorar, Kirby tomó el sendero circular. Con un chirrido de frenos y

una maldición musitada por Adam, detuvo el Porsche ante la entrada principal.

Adam alargó el brazo, sacó las llaves y se las guardó en el bolsillo.

—A la vuelta conduciré yo.

—Qué considerado —ofreciéndole la mano al mayordomo, Kirby bajó del coche—. Ahora no tendré que limitarme a una sola copa. Champán —decidió mientras subía los escalones junto a él—. Parece una noche idónea para eso.

En cuanto la puerta se abrió, Kirby se vio envuelta por un movimiento deslumbrante de sedas.

—Harriet —Kirby abrazó a la mujer escultural de llameante pelo rojo—. Es maravilloso verte, pero creo que estoy siendo mordida por los dientes de tu cocodrilo.

—Lo siento, cariño —Harriet sujetó su collar y se echó para atrás para besar ambas mejillas de Kirby. Era una mujer impresionante, de cuerpo pleno en el estilo inmortalizado por Rubens. Tenía una cara ancha y suave, dominada por unos profundos ojos verdes que brillaban con párpados plateados. No creía en la sutileza—. Y éste debe de ser tu invitado —continuó, evaluando con rapidez a Adam.

—Harriet Merrick, Adam Haines —Kirby sonrió y pellizcó la mejilla de Harriet—. Y compórtate, o papá lo obligará a elegir arma.

—Una idea maravillosa —con un brazo enlazado con el de Kirby, el otro lo usó para pasarlo por el de Adam—. Estoy segura de que tendrás una historia vital fascinante que contarme, Adam.

—Me inventaré una.

—Perfecto —le gustaba su aspecto—. Ya han venido muchos invitados, aunque me temo que casi todos son los amigos tediosos de Melanie.

—Harriet, tienes que ser más tolerante.

—No, no tengo que serlo —se echó hacia atrás el cabello deslumbrante—. He sido demasiado cortés. Ahora que estáis aquí, ya no tengo que serlo.

—Kirby —Melanie atravesó el salón enfundada en un ceñido vestido azul—. Qué imagen presentas. Llévate su capa, Ellen, aunque es una pena estropear el efecto —con una sonrisa, extendió una mano hacia Adam mientras la doncella le quitaba a Kirby la capa de los hombros—. Me alegro tanto de que hayáis venido. Tenemos algunos conocidos mutuos presentes. Los Birmingham y Michael Towers, de Nueva York. ¿Te acuerdas de Michael, Kirby?

—¿El publicista que chasquea los dientes?

Harriet soltó una carcajada y Adam luchó para controlar la suya. Con un suspiro, Melanie los condujo hacia la fiesta.

—Intenta comportarte, ¿quieres?

Pero Adam no estuvo seguro de que le hablara a Kirby o a su madre.

Ése era el mundo al que estaba acostumbrado... personas elegantes con ropa elegante que mantenían conversaciones racionales. Lo habían educado en el mundo de la riqueza contenida, donde el champán burbujeaba en silencio y la dignidad era tan esencial como el *alma máter*. Lo entendía, encajaba en él.

Después de quince minutos, se vio separado de Kirby y dominado por un aburrimiento mortal.

—He decidido hacer un viaje por el interior de Australia —le dijo Harriet a Kirby. Jugó con el collar de dientes de cocodrilo—. Me encantaría que me acompañaras. Nos divertiríamos mucho.

—¿De acampada? —preguntó Kirby, meditándolo. Quizá lo que necesitaba era un cambio de entorno, después de que su padre se asentara.

—Piénsatelo —sugirió Harriet—. No pretendo marcharme al menos hasta dentro de seis semanas. Ah, Adam —alargó la mano y le tomó el brazo—. ¿Acaso Agnes Birmingham te ha impulsado a la bebida? No, no contestes. Lo llevas escrito en la cara, pero eres demasiado educado.

Él permitió verse arrastrado entre Harriet y Kirby, donde quería estar.

—Digamos que buscaba una conversación más estimulante. Y la he encontrado.

—Encantador —decidió que le caía bien, aunque se reservaría el juicio de si era apropiado para Kirby hasta más adelante—. Admiro tu obra, Adam. Me gustaría disponer de la primera puja de tu siguiente cuadro.

Él recogió unas copas de un camarero que pasó por allí.

—Estoy haciendo un retrato de Kirby.

—¿Está posando para ti? —estuvo a punto de atragantarse—. ¿La has encadenado?

—Aún no —la miró divertido—. Aunque sigue siendo una posibilidad.

—Tienes que dejarme exponerlo cuando lo termines. Puedo prometer provocar una escena desagradable si te niegas.

—Nadie lo hace mejor —alabó Kirby.

—Tienes que ver el retrato de Kirby que Philip pintó para mí. Ella no quiso posar, pero es brillante —jugó con el pie de la copa—. Lo pintó cuando ella volvió de París... creo que hace unos tres años.

—Me encantaría verlo. Pensaba pasar por la galería.

—Oh, lo tengo aquí, en la biblioteca.

—¿Por qué no vais a verlo? —sugirió Kirby—. Habéis estado hablando como si no existiera, bien podéis abandonarme físicamente.

—No seas malcriada —le dijo Harriet—. Tú también puedes venir. Y yo... Vaya, vaya —murmuró con voz súbitamente carente de calidez—. Algunas personas no tienen sentido del decoro.

Kirby giró la cabeza y vio a Stuart entrar en la sala. Apretó los dedos sobre la copa, pero se encogió de hombros. Al instante Melanie estuvo a su lado.

—Lo siento, Kirby. Había esperado que no viniera.

Con un gesto lento, algo insolente, se echó el pelo hacia la espalda.

—Si hubiera importado, no habría venido.

—Bueno, iré a recibirlo o la situación empeorará —pero Melanie titubeó, indecisa entre la lealtad y la educación.

—Lo despediré, desde luego —musitó Harriet cuando su hija fue a cumplir con el deber social—. Pero quiero hacerlo con sutileza.

—Despídelo si quieres, Harriet, pero no por mí —Kirby se acabó el champán.

—Parece que tendremos espectáculo, Adam —Harriet hizo sonar la uña contra el cristal—. Para angustia de Melanie, Stuart viene hacia aquí.

Sin decir una palabra, Kirby le quitó el cigarrillo a Adam.

—Harriet, se te ve maravillosa. África te sienta bien.

La voz suave y cultivada no se parecía en nada a la que Adam había escuchado en el estudio de Fairchild.

Harriet le ofreció una sonrisa inocua.

—No esperábamos verte.

—Algo me retuvo un poco —con elegancia, se volvió hacia Kirby—. Estás preciosa.

—Gracias. Te veo recuperado —sin vacilar ni un instante, se volvió hacia Adam—. No creo que os conozcáis. Adam, te presento a Stuart Hiller. Estoy segura de que conoces la obra de Adam Haines, Stuart.

—Desde luego —el apretón de manos fue cortés—. ¿Vas a quedarte mucho tiempo en nuestra parte de Nueva York?

—Hasta que acabe el retrato de Kirby —lo informó, y tuvo la satisfacción doble de ver la sonrisa de Kirby y el ceño de Stuart—. He aceptado que Harriet lo exponga en la galería.

Con esa simple estrategia, Adam se ganó a Harriet.

—Estoy seguro de que será una incorporación extraordinaria a nuestra colección —fue el comentario lleno de resentimiento. Por el momento, Stuart los soslayó—. No pude contactar contigo en África, Harriet, y todo ha sido frenético desde que llegaste. El Tiziano ha sido vendido a Ernest Myerling.

Al levantar la copa, Adam centró la atención en Kirby. Se había quedado pálida como el vestido de seda que llevaba.

—No recuerdo haber hablado de vender el Tiziano —replicó Harriet. Su voz fue tan pálida como la piel de Kirby.

—Como he dicho, no pude contactar contigo. Y como el Tiziano no figuraba en tu colección personal, entraba dentro de los cuadros en venta. Creo que te complacerá el precio —encendió un cigarrillo—. Myerling insistió en que fuera autenticado. Me temo que está más interesado en la inversión que el arte. Pensé que querías estar presente mañana cuando se llevara a cabo.

«¡Oh, Dios. Oh, Dios mío!» El pánico, real y poderoso, remolineó por la mente de Kirby. En silencio, Adam observó crecer el miedo en sus ojos.

—¡Autenticado! —exclamó Harriet, ofendida—. Cómo puede tener la osadía de dudar de la autenticidad de un cuadro de mi galería. El Tiziano no se debería haber vendido sin mi permiso, y desde luego no a un patán.

—La autenticación no es algo inusual, Harriet —Stuart trató de aplacarla al ver que se tambaleaba una comisión generosa—. Myerling es un hombre de negocios, no un experto. Quiere hechos —dio una calada al cigarrillo y expelió el humo—. En cualquier caso, el papeleo se ha cerrado y no se puede hacer nada al respecto. La venta es un hecho consumado, dependiendo de las pruebas de autenticación.

—Lo discutiremos por la mañana —la voz de Harriet bajó mientras se terminaba su copa—. Éste no es el momento ni el lugar.

—Ten... tengo que ir a rellenar mi copa —manifestó Kirby de repente. Sin decir otra palabra, dio media vuelta y se metió entre los invitados. Comprendía que las náuseas eran un resultado directo del pánico, que distaba mucho de haber desaparecido—. Papá —se aferró a su brazo y lo sacó de una discusión acerca de la versatilidad de Dalí—. Tengo que hablar contigo. Ahora.

Al oír el nerviosismo en su voz, dejó que lo sacara de la sala.

## VII

Kirby cerró las puertas de la biblioteca de Harriet y se apoyó en ellas. No perdió tiempo.

—El Tiziano será autenticado por la mañana. Stuart lo vendió.

—¡Lo vendió! —los ojos de Fairchild se desorbitaron y la cara le enrojeció—. Imposible. Harriet no lo vendería.

—No lo hizo. Estaba jugando con los leones, ¿lo recuerdas? —se pasó las dos manos por el pelo y trató de hablar con calma—. Stuart cerró el trato, se lo acaba de contar.

—Te dije que era un tonto, ¿no? ¿No? —repitió mientras se ponía a mover los pies—. También se lo dije a Harriet. ¿Es que nadie quiere escuchar? No, Harriet no —giró, recogió un lápiz del escritorio y lo partió en dos—. Contrata al idiota de todos modos y se marcha a recorrer la jungla.

—¡No tiene sentido pasar otra vez por eso! —espetó Kirby—. Debemos enfrentarnos a los resultados.

—No habría ningún resultado si me hubieran escuchado. Mujer obstinada que cayó por una cara bonita. Eso ha sido todo —calló, respiró hondo y juntó las manos—. Bueno —añadió con voz suave—, esto representa un problema.

—Papá, no se trata de un error en tu chequera.

—Pero se puede manejar, probablemente con menos esfuerzo. ¿Alguna forma de dar marcha atrás?

—Stuart dijo que el papeleo estaba cerrado. Y es Myerling —agregó.

—Ese viejo pirata —frunció el ceño un momento y le dio una patada al escritorio de Harriet—. Imposible cancelarlo —concluyó—. Vayamos al siguiente paso —por el gesto de su hija, vio que ella ya lo había pensado y se sintió lleno de orgullo antes de que lo dominara la furia—. Por Dios, Stuart va a pagar obligarme a renunciar a ese cuadro.

—Es fácil decirlo, papá —se acercó hasta quedar frente a él—. Pero ¿quién puso a Adam en la misma habitación que el cuadro? Ahora vamos a tener que sacarlo de su habitación y cambiarlo por la copia de la galería sin que se entere de lo que ha sucedido. Estoy segura de que has notado que Adam no es ningún tonto.

Fairchild movió las cejas y sus labios se curvaron. Se frotó las palmas de las manos.

—Un plan.

Sabiendo que era demasiado tarde para lamentarlo, Kirby se dejó caer en un sillón.

—Llamaremos a Cards y le diremos que lleve el cuadro a mi cuarto antes de que regresemos.

Él lo aprobó con un leve gesto de asentimiento.

—Tienes una mente criminal maravillosa, Kirby. Tuvo que sonreír. La sensación de aventura ya empezaba a relegar al pánico.

—Es hereditario. Y ahora, ésta es mi idea... —bajó la voz y comenzó a perfilarla.

—Funcionará —decidió Fairchild unos momentos después.

—Aún está por ver —sonaba plausible, pero no subestimó a Adam Haines—. No queda nada por hacer salvo ejecutarlo.

—Y bien.

—Adam debería estar demasiado cansado para notar la ausencia del Tiziano, y después de hacer el cambio en la galería, lo devolveré a su cuarto. Las pastillas para dormir son la única manera —se miró las manos, insatisfecha, pero convencida de que no había otra salida—. No me gusta hacerle esto.

—Sólo dormiré bien —se sentó en el reposabrazos del sillón—. Todos necesitamos dormir bien de vez en cuando. Y ahora será mejor que volvamos a la fiesta o Melanie organizará grupos de rescate.

—Ve tú primero —suspiró—. Llamaré a Cards y le diré que se ponga en marcha.

Esperó hasta que su padre volvió a cerrar las puertas antes de dirigirse al teléfono que había en el escritorio de Harriet. Después de transmitirle a Cards unas breves instrucciones, colgó. Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Los dados, por utilizar esa expresión, estaban echados. Mientras titubeaba un momento más, Stuart abrió la puerta; luego la cerró con suavidad a su espalda.

—Kirby —cruzó hasta ella con una media sonrisa en la cara. Su paciencia había dado los frutos deseados, ya que la encontraba sola—. Tenemos que hablar.

No le pareció el momento más apropiado. Sin embargo, pensó en el modo en que la había humillado. El modo en que le había mentido. Quizá era mejor acabar con todo de una vez.

—Creo que nos dijimos todo lo que había que decir la última vez que nos vimos.

—Todo, no.

—La redundancia me aburre —expuso con suavidad—. Pero si insistes, te diré esto. Es una pena que no tengas el dinero acorde a tu aspecto. Tu error, Stuart, estuvo en no conseguir que te deseara... como tú me deseabas a mí —bajó la voz adrede hasta darle un tono seductor. Aún no había terminado de hacérselo pagar—. Podías engañarme sobre el amor, pero no sobre el deseo. Si te hubieras concentrado en eso en vez de en la codicia, quizá hubieras tenido una oportunidad. Eres —continuó— un mentiroso y un farsante, y así como eso pudo ser una distracción interesante durante un tiempo breve, doy gracias a Dios de que nunca hayas puesto tus manos en mí o en mi dinero.

Antes de que pudiera pasar a su lado, la sujetó por el brazo.

—Será mejor que recuerdes los hábitos de tu padre antes de arrojar cieno.

Ella bajó la vista a su mano, y luego la alzó lentamente otra vez. Era una mirada pensada para enfurecer.

—¿De verdad te comparas con mi padre? —su furia se manifestó en una risa insultante—. Jamás tendrás su estilo, Stuart. Eres de segunda categoría, y siempre lo serás.

Le cruzó la cara con el dorso de la mano, con la suficiente fuerza como para hacerla trastabillar. Ella no emitió ningún sonido. Cuando volvió a mirarlo, tenía los ojos entrecerrados, muy oscuros y muy peligrosos.

—Sólo corroboras mi afirmación —manifestó mientras se pasaba los dedos por la cara—. Eres de segunda.

Quiso volver a golpearla, pero decidió cerrar las manos. Por el momento, la necesitaba.

—Estoy harto de los juegos, Kirby. Quiero el Rembrandt.

—Lo desgarraría con un cuchillo antes de ver a mi padre entregártelo a ti. Estás fuera de tu liga, Stuart —no se molestó en luchar cuando la aferró por los brazos.

—Dos días, Kirby. Dile al viejo que dispone de dos días, o serás tú quien pague.

—Tus únicas armas son las amenazas y el abuso físico —de repente, transformó su ira en hielo—. Dispongo de armas propias, Stuart, infinitamente más eficaces. Y si decidiera recurrir a tácticas sucias, careces de la sutileza para tratar conmigo —clavó los ojos en los suyos—. Eres una serpiente —añadió con suavidad—. Y no puedes dejar de arrastrarte durante mucho tiempo. El hecho de que seas más fuerte que yo no es más que una ventaja temporal.

—Muy temporal —dijo Adam al cerrar la puerta a su espalda. Su voz reflejaba la frialdad de Kirby—. Quítale las manos de encima.

Kirby sintió que el apretón doloroso en sus brazos se relajaba y observó a Stuart luchar por retener la compostura. Con cuidado, se acomodó la corbata.

—Recuerda lo que dije, Kirby. Podría ser importante para ti.

—Y tú recuerda cómo describió Byron la venganza de una mujer —replicó al devolver la circulación a sus brazos—. «Como el salto de un tigre... mortal, veloz y demoledor» —bajó los brazos a los costados—. Podría ser importante para ti —giró y se dirigió hacia un ventanal, para clavar la vista en el vacío.

Adam mantuvo la mano en el picaporte cuando Stuart se dirigió hacia la puerta.

—Vuelve a tocarla, y tendrás que vértelas conmigo —con lentitud, bajó el pomo y abrió la puerta—. Es otra cosa que deberías recordar —los sonidos de la fiesta entraron y volvieron a desvanecerse cuando cerró a la espalda de Stuart.

—Bueno —comenzó, luchando con su propia furia—. Supongo que debería estar agradecido de no tener una ex novia —había oído lo suficiente como para saber que el centro de todo había sido el Rembrandt, pero descartó ese pensamiento y fue a su lado—. Es un pobre diablo y tú asombrosa. Cuando casi todas las mujeres se hubieran puesto a llorar o a suplicar, tú te dedicaste a lanzarle insultos.

—No creo en las súplicas —explicó con la máxima ligereza que pudo mostrar—. Y Stuart jamás me reducirá a lágrimas.

—Pero estás temblando —musitó al ponerle las manos sobre los hombros.

—Es furia —respiró hondo y soltó el aire despacio. No le gustaba mostrar debilidad ante nadie—. Te agradezco la actitud de caballero al rescate.

Sonrió y le besó la parte superior de la cabeza.

—De nada. ¿Por qué no...? —calló al girarle la cabeza para que lo mirara. La marca de la mano de Stuart había adquirido un rojo apagado, pero resultaba inconfundible.

Cuando le tocó la mejilla, sus ojos eran helados. Los más fríos y peligrosos que le había visto. Sin decir una palabra, giró en redondo y se dirigió hacia la puerta.

—¡No! —le agarró el brazo con inusual desesperación—. No, Adam, no. No te involucres —se soltó de ella, pero Kirby corrió a la puerta y plantó la espalda contra la superficie. Las lágrimas que había logrado controlar con Stuart le anegaron los ojos—. Por favor, tengo suficiente en mi conciencia sin arrastrarte a esto. Llevo mi vida como yo elijo y lo que obtengo de ella es mi responsabilidad.

Quiso hacerla a un lado y atravesar la multitud que había más allá de las puertas para ponerle las manos encima a Stuart. Quería más de lo que jamás había querido algo, oler la sangre del otro. Pero ella estaba delante de él, pequeña y delicada, con lágrimas en los ojos. No era la clase de mujer que llorara con facilidad.

—De acuerdo —le secó una lágrima y realizó una promesa. Antes de que todo acabara, olería la sangre de Stuart Hiller—. Sólo postergas lo inevitable.

Aliviada, cerró los ojos un momento. Cuando volvió a abrirlos, seguían húmedos, pero ya no desesperados.

—No creo en lo inevitable —le tomó la mano y la llevó a la mejilla hasta que sintió que la tensión los abandonaba a los dos—. Debes de haber venido para ver mi retrato. Está allí, sobre el escritorio.

Lo indicó con la mano, pero él no le quitó los ojos de encima.

—Tendré que someterlo a un estudio minucioso, después de ofrecerle mi atención al original —la abrazó. Fue el gesto perfecto de apoyo, aunque ninguno de los dos lo había sabido.

Kirby apoyó la cabeza sobre su hombro y pensó en la paz, en los planes que ya se habían puesto en marcha.

—Lo siento, Adam.

Captó el pesar en su voz y le besó el pelo.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo —le rodeó la cintura con más fuerza y se aferró a él como nunca lo había hecho con nadie—. Pero lo siento.

La partida de la mansión Merrick fue más tranquila que la llegada. Kirby iba en el asiento del pasajero. En casi todas las circunstancias, Adam habría atribuido su silencio e inquietud a la escena con Hiller. Pero recordaba su reacción a la mención de la venta del Tiziano.

Se preguntó qué estaría pasando por su mente calidoscópica. Decidió que lo mejor era el enfoque directo.

—El Tiziano que se ha vendido —comenzó, fingiendo que no se percataba del sobresalto de ella—. ¿Hace mucho que lo tiene Harriet?

—El Tiziano —juntó las manos en el regazo—. Oh, años.

—Es una pena que se vendiera antes de que pudiera verlo. Soy un gran admirador de Tiziano. El cuadro de mi habitación es exquisito.

Kirby emitió un sonido que podría haber sido una risita nerviosa.

—El de la galería es igual de exquisito —lo informó—. Ah, ya hemos llegado. Deja el coche en la entrada —dijo, entre aliviada y molesta de que hubiera que llevar a cabo los siguientes pasos—. Cards se ocupará de él. Espero que no te haya molestado que regresáramos temprano, Adam. Ahí está papá —añadió al bajar del coche—. Debí de pelearse con Harriet. Tomemos una copa antes de irnos a la cama, ¿te parece?

Subió los escalones sin aguardar su respuesta. Al saber que iba a convertirse en parte de un plan improvisado, le siguió la corriente. «Todo es demasiado oportuno», pensó mientras Fairchild los esperaba en la puerta con sonrisa jovial.

—Demasiada gente —anunció—. Prefiero las fiestas más pequeñas. Tomemos una copa en el salón e intercambiamos chismes.

«No te muestres tan ansioso», pensó Kirby, con ganas de mirarlo ceñuda.

—Iré a decirle a Cards que se ocupe del Rolls y de mi coche —no obstante, titubeó mientras los hombres iban al salón.

Adam captó la indecisión en sus ojos mientras Fairchild cacareaba y le palmeaba la espalda.

—Y no te des prisa en volver —le indicó a Kirby—. He tenido suficiente de mujeres por un rato.

—Qué dulce —repuso, recuperada la ironía—. Yo iré a comerme el bizcocho de limón de Tulip. Todo —agregó al marcharse.

Fairchild pensó en su refrigerio de medianoche con pesar.

—Mocosa —musitó—. Bueno, nosotros tomaremos unos *whiskies*.

Adam metió las manos en los bolsillos y observó cada movimiento que hacía Fairchild.

—Tuve la oportunidad de ver el retrato de Kirby en la biblioteca de Harriet. Es maravilloso.

—Uno de mis mejores, si se me permite decirlo —alzó la botella de Chivas Regal—. Harriet siente mucho cariño por mi pequeña —con movimiento diestro, sacó dos pastillas del bolsillo y las vertió en la copa.

En circunstancias normales, Adam no lo habría visto. «Manos rápidas», pensó, entre divertido e intrigado. «Muy rápidas, ágiles». Al parecer, lo querían fuera del camino. Iba a representar todo un desafío enfrentarse a los dos. Con una sonrisa, aceptó la copa y luego se volvió hacia el paisaje de Corot que tenía a la espalda.

—El tratamiento de Corot a la luz —comenzó, dando un pequeño sorbo—, le da una perspectiva tan honda a toda su obra.

Nada habría funcionado mejor. Fairchild estaba listo para saltar de felicidad.

—Soy muy poco objetivo con Corot. Tenía una mano tan magnífica para los detalles, sin llegar a ser afectado ni bloquear el cuadro en general. Y las hojas —comenzó, dejando la copa para señalarlas.

Mientras la conferencia proseguía, Adam dejó su propia copa, recogió la de Fairchild y disfrutó del *whisky*.

Arriba, Kirby encontró el Tiziano envuelto en papel grueso.

—Bendito seas, Cards —murmuró.

Miró la hora y se obligó a esperar diez minutos antes de recoger el cuadro y salir de la habitación. Bajó las escaleras en silencio y salió hasta donde la esperaba su coche.

En el salón, Adam estudió a Fairchild sentado en un rincón del sofá, roncando. Decidió que lo menos que podía hacer era ponerlo cómodo y se inclinó para levantarle las piernas, cuando el sonido de un coche lo detuvo. Llegó a la ventana a tiempo de ver el Porsche de Kirby marcharse por el sendero.

—Vas a tener compañía —le prometió. A los pocos momentos, se hallaba al volante del Rolls.

A medio kilómetro de la galería, Kirby aparcó a un costado del camino. Agradecida de que el Tiziano fuera relativamente pequeño, aunque el marco le añadía peso, lo recogió y comenzó a caminar. Los tacones reverberaron en el asfalto.

Con la capa oscilando a su alrededor se fundió en la protección de los árboles que lindaban con la galería. La luz era tenue, toda sombras y secretos. Se oyó el gemido bajo de un búho. Se echó el pelo hacia atrás y rió.

—Perfecto —decidió—. Ya sólo nos falta el retumbar de unos truenos y el centelleo de unos relámpagos —alzó el bulto que llevaba y continuó—. Lo que se hace por los seres queridos.

A través de los árboles pudo ver el majestuoso edificio de ladrillo rojo de la galería. La luz de la luna se posaba de forma oblicua sobre él. Miró el reloj. En una hora estaría en casa... y quizá pudiera probar el bizcocho de limón, después de todo.

Una mano cayó sobre su hombro. Al girar, la capa se extendió como alas y quedó ante Adam.

—¿Has salido a dar un paseo? —le preguntó.

—Vaya, hola, Adam —intentó esbozar una sonrisa amistosa—. ¿Qué haces aquí?

—Seguirte.

—Qué halagador. Pero ¿no estabas con papá?

—Se quedó dormido.

Lo miró un momento, y suspiró. Después mostró una sonrisa irónica.

—Supongo que se lo merecía. Espero que lo dejaras en una postura cómoda.

—Bastante. ¿Qué llevas en el paquete?

Aunque sabía que era inútil, aleteó los párpados.

—¿Paquete? —movió el dedo sobre el envoltorio—. Oh, este paquete. Un pequeño recado que he de hacer. Se hace tarde, ¿no deberías volver?

—Ni lo sueñes.

—No —movió los hombros—. Eso pensé.

—¿Qué hay en el paquete, Kirby, y qué pretendes hacer con él?

—De acuerdo —le puso el cuadro en los brazos porque los de ella empezaban a cansarse—. Supongo que mereces una explicación, aparte de que no te irás hasta recibir una. Tendrá que ser la versión condensada, Adam, porque se me agota el tiempo —apoyó una mano en el paquete que en ese momento sostenía él—. Éste es el Tiziano y voy a ponerlo en la galería.

Él enarcó una ceja.

—Tenía la impresión de que el Tiziano se hallaba en la galería.

—No... —suspiró. No se le ocurrió más que contar la verdad—. Éste es el Tiziano —le dijo, indicando el paquete—. El cuadro de la galería es un Fairchild.

Dejó que el silencio flotara en la atmósfera mientras la luz de la luna iluminaba el rostro de Kirby. Parecía un ángel... o una bruja.

—¿Tu padre falsificó un Tiziano y lo plantó en la galería como un original?

—¡Desde luego que no! —la indignación no fue fingida. La controló y trató de ser paciente—. No te contaré nada más si insultas a mi padre.

—No sé qué me ha pasado.

—Muy bien —se apoyó en un árbol—. Quizá debería empezar desde el principio.

—Buena elección.

—Hace años, papá y Harriet estaban de vacaciones por Europa. Se encontraron con el Tiziano y cada uno juró que lo había visto primero. Ninguno quiso ceder, y habría sido un delito olvidarse de la pintura. Alcanzaron un compromiso —indicó el paquete—. Cada uno pagó la mitad y papá pintó una copia. Alternan la propiedad del original cada seis meses y rotan la copia. El trato era que ninguno de los dos podía reclamar una propiedad en exclusiva. Harriet mantenía el suyo en la galería... sin listarlo como parte de su colección privada. Papá guardaba el suyo en la habitación de invitados.

Él reflexionó unos momentos.

—Es demasiado ridículo para que te lo hayas inventado.

—Claro que no lo inventé. ¿Es que no confías en mí? —preguntó con un mohín.

—No. Vas a tener que ofrecerme muchas más explicaciones cuando volvamos. Y ahora, ¿cómo pretendes entrar en la galería?

—Con las llaves de Harriet.

—¿Te dio las llaves?

Kirby soltó un suspiro frustrado.

—Presta atención, Adam. Harriet está furiosa porque Stuart ha vendido el cuadro, pero hasta que no estudie los contratos, no hay manera de saber lo vinculante que es la venta. No tiene buena pinta, y no podemos correr el riesgo de que autentiquen el cuadro... es decir, el de mi padre. Si el procedimiento es sofisticado, demostraría que no se trata de un lienzo del siglo XVI.

—¿Harriet es consciente de que en la galería cuelga una falsificación?

—Emulación, Adam.

—¿Y hay más... emulaciones en la Galería Merrick?

Le dedicó una mirada prolongada y fría.

—Intento no irritarme. Todos los cuadros de Harriet son auténticos, lo mismo que su mitad del Tiziano.

—¿Y por qué no lo cambió ella?

—Porque —miró el reloj. El tiempo se agotaba— no sólo le habría resultado difícil desaparecer temprano de la fiesta como lo hicimos nosotros, sino que habría sido del todo incómodo. El vigilante nocturno podría informar a Stuart que apareció por la galería en mitad de la noche con un paquete. Podría sumar dos más dos. Sí, hasta él podría llegar a hacerlo.

—Entonces, ¿qué dirá el vigilante nocturno de que Kirby Fairchild aparezca en la galería en mitad de la noche?

—No nos verá —sonrió con gesto presumido.

—¿Nos?

—Ya que estás aquí —le sonrió otra vez—. Te he contado todo, y siendo un caballero, me ayudarás en el cambio. Hemos de darnos prisa. Si nos descubren, nos mostraremos descarados. Tú no tendrás que hacer nada, yo me ocuparé de todo.

—Tú te ocuparás de todo. Ya podemos dormir tranquilos. Una condición —la detuvo antes de que pudiera hablar—. Cuando acabemos, si no estamos en la cárcel u hospitalizados, quiero saberlo todo. Si estamos en la cárcel, te asesinaré lo más despacio que pueda.

—Ésas son dos condiciones —musitó—. Pero acepto.

Se observaron un momento.

—Acabemos de una vez —Adam le indicó que avanzara primero.

Kirby atravesó el césped y fue directamente a la entrada principal. Del bolsillo de la capa, sacó unas llaves.

—Estas dos apagan la alarma principal —explicó al girar unas llaves en una serie de cerraduras—. Y ésta abre la puerta —se volvió para estudiar a Adam, elegante con su traje de etiqueta—. Me alegro de que nos hayamos vestido para la ocasión.

—Parece adecuado vestirse con formalidad si se va a allanar una institución distinguida.

—Cierto —guardó las llaves otra vez en el bolsillo—. Y formamos una pareja deslumbrante. El Tiziano está en la primera planta del ala oeste. El vigilante tiene un cuarto pequeño en la parte de atrás, aquí en la planta baja. Doy por hecho que bebe café solo acompañado de unas gotas de ron y que lee revistas pornográficas. Yo lo haría. Se supone que tiene que hacer una ronda cada hora, aunque es imposible saber si es tan diligente.

—¿Y a qué horas las hace?

—A la hora en punto... lo que nos brinda veinte minutos —miró el reloj y se encogió de hombros—. Son suficientes, aunque si no me hubieras exigido más detalles, habríamos dispuesto de más tiempo. No te pongas ceñudo —añadió. Apoyó el dedo en sus labios y entró por la puerta.

De la profundidad de su bolsillo extrajo una linterna. Siguió el fino haz sobre la alfombra. Juntos subieron la escalera.

Era evidente que Kirby conocía bien la galería. Sin titubear, avanzó por la oscuridad hasta salir en la primera planta y marchar por el pasillo sin alterar el ritmo. La capa le remolineó al entrar en una sala. En silencio, iluminó cuadros hasta detenerse en la copia del Tiziano que había colgado en la habitación de Adam.

—Ahí.

La luz era demasiado pobre para que Adam estuviera seguro de la calidad, pero se prometió examinarla minutos después.

—No es posible distinguirlos... ni siquiera por un experto.

Ella sabía en lo que pensaba.

—Harriet es una autoridad respetada, y no fue capaz. Ni siquiera estoy segura de que las pruebas no lo declararan auténtico. Papá sabe tratar las pinturas —se acercó y la linterna iluminó todo el cuadro—. Coloca un círculo rojo en la parte de atrás del bastidor del lienzo para que se los pueda distinguir. Dame el paquete —le pidió—. Puedes bajar el cuadro —se arrodilló y comenzó a desenvolverlo—. Me alegro de que aparecieras —decidió—. Tu altura va a representar una ventaja cuando tengamos que volver a colgarlo.

Adam se detuvo con la falsificación en las manos. Decidió que estrangularla sería muy ruidoso en ese momento. Pero más tarde...

—Acabemos.

En silencio, intercambiaron cuadros. Adam volvió a colgar el suyo mientras Kirby envolvía el otro. Después de anudar el cordel, iluminó otra vez la pared.

—Está un poco torcido —indicó—. Un poco a la izquierda.

—Escucha, yo... —calló al oír un leve silbido.

—¡Se ha adelantado! —susurró Kirby mientras sujetaba el cuadro—. ¿Quién espera eficacia hoy en el día de los empleados?

Con un movimiento rápido, pegó a Kirby, el cuadro y a sí mismo contra la pared junto al arco. Encontrándose emparedada y en parte aplastada, Kirby contuvo un impulso desesperado de soltar una risita.

El silbido se hizo más fuerte.

Por el bien del vigilante y la disposición de Adam, esperó que la ronda fuera superficial.

Adam la sintió temblar y la abrazó con más fuerza. De algún modo, lograría protegerla. Olvidó que había sido ella quien lo había metido en el lío en el que se hallaban. Su único pensamiento era sacarla de él.

Un haz de luz cruzó el umbral, con el silbido muy cerca. Kirby tembló como una hoja. La luz entró en la sala y recorrió las paredes en un arco. Adam se puso tenso, sabiendo que faltaban unos centímetros para que los descubrieran. La luz se detuvo, luego recorrió su ruta original y volvió a reinar la oscuridad.

No se movieron. Quietos y en silencio, esperaron hasta que el silbido desapareció.

Como el ligero temblor se había convertido en un continuo escalofrío, Adam la apartó de la pared para susurrarle:

—Ya ha pasado. Se ha ido.

—Has estado maravilloso —se cubrió la boca para ahogar la risa—. ¿Has pensado en hacer de esto una afición?

Deslizó el cuadro bajo un brazo y luego aferró con fuerza el de ella.

—Vamos.

No volvieron a hablar hasta quedar ocultos entre los árboles. Entonces se volvió hacia ella.

—Me llevaré el cuadro y te seguiré. Si superas los ochenta kilómetros de velocidad, te mataré.

Ella se detuvo cuando llegaron junto a los coches, y lo desconcertó con ojos súbitamente serios.

—Te agradezco todo, Adam. Espero que no pienses muy mal de nosotros. Tu opinión me importa.

Él pasó un dedo por su mejilla.

—Aún no he decidido lo que pienso de ti.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Entonces, está bien. Tómate tu tiempo.

—Sube y conduce —ordenó antes de que pudiera olvidar lo que había que resolver. Tenía la especialidad de hacer que un hombre olvidara cosas, muchas cosas.

El viaje de vuelta tardó casi el doble de tiempo, ya que Kirby se mantuvo muy por debajo del límite de velocidad. Al llegar, volvió a dejar el Porsche fuera, sabiendo que Cards se ocuparía de los detalles. Una vez dentro, fue directamente al salón.

—Bueno —musitó al ver a su padre—. Parece bastante cómodo, pero creo que lo estiraré.

Adam se apoyó en el marco de la puerta y esperó. Después de aflojarle la corbata y quitarle los zapatos, ella lo cubrió con la capa y le dio un beso en la cabeza.

—Papá —murmuró—, te han superado.

—Hablares arriba, Kirby. Ahora.

Ella se irguió y lo miró largo rato.

—Ya que lo pides con tanta amabilidad —sacó una frasca de *brandy* y dos copas —, bien podemos mostrarnos sociables durante la inquisición —pasó a su lado en dirección a las escaleras.

## VIII

Kirby encendió la lámpara de pantalla rosa de la mesilla de noche antes de servir unos *brandys*. Le pasó una copa a Adam, se descalzó y se sentó con las piernas cruzadas en la cama. Observó mientras quitaba el envoltorio y examinaba el cuadro.

—¿Ésta es una copia? —preguntó fascinado.

Ella tuvo que sonreír. Calentó el *brandy* entre las manos pero no bebió.

—La marca de papá está en el bastidor.

Adam vio el círculo rojo pero no le resultó concluyente.

—Juraría que es auténtico.

—Como todo el mundo.

Apoyó el cuadro contra la pared y se volvió hacia ella.

—¿Cuántos cuadros de la colección de tu padre son copias?

Despacio, se llevó la copa a la boca y bebió. Tuvo que esforzarse por no sentirse irritada por la pregunta, diciéndose que tenía derecho a formularla.

—Todos los cuadros de la colección de mi padre son auténticos. Salvo ahora por este Tiziano —movió los hombros.

—Cuando mencionaste su técnica para tratar las pinturas y darles edad, no diste la impresión de que sólo la hubiera empleado en un cuadro.

¿Qué le había dado la idea de que no captaría ese comentario? Sea como fuere, ya estaba cansada de esquivar la cuestión.

—Confío en ti —murmuró, con sorpresa para ambos—. Pero no quiero involucrarte, Adam, en algo que lamentarás conocer. Realmente quiero que entiendas eso. En cuanto te lo diga, será demasiado tarde para lamentarlo.

Él se preguntó quién engañaba a quién. Y quién pagaría el precio al final.

—Deja que sea yo quien se preocupe de eso —afirmó, desterrando su conciencia para más tarde. Bebió un trago de *brandy* y dejó que el calor lo recorriera—.

¿Cuántas copias ha hecho tu padre?

—Diez... no, once —corrigió, sin prestar atención al juramento que salió de la boca de él—. Once, sin contar el Tiziano, que cae en una categoría diferente.

—Una categoría diferente —murmuró. Cruzó la habitación y rellenó la copa. Estaba seguro de que iba a necesitarlo—. ¿En qué es diferente?

—El Tiziano fue un acuerdo personal entre Harriet y mi padre. Simplemente un modo de evitar rencores.

—¿Y los otros? —se sentó en un sillón elegante—. ¿Qué clase de acuerdos conllevaban?

—Cada uno es individual, desde luego —titubeó al estudiarlo. Bebió un trago—. Para simplificar las cosas, papá los pintó, y luego los vendió a partes interesadas.

—¿Los vendió? —se puso de pie porque le resultaba imposible quedarse quieto. Se puso a ir de un lado a otro de la habitación—. Santo cielo, Kirby.

¿No entiendes lo que ha hecho? ¿Lo que está haciendo? Es un fraude, pura y llanamente.

—Yo no lo llamaría fraude —replicó, estudiando su *brandy*. Después de todo, era algo que había meditado mucho—. Y, desde luego, ni pura ni llanamente.

—Entonces, ¿qué? —si hubiera podido elegir, se la habría llevado lejos de allí... habría dejado el Tiziano, el Rembrandt y a su loco padre en ese ridículo castillo, y se hubiera largado. A cualquier parte.

—Una falsificación —decidió con una sonrisa a medias.

—Una falsificación —repitió. Había olvidado que también ella estaba loca—. Maldita sea, su propia obra vale una fortuna. ¿Por qué lo hace?

—Porque puede —repuso con sencillez. Extendió una mano con la palma hacia arriba—. Papá es un genio, Adam. No lo digo sólo como su hija, sino como artista. Con el genio, surge un poco de excentricidad —sin prestar atención al bufido de él, prosiguió—: Para papá, pintar no es sólo una vocación. El arte y la vida son uno. Intercambiables.

—Aceptaré todo eso, Kirby, pero no explica por qué...

—Deja que termine —cerró ambas manos sobre la copa y la apoyó en su regazo—. Una cosa que mi padre no soporta es la codicia, bajo ninguna forma. Para él la codicia no es sólo la adoración del dinero, sino la acumulación de arte. Debes saber que constantemente está prestando su colección a museos y escuelas de arte. Aunque está convencido de que el arte pertenece a los sectores privados, al igual que a las instituciones públicas, odia la idea de que los ricos compren arte con fines de inversión.

—Admirable, Kirby. Pero ha convertido en negocio la venta de cuadros fraudulentos.

—Negocio, no. Jamás se ha beneficiado financieramente —dejó la copa a un lado y juntó las manos—. Cada comprador en potencia de una de las emulaciones de papá primero es investigado exhaustivamente —aguardó un segundo—. De ello se encarga Harriet.

—¿Harriet Merrick está metida en esto? —preguntó con incredulidad, a punto de sentarse.

—Todo esto —respondió con suavidad— ha sido su afición conjunta durante los últimos quince años.

—Afición —murmuró, sentándose.

—Harriet tiene muy buenos contactos. Ella se cerciora de que el comprador sea muy rico y que viva en un lugar lejano. Hace dos años, papá le vendió a un jeque árabe un Renoir fabuloso. Era uno de mis favoritos. En todo caso... —continuó al tiempo que se ponía de pie para rellenar la copa de Adam, luego la suya— cada comprador también es conocido por su apego al dinero, y/o a su completa falta de

sentido o espíritu de comunidad. A través de Harriet, se enteran de que papá es dueño de una obra de arte rara y oficialmente no descubierta.

Regresó a su posición en la cama mientras Adam guardaba silencio.

—En el primer contacto, papá nunca se muestra cooperativo. Poco a poco, se deja convencer hasta que se cierra el trato. El precio, por supuesto, es exorbitante, de lo contrario, los admiradores de arte se mostrarían insultados —bebió un pequeño trago y disfrutó del calor del *brandy*—. Sólo acepta efectivo, de modo que no queda registro de la transacción. Entonces los cuadros se trasladan al Himalaya, a Siberia o a alguna parte donde serán aislados y ocultados. Luego papá dona el dinero a obras de caridad de forma anónima —al finalizar la explicación, respiró hondo.

—¿Me estás diciendo que pasa por todo ese trabajo e intriga a cambio de nada?

—Bajo ningún concepto —movió la cabeza y adelantó el torso—. Obtiene mucho a cambio. Recibe satisfacción, Adam. Después de todo, ¿qué más hace falta?

Él luchó por recordar el código del bien y del mal, de lo correcto y de lo erróneo.

—¡Kirby, está robando!

Ella ladeó la cabeza y reflexionó.

—¿Quién captó tu apoyo y admiración, Adam? ¿El *sheriff* de Nottingham o Robin Hood?

—No es lo mismo —se pasó una mano por el pelo mientras intentaba convencerla a ella y a sí mismo—. Maldita sea, Kirby, no es lo mismo.

—Hay un pabellón infantil reformado en el hospital local —comenzó con ecuanimidad—. Un pequeño pueblo en los Apalaches ha modernizado todo su equipo de bomberos. Otro, en una zona de sequía, tiene una maravillosa biblioteca nueva.

—De acuerdo —se levantó otra vez para callarla—. En quince años, estoy seguro de que la lista es extensa. Quizá, de un modo extraño, sea loable, pero también es ilegal, Kirby. Debe parar.

—Lo sé —la simple aceptación le quebró el ritmo—. Fue divertido mientras duró, pero hace tiempo que sé que tiene que parar antes de que algo salga mal. Papá tiene pensado un proyecto para una serie de cuadros propios, y lo he convencido de que empiece pronto. Debería ocuparlo unos cinco años y nos dará un respiro. Pero, mientras tanto, ha hecho algo que no sé cómo encarar.

Iba a darle más. Incluso antes de que hablara, Adam supo que iba a ofrecerle toda su confianza. Se sentó en silencio, despreciándose, mientras ella le contaba todo lo que sabía sobre el Rembrandt.

—Imagino que una parte es en venganza contra Stuart —continuó, mientras él fumaba en silencio—. De algún modo, Stuart se enteró de la afición de papá y amenazó con entregarlo a las autoridades la noche que yo rompí el compromiso. Papá me dijo que no me preocupara, que Stuart no se hallaba en posición de hacer nada. En ese momento, yo desconocía el asunto del Rembrandt.

Se abrió a él, sin preguntas, sin vacilaciones. Iba a sondearla... no tenía otra elección.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede haberlo escondido?

—No, pero no lo he buscado —al mirarlo, sólo fue una hija preocupada por un padre al que adoraba—. Es un buen hombre, Adam. Nadie sabe eso mejor que yo. Sé que hay un motivo para lo que ha hecho, y por el momento, he de aceptar eso. No espero que compartas mi lealtad, sólo mi confianza —él no habló, y Kirby tomó el silencio como aceptación—. Mi principal preocupación ahora es que papá esté subestimando la crueldad de Stuart.

—No lo hará cuando le cuentes la escena de la biblioteca.

—No voy a decírselo. Porque —prosiguió antes de que él pudiera argüir algo— me sería imposible predecir cuál sería su reacción. Quizá hayas notado que papá es un hombre muy volátil —ladeó la copa y lo miró con un rápido cambio de estado de ánimo—. No quiero que esto te cause alguna preocupación, Adam. Si quieres, habla con papá de ello. Charla también con Harriet. Personalmente, me resulta útil olvidarme de vez en cuando del asunto para dejarlo hibernar. Como un oso.

—Un oso.

Ella rió y se puso de pie.

—Deja que te sirva más *brandy*.

La detuvo con la mano en la muñeca.

—¿Me has contado todo?

—¿He mencionado el Van Gogh? —preguntó con el ceño fruncido.

—Oh, Dios —se llevó las yemas de los dedos a los ojos. De algún modo, y sin terminar de creérselo, había esperado que hubiera un fin—. ¿Qué Van Gogh?

—No se trata exactamente de un Van Gogh —corrigió con un mohín.

—¿Tu padre?

—Es su último cuadro. Se lo ha vendido a Víctor Álvarez, un barón del café de Sudamérica —sonrió ante el silencio de Adam—. Las condiciones de trabajo en su plantación son deplorables. Desde luego, no hay nada que podamos hacer para remediar eso, pero papá ya ha destinado el precio de compra para construir una escuela en la zona. Es el último cuadro en muchos años, Adam —añadió, mientras él permanecía sentado con los dedos presionándose los ojos—. Y creo que se sentirá complacido de que lo sepas todo. Le encantará mostrarte el cuadro. Se siente especialmente orgulloso con él.

Adam se frotó la cara. No lo sorprendió oírse reír.

—Supongo que debería estar agradecido de que no decidiera hacer el techo de la Capilla Sixtina.

—Lo deja para cuando se retire —indicó Kirby con alegría—. Y para eso aún faltan años.

Lo dejó pasar, inseguro de que fuera una broma.

—He de darme tiempo para asimilarlo todo.

—Me parece justo.

No iba a regresar a su habitación para informar a McIntyre. Tampoco estaba preparado para eso, ya que Kirby lo había compartido todo con él, sin preguntas ni reservas. No le era posible pensar en su trabajo ni recordar obligaciones externas cuando ella lo miraba con toda su confianza. De algún modo, al final encontraría un modo de justificar lo que eligiera hacer. El bien y el mal ya no estaban tan bien definidos.

Sin decir una palabra, la tomó en brazos y le aplastó la boca con la suya, sin paciencia ni peticiones. Antes de que ninguno pudiera pensar, le bajó la cremallera de la espalda del vestido.

Quería darle... todo, todo lo que buscara. No deseaba cuestionarlo, sino olvidar todos los motivos por los que no deberían estar juntos. Sería tan fácil ahogarse en la oleada de sensaciones que era tan nueva y única. Sin embargo, nada real, nada fuerte, era jamás fácil. Desde temprana edad le habían enseñado que las cosas que más importaban eran las más difíciles de obtener.

—Me sorprendes —musitó con una sonrisa que tuvo que obligarse a esbozar.

La apartó. No permitiría que se le escabullera en esa ocasión.

—Bien.

—¿Sabes? Casi todas las mujeres esperan una seducción, sin importar lo rápida que sea.

—Pero casi todas las mujeres no son Kirby Fairchild —si quería darle ligereza a la situación, trataría de complacerla... siempre y cuando el resultado fuera el mismo—. ¿Por qué no calificamos éste como mi siguiente acto espontáneo? —sugirió antes de bajarle el vestido por los hombros—. No querría aburrirte con una persecución convencional.

¿Cómo podía resistirse? Jamás había titubeado en tomar lo que quería... hasta ese momento. Quizá había llegado el instante de que la partida de ajedrez se detuviera en tablas, sin que ninguno de los dos ganara o perdiera algo.

Lentamente, sonrió y dejó que el vestido cayera casi en silencio hasta quedar en torno a sus pies.

La descubrió como un tesoro de fresco satén y piel cálida. Era tan seductora y tentadora como lo había imaginado. En cuanto se decidía a dar, no había más restricciones. Con un gesto sencillo, le abrió los brazos y se unieron.

Suspiros suaves, murmullos bajos, piel contra piel. La luz de la luna y la tonalidad rosácea de la lámpara de noche compitieron. Los dos se fundieron cuando el colchón cedió bajo su peso. La boca de ella se abrió ardiente, los brazos lo recibieron con fuerza. Al situarse debajo de él, invitadora, burlona, olvidó lo pequeña que era.

Todo. En ese momento. Las necesidades los impulsaron a ambos a tomar sin paciencia, y, sin embargo... debajo de esa pasión, de ese calor, había una ternura que ninguno había esperado del otro.

Él tocó. Ella tembló. Ella probó. Él palpitó. Desearon hasta que el aire pareció echar chispas. Con cada segundo, los dos encontraban más de lo que necesitaban,

pero eso aportaba más codicia. «Toma», parecía decir ella. «Luego da, da, da».

Kirby no tuvo tiempo de flotar, sólo de latir. Por él. De él. Su cuerpo anhelaba, lo necesitaba... algo único para ella. Y él, con un beso, con un toque de la mano, podía elevarla a planos que ella sólo había soñado que existían. No había nada más.

Adam se aproximó a la locura. Ella lo abrazó con fuerza mientras avanzaban juntos hacia el precipicio. Juntos era en lo único que podía pensar Kirby. Juntos.

Reinaba un silencio tan profundo, que tal vez jamás hubiera existido algo como el sonido. La mano, ligeramente cerrada, reposaba sobre el corazón de él. Adam yacía en el silencio y sufría como nunca había esperado sufrir.

Se preguntó cómo lo había dejado suceder. ¿Control? ¿Qué le había hecho pensar que tenía control cuando se trataba de Kirby?

Se recordó que había ido a hacer un trabajo. Y aún debía llevarlo a cabo, sin importar lo que hubiera sucedido entre ellos. ¿Podría continuar con eso y protegerla? Ya no estaba seguro de nada, pero perdería sin importar cómo acabara el juego. Necesitaba pensar, crear la distancia que requería para ello. Mejor para los dos si empezaba en ese momento.

Pero cuando se apartó, ella lo abrazó con más fuerza. Kirby alzó la cabeza, de modo que la luz de la luna se quedó atrapada en sus ojos y lo hipnotizó.

—No te vayas —murmuró—. Quédate y duerme conmigo. Todavía no quiero que termine.

Ya no podía resistir. Quizá jamás lo lograra. Sin decir nada, la acercó y cerró los ojos. Durante un rato, podría fingir que el mañana se ocuparía de sí mismo.

En el estudio de Fairchild, Adam estudió el paisaje rural. Podía sentir la agitación y el drama. La escena serena vibraba con una vida desesperada. Vívica, real, perturbadora. Su creador se hallaba al lado de él, no el Vincent Van Gogh que Adam habría jurado que había sostenido el pincel y la paleta, sino Philip Fairchild.

—Es magnífico —murmuró. El cumplido salió de sus labios antes de poder detenerlo.

—Gracias, Adam. Le tengo cariño.

Fairchild habló como un hombre que hacía tiempo había aceptado su propia superioridad y la responsabilidad que ésta acarrearaba.

—Señor Fairchild...

—Philip —lo interrumpió con amabilidad—. Entre nosotros no hay motivo para la formalidad.

Adam sintió que la intimidad casual podría complicar una situación ya de por sí bastante enredada.

—Philip —comenzó otra vez—, esto es un fraude. Tus motivos pueden ser impecables, pero el resultado sigue siendo un fraude.

—Absolutamente —Fairchild asintió—. Un fraude, una impostura, una mentira sin lugar a dudas —alzó los brazos y los dejó caer—. Carezco de defensas.

«Y un cuerno», pensó Adam con lobreguez.

—Adam... —alargó el nombre y juntó las manos—. Eres un hombre astuto, racional. Me enorgullezco de ser un buen juez del carácter —como si fuera un anciano frágil, se dejó caer en un sillón—. También eres imaginativo y de mente abierta... eso se ve en tu obra.

—¿Y? —alargó la mano hacia el café que había llevado Cards.

—Tu ayuda con el pequeño problema que surgió anoche, y tu habilidad para volver en mi contra la pequeña estratagema que urdí, me llevan a creer que posees la capacidad de adaptarte a lo que algunos llamarían inusual.

—Algunos.

—Ahora bien —aceptó la taza que le ofreció Adam y se reclinó en el asiento—, me has dicho que Kirby te ha informado de todo. Es extraño, pero dejaremos eso por el momento —ya había sacado sus propias conclusiones al respecto y le habían gustado—. Después de lo que te ha contado, ¿puedes encontrar una pizca de egoísmo en mi comportamiento? ¿Consideras que mis motivos no son en un cien por cien humanitarios? Niños pequeños y enfermos, y aquellos menos afortunados que nosotros, se han beneficiado de mi afición. No me he quedado con un solo dólar, ni un dólar, ni un franco, ni un yen. Jamás, jamás he solicitado el mérito o el honor que la sociedad, de forma natural, estaría ansiosa por concederme.

—Tampoco has solicitado la pena de cárcel que también te concedería.

Fairchildladeó la cabeza en gesto de reconocimiento, pero continuó:

—Es mi regalo a la humanidad, Adam. El pago por el talento que me otorgó un poder superior. Estas manos... —las alzó, estrechas, delgadas y extrañamente hermosas—. Estas manos contienen una destreza por la que me siento obligado a pagar a mi propia manera. Es lo que he hecho —inclinó la cabeza y la dejó caer en el regazo—. Sin embargo, si debes condenarme, lo entenderé.

Parecía un incondicional cristiano enfrentado a los leones paganos: firme en su creencia, resignado a su destino.

—Un día —murmuró Adam—, tu halo va a caer y te estrangulará.

—Es una posibilidad —sonriendo, volvió a alzar la cabeza—. Pero, mientras tanto, disfrutamos de lo que podemos. Tomemos una de esas pastas suecas, muchacho.

En silencio, le pasó la bandeja.

—¿Has considerado las repercusiones para Kirby si se descubre tu... afición?

—Ah —tragó una pasta—. Un disparo directo a mi talón de Aquiles. Desde luego, los dos sabemos que Kirby puede superar cualquier obstáculo. No obstante, sólo por existir, Kirby exige emoción de una clase u otra. ¿Estás de acuerdo?

Adam pensó en la noche y en lo que había cambiado en él.

—Sí.

La respuesta breve y concisa era exactamente lo que había esperado Fairchild.

—Me tomo un descanso en este negocio por diversos motivos, el primero de los cuales atañe a la posición de Kirby.

—¿Y su posición en lo referente al Rembrandt de la galería Merrick?

—Un problema diferente —se limpió los dedos en una servilleta y analizó tomar otra pasta—. Me gustaría compartir los detalles de ese negocio contigo, Adam, pero aún no soy libre de hacerlo —sonrió y miró por encima de la cabeza de él—. Se podría decir que he involucrado a Kirby figurativamente hablando, pero hasta que las cosas se resuelvan, es una jugadora menor en el juego.

—¿Tú eliges el reparto además de dirigir la representación, papá? —Kirby entró en la habitación y tomó la pasta que había estado observando Fairchild—. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco —musitó, recordando la confusión de despertar en el sofá cubierto con su capa. No le gustaba que lo superaran, pero era un hombre que reconocía una mente rápida—. Tengo entendido que tus actividades nocturnas han ido bien.

—La tarea se ha completado —miró a Adam antes de apoyar las manos en los hombros de su padre. El vínculo estaba ahí, irrompible—. Quizá debería dejaros a solas durante un rato. Adam es experto en sacar información. Quizá le digas a él lo que no quieres contarme a mí.

—Todo a su debido tiempo —juntó las manos—. Voy a dedicar la mañana a mi halcón —se puso de pie y fue a descubrir la obra de arcilla, en clara despedida—. Podrías llamar a Harriet para contarle que todo ha ido bien antes de que os dediquéis a divertiros.

Kirby extendió la mano.

—¿Tienes alguna diversión en mente, Adam?

—De hecho... —siguió el impulso y la besó mientras su padre observaba y especulaba—. Tenía en mente una sesión de pintura. Deberás cambiarte.

—Si eso es lo mejor que se te ocurre... Sólo dos horas —le advirtió mientras salían—. De lo contrario, mi tarifa sube. He de dedicarme a mi propia obra.

—Tres.

—Dos y media —se detuvo en el rellano de la primera planta.

—Esta mañana parecías una niña —murmuró, tocándole la mejilla—. No pude obligarme a despertarte —apartó la mano—. Nos veremos arriba.

Kirby fue a su habitación y echó el vestido rojo sobre la cama. Mientras se desvestía con una mano, con la otra marcó un número de teléfono.

—Harriet, soy Kirby y te llamo para tranquilizarte.

—Niña inteligente. ¿Hubo algún problema?

—No —se contoneó para quitarse los vaqueros—. Lo conseguimos.

—¿Quiénes? ¿Philip fue contigo?

—Papá dormía en el sofá después de que Adam le cambiara las copas.

—Santo cielo —comentó divertida—. ¿Se enfadó mucho?

—¿Papá o Adam? —se encogió de hombros—. No importa, al final los dos se mostraron razonables. Adam fue de gran ayuda.

—Falta media hora para la prueba. Dame los detalles.

Mientras terminaba de desvestirse, le ofreció todos los detalles.

—¡Maravilloso! —complacida con el drama, Harriet irradió satisfacción—. Ojalá hubiera estado yo. He de conocer mejor a tu Adam y encontrar alguna manera espectacular de demostrarle mi gratitud. ¿Crees que le gustarán los dientes de cocodrilo?

—Nada le satisfará más.

—Kirby, sabes lo agradecida que te estoy a ti —de repente su voz adquirió un tono serio y maternal—. Como mínimo, la situación es incómoda.

—¿El contrato es vinculante?

—Sí —suspiró ante la idea de perder el Tiziano—. Es mi culpa. Debería haberle explicado a Stuart que el cuadro no estaba en venta. Philip estará furioso conmigo.

—Puedes manejarlo. Siempre lo haces.

—Sí, sí. Pero Dios sabe lo que haría sin ti. La pobre Melly no puede entenderme como lo haces tú.

—Sólo es distinta —bajó la vista al suelo y trató de no pensar en el Rembrandt y en la culpa que le producía—. Venid a cenar esta noche, Harriet, Melanie y tú.

—Oh, me encantaría, querida, pero tengo una reunión. ¿Mañana?

—Perfecto. ¿Llamo yo a Melly o hablas tú con ella?

—La veré esta tarde. Cuídate y dale las gracias a Adam de mi parte. Es una pena que sea demasiado vieja para poder ofrecerle sólo unos dientes de cocodrilo.

Riendo, Kirby colgó.

El sol le recorría el vestido, encendiéndolo con llamas u oscureciéndolo al color de la sangre. Sabiendo que la luz era tan perfecta como jamás llegaría a ser, Adam trabajó con impulso febril.

Pasaron horas sin que se diera cuenta. Sin embargo, a su modelo no le sucedió lo mismo.

—Adam, si miras tu reloj, verás que te he concedido más tiempo del acordado —no le prestó atención y continuó pintando—. No puedo posar ni un momento más —dejó caer los brazos y luego movió los hombros para desentumecerlos.

—Puedo trabajar un poco en el fondo —musitó él—. Por la mañana necesitaré tres horas más. La luz es mejor entonces.

Estiró los músculos y fue a mirar por encima de su hombro.

—Tienes buena mano con la luz —decidió al estudiar la pintura emergente—. Desde luego, es halagador, más bien volcánico y desafiante con los colores que has elegido —miró con atención las líneas vagas de su cara, las tonalidades que empleaba

para crearla en el lienzo—. No obstante, plasmas una fragilidad que no termino de entender.

—Tal vez te conozco mejor que lo que tú te conoces —no la miró.

Al seguir pintando, no pudo captar la expresión aturdida o la aceptación gradual.

Con las manos juntas, se alejó. Decidió que tendría que hacerlo rápidamente. Porque necesitaba hacerlo, decirlo.

—Adam... —un murmullo inarticulado. La espalda todavía hacia ella. Respiró hondo—. Te amo.

—Mmmmm.

Algunas mujeres habrían quedado destrozadas. Otras se habrían puesto furiosas. Kirby rió y se echó atrás el pelo. La vida nunca era lo que se esperaba.

—Adam, me gustaría un momento de tu atención —aunque no dejó de sonreír, los nudillos se le pusieron blancos—. Estoy enamorada de ti.

Alcanzó su objetivo en el segundo intento. El pincel, coronado de coral, se detuvo en el aire. Muy despacio, lo dejó en la paleta y se volvió. Ella lo miraba con una media sonrisa en el rostro, las manos juntas con tanta fuerza que le dolía. No había esperado una respuesta ni exigiría una.

—No te lo digo para presionarte ni abochornarte —se humedeció los labios—. Es que creo que tienes derecho a saberlo —las palabras comenzaron a salir con rapidez de su boca—. No hace mucho que nos conocemos, lo sé, pero supongo que a veces sucede de esta manera. No podría hacer nada al respecto. No espero nada de ti, permanente o temporalmente —cuando él siguió en silencio, sintió una sacudida de pánico que no supo cómo encarar—. He de ir a cambiarme —comentó con ligereza—. De hecho, has conseguido que me saltara el almuerzo.

Había llegado casi hasta la puerta cuando él la detuvo. La tomó por los hombros y sintió que se ponía tensa. Entonces comprendió que le había dado todo lo que tenía en el corazón. Algo que, instintivamente, supo que nunca le había dado a nadie más.

—Kirby, eres la mujer más excepcional que jamás he conocido.

—Sí, siempre hay alguien que señala eso —tenía que cruzar la puerta con celeridad—. ¿Vas a bajar o digo que te suban una bandeja?

—¿Cuántas personas podrían realizar una declaración de amor tan sencilla y altruista sin pedir nada a cambio? Desde el principio, no has hecho nada que yo esperara —le rozó el pelo con los labios—. ¿No se me concede la oportunidad de decir algo?

—No es necesario.

—Sí que lo es —le dio la vuelta y le enmarcó la cara con las manos—. Y prefiero tener las manos sobre ti cuando te diga que te amo.

Se quedó muy rígida y habló con mucha calma.

—No sientas pena por mí, Adam. No podría soportarlo.

Fue a decir todas las cosas románticas y dulces que una mujer quiere oír cuando se le declara el amor, pero se contuvo. No eran para Kirby. A cambio, enarcó una

ceja.

—Si no habías contado con que fuera recíproco, deberás adaptarte.

Kirby esperó un momento porque tenía que estar segura. Correría el riesgo, cualquier riesgo, si era una certeza. Al mirarlo a los ojos, comenzó a sonreír. La tensión en sus hombros se desvaneció.

—Tú te lo has buscado.

—Sí, imagino que tendré que vivir con eso.

La sonrisa se desvaneció al pegarse a él.

—Oh, Dios, Adam, te necesito. No te haces idea de cuánto.

La abrazó con igual desesperación.

—Sí me la hago.

## IX

Amar y ser amada. Para Kirby era desconcertante, aterrador, estimulante. Quería tiempo para experimentarlo, para asimilarlo. Entenderlo no importaba, no en ese momento, con la primera oleada de emoción. Para ella, amar significaba compartir, y compartir no tenía restricciones. Fuera lo que fuere lo que tenía, lo que sentía, le pertenecía a Adam tanto como a ella. Sin importar lo que pasara entre ellos en ese momento, jamás podría cambiar eso.

Incapaz de seguir trabajando, bajó del estudio para ir a buscarlo.

La casa estaba en silencio a primera hora de la noche, con el personal en la planta baja, preparando la cena. Siempre le había gustado esa hora del día... tras una larga y productiva sesión en su estudio, antes de pasar al comedor. Eran las horas para sentarse ante el fuego o pasear por los riscos. En ese instante tenía a alguien con quien compartir esas horas. Se detuvo delante de la puerta de Adam y alzó una mano para llamar.

El murmullo de voces la detuvo. Como tuviera a su padre en otra discusión, quizá terminara por averiguar algo más sobre el Rembrandt que terminara por tranquilizarla. Mientras titubeaba, la aldaba en la puerta de entrada vibró por toda la casa. Se encogió de hombros y se volvió para ir a contestar.

Dentro de la habitación, Adam se pasó el transmisor a la otra mano.

—Ésta es la primera oportunidad que he tenido de llamar. Además, no hay nada nuevo.

—Se supone que debes informar cada noche —irritado, McIntyre ladró en el receptor—. Maldita sea, Adam, empezaba a pensar que te había pasado algo.

—Si conocieras a estas personas, comprenderías lo ridículo que es eso.

—¿No sospechan nada?

—No —maldijo la existencia de esa misión.

—Háblame de la señora Merrick y de Hiller.

—Harriet es encantadora y extravagante —no se atrevía a decir inofensiva. Sólo le contaría lo que creía que se aplicaba al trabajo y nada más—. Hiller es muy ecuánime y amable y un completo impostor. Llegué a tiempo de interrumpirlo cuando estaba a punto de maltratar a Kirby.

—¿Qué motivos tenía?

—El Rembrandt. No cree que su padre la mantenga a ciegas en el tema. Es el tipo de hombre que cree que siempre puede conseguir lo que busca si intimida a la otra persona... siempre que sea más pequeña que él.

—Parece una joya —pero había captado el cambio en la voz. Como Adam se estuviera involucrando con Kirby Fairchild... No era algo que necesitaran—. Tengo

algo sobre Víctor Álvarez.

—Suéltalo —pidió con neutralidad, porque sabía muy bien lo perceptivo que podía ser Mac—. Es una búsqueda infructuosa. Ya lo he investigado y no tiene nada que ver con el Rembrandt.

—Tú lo sabes mejor que nadie.

—Sí —sabía que McIntyre jamás entendería la afición de Fairchild—. Como hemos acordado, tengo una condición.

—¿Condición?

—Cuando encuentre el Rembrandt, llevaré el resto a mi manera.

—¿A qué te refieres con eso de «a tu manera»? Escucha, Adam...

—A mi manera —cortó—. O te buscas a otro. Te lo recuperaré, Mac, pero después de que lo haga, se mantendrá a los Fairchild al margen de todo.

—¿Al margen? —estalló a través de la línea—. ¿Cómo diablos esperas que los mantenga al margen?

—Ése es tu problema. Simplemente, hazlo.

—Ese lugar está lleno de lunáticos —musitó McIntyre—. Tiene que ser contagioso.

—Sí. Te volveré a llamar —con una sonrisa, apagó el transmisor.

Abajo, Kirby abrió la puerta y se encontró con los ojos miopes y con gafas de montura oscura de Rick Potts. Sabiendo que la mano de él estaría húmeda por los nervios, extendió la suya.

—Hola, Rick. Papá me comentó que vendrías a visitarnos.

—Kirby —tragó saliva y le apretó la mano. La simple visión de ella le causaba un descalabro en las glándulas—. Se te ve mar... maravillosa —le plantó unos claveles en la cara.

—Gracias —aceptó las flores parcialmente estranguladas y sonrió—. Pasa, deja que te prepare una copa. Has hecho un largo viaje, ¿verdad? Cards, ocúpate del equipaje del señor Potts, por favor —continuó sin darle a Rick la oportunidad de hablar. Sabía que necesitaría algo de tiempo para hilvanar las palabras—. Papá no tardará en bajar —encontró un refresco y lo sirvió en un vaso con hielo—. Le ha estado dedicando mucho tiempo a su proyecto nuevo; estoy segura de que querrá hablarlo contigo —después de entregarle el vaso, le indicó un sofá—. ¿Cómo estás?

Él bebió primero, para separar la lengua del paladar.

—Bien. Es decir, la semana pasada tuve un amago de resfriado, pero ya me encuentro mucho mejor. Jamás vendría a verte si tuviera algún germen.

Se volvió a tiempo de ocultar una sonrisa y servirse un vaso de agua mineral.

—Eres muy considerado, Rick.

—¿Has estado... has estado trabajando?

—Sí, casi he hecho suficiente para mi exposición de primavera.

—Será maravillosa —le dijo con lealtad ciega. Aunque reconocía la calidad de su obra, las piezas más poderosas lo intimidaban—. ¿Te quedarás en Nueva York?

—Sí —se acercó para sentarse a su lado—. Una semana.

—Entonces, quizá... es decir, me encantaría, si tuvieras tiempo, por supuesto, me gustaría invitarte a cenar —bebió un sorbo del refresco—. Si dispones de una velada libre.

—Eres muy amable.

Asombrado, la miró boquiabierto, con las pupilas dilatadas. Desde el umbral, Adam observó al pobre cachorro. Calculó que en diez segundos más, Kirby lo tendría a sus pies, lo quisiera o no.

Ella alzó la vista y su expresión cambió tan sutilmente que no lo habría notado de no haber estado tan sintonizado con ella.

—Adam —comentó con voz casual—. Esperaba que bajaras. Rick, te presento a Adam Haines. Adam, creo que papá el otro día te mencionó a Rick Potts.

El mensaje fue alto y claro. «Sé amable». Con sonrisa relajada, Adam aceptó el húmedo apretón de manos.

—Sí, Philip dijo que ibas a venir a quedarte unos días. Kirby me ha mencionado que trabajas las acuarelas.

—¿Sí? —anonadado por el hecho de que Kirby hubiera hablado de él, no supo qué más decir.

—Mantendremos una larga charla después de cenar —se puso de pie y condujo a Rick con suavidad hacia la puerta—. Estoy segura de que querrás descansar un poco después del viaje. Puedes encontrar el camino hasta tu habitación, ¿verdad?

—Sí, sí, desde luego.

Lo observó avanzar por el pasillo antes de darse la vuelta. Regresó junto a Adam y lo rodeó con los brazos.

—Odio repetirme, pero te amo.

Él le tomó la cara entre las manos y la besó con suavidad, con la promesa de más.

—Repítete tantas veces como quieras —de repente se sintió completamente excitado sólo por su sonrisa—. Me dejas sin aire —murmuró—. No me extraña que conviertas en gelatina a Rick Potts.

—Preferiría convertirme a ti en gelatina.

Y lo hacía. No resultaba fácil reconocerlo.

—¿De verdad vas a contarle que soy un amante celoso con un estilete?

—Es por su propio bien —recogió su vaso de agua mineral—. Siempre se siente tan abochornado después de perder el control. ¿Has averiguado algo más de papá?

—No —desconcertado, frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Iba a verte justo antes de que Rick llegara. Te oí hablar.

Lo tomó de la mano y a él le costó evitar que notara la tensión.

—No quiero presionar las cosas ahora —hasta ahí era verdad.

—No, probablemente tienes razón. A papá no le cuesta nada mostrarse obstinado. Sentémonos delante de la chimenea un rato —lo guió hasta el fuego—. Y no hagamos nada.

Se sentó junto a ella, abrazándola, y deseó que las cosas fueran tan sencillas como parecían.

Pasaron horas hasta que volvieron a sentarse en el salón, aunque ya no estaban solos. Después de una copiosa cena, Fairchild y Rick se sentaron con ellos para continuar con la discusión sobre el arte y la técnica. Ayudado por dos copas de vino y media de *brandy*, Rick comenzó a alabar el trabajo de Kirby. Adam reconoció las señales de advertencia de la batalla... las orejas enrojecidas de Fairchild y los ojos inocentes de Kirby.

—Gracias, Rick —con una sonrisa, ella alzó la copa de *brandy*—. Estoy segura de que querrás ver la última obra de papá. Es un intento con arcilla. Un pájaro o algo por el estilo, ¿verdad, papá?

—¿Un pájaro? ¿Un pájaro? —en un rápido círculo, él bailó alrededor de la mesa—. Es un halcón, muchacha horrible. Un ave de presa, una criatura astuta.

Veterano ya en esas lides, Rick trató de apaciguar los ánimos.

—Me encantaría verlo, señor Fairchild.

—Y lo harás —con un trago dramático, Fairchild se terminó la copa—. Tengo intención de donarla al Metropolitano.

Sin importar que el bufido de Kirby fuera involuntario o premeditado, consiguió lo que se proponía.

—¿Te burlas de tu padre? —exigió Fairchild—. ¿No tienes fe en estas manos? —las extendió—. ¿En las mismas manos que te sostuvieron recién salida del vientre de tu madre?

—Tus manos son la octava maravilla del mundo —le dijo Kirby—. Sin embargo... —dejó la copa, se reclinó y cruzó las piernas. Juntó los dedos y se los estudió—. Por mis observaciones, tienes dificultad con la estructura. Quizá con unos años de práctica, llegues a desarrollar la habilidad para la construcción.

—¿Estructura? —soltó él—. ¿Construcción? —entrecerró los ojos y apretó la mandíbula—. ¡Cards! —su hija le dedicó una sonrisa relajada y volvió a alzar la copa—. ¡Cards!

—Sí, señor Fairchild.

—Cards —repitió, mirando con ojos centelleantes al digno mayordomo que esperaba en el umbral.

—Sí, señor Fairchild.

—¡Cards! —rugió antes de ponerse a bailar.

—Creo que mi padre quiere una baraja —explicó Kirby.

—Sí, señorita —con una ligera inclinación de cabeza, Cards fue a buscarla.

Con movimientos veloces, Fairchild comenzó a despejar una mesa pequeña.

—Sus cartas, señor Fairchild —el mayordomo depositó dos paquetes sellados en la mesa antes de abandonar la habitación.

—Ahora te enseñaré algo sobre construcción —acercó una silla y se sentó. Rompió el sello de la primera baraja y extendió las cartas sobre la mesa. Con cuidado meticuloso, apoyó una contra otra y formó un arco—. Mano firme y ojo crítico —musitó mientras comenzaba, lentamente y con total intensidad, a construir una casa de naipes.

—Eso debería mantenerlo alejado de problemas durante un rato —declaró Kirby. Le guiñó un ojo a Adam y se volvió hacia Rick para hablar de amigos mutuos.

Transcurrió una hora bebiendo *brandy* y manteniendo una conversación serena. De vez en cuando se oía un gruñido del arquitecto en un rincón. El fuego crepitaba. Cuando Montique entró y saltó sobre el regazo de Adam, Rick palideció y se incorporó con celeridad.

—No debería hacer eso. Vendrá en cualquier instante —dejó la copa con fuerza—. Kirby, creo que subiré. Mañana deseo empezar a trabajar pronto.

—Por supuesto —observó su salida antes de volverse hacia Adam—. Isabelle le produce terror. Montique entró en su habitación mientras dormía y se acurrucó junto a su almohada. Isabelle lo despertó con unos comentarios más bien groseros mientras se erguía sobre su torso. Será mejor que suba para comprobar que todo está bien —se levantó y luego se inclinó para darle un beso suave.

—Eso no es suficiente.

—¿No? —esbozó una sonrisa lenta—. Quizá podamos arreglarlo más tarde. Vamos, Montique, a buscar a tu condenada guardiana.

—Kirby... —aguardó hasta que ambos estuvieron en la puerta—. ¿Cuánto alquiler paga Isabelle?

—Diez ratones al mes —respondió con seriedad—. Pero en noviembre voy a subírselo a quince. Quizá se marche antes de las Navidades —complacida con ese pensamiento, se llevó a Montique.

—Una criatura fascinante mi Kirby —comentó Fairchild.

Adam cruzó la habitación y observó la enorme y errática estructura de naipes que Fairchild seguía levantando.

—Fascinante.

—Es una mujer con muchas cosas por debajo de la superficie. Puede ser cruel cuando se siente justificada a ello. La he visto aplastar a un hombre de metro ochenta como si fuera un bicho —sostenía una carta entre los dedos índices de ambas manos; luego la puso en su sitio muy despacio—. Sin embargo, notarás que su actitud hacia Rick es invariablemente amable.

Supo que era algo más que una conversación ociosa la que le ofrecía Fairchild.

—Es evidente que no quiere herirlo.

—Exacto —con paciencia, se concentró en otra ala. Adam vio que las cartas comenzaban a cobrar la forma de la casa en la que se hallaban—. Se esforzará en no hacerlo porque sabe que la devoción que siente por ella es sincera. Kirby es una mujer fuerte e independiente. Sin embargo, en lo que respecta a su corazón, es un malvavisco. Hay algunas personas en este mundo por las que sacrificaría lo que pudiera. Rick es una de ellas... Melanie y Harriet son otras. Y yo —sostenía una carta, como sopesándola—. Sí, yo —repitió con suavidad—. Debido a ello, las circunstancias del Rembrandt son muy difíciles para ella. Se siente atrapada entre lealtades diferentes. Su padre y la mujer que ha sido su madre casi toda su vida.

—Tú no haces nada para cambiarlo —acusó Adam. Tuvo el deseo irracional de derribar la meticulosa construcción. Metió las manos en los bolsillos, donde las cerró con fuerza. Tampoco podía recriminarle mucho a Philip, ya que él engañaba a Kirby de la misma manera—. ¿Por qué no le ofreces alguna explicación? Algo que pueda entender.

—La ignorancia es la felicidad —afirmó con calma—. En este caso, cuanto menos sepa, más sencillas serán las cosas para ella.

—Tienes mucha cara, Philip.

—Sí, sí, es bastante cierto —equilibró más cartas, y luego regresó al tema que más lo ocupaba—. En la vida de Kirby ha habido docenas de hombres. Podía elegirlos y descartarlos como otras mujeres hacen con la ropa. Sin embargo, y a su propia manera, siempre ha sido cuidadosa. Creo que consideraba que no era capaz de amar a un hombre y había decidido conformarse con mucho menos cuando aceptó casarse con Stuart. Tonterías, desde luego —recogió la copa y estudió la casa de naipes—. Kirby posee una gran capacidad para el amor. Cuando ame a un hombre, lo hará con inquebrantables devoción y lealtad. Y cuando lo haga, será vulnerable. Ama con intensidad, Adam —por primera vez, alzó la vista y lo miró a los ojos—. Cuando murió su madre, quedó destrozada. No me gustaría vivir para verla pasar por algo semejante otra vez.

¿Qué podía decir? Menos de lo que le gustaría, pero, no obstante, la verdad.

—No quiero herir a Kirby. Haré cualquier cosa para evitar que resulte herida.

Fairchild lo estudió un momento con esos ojos azules claros que veían mucho y hondo.

—Te creo, y espero que encuentres un modo de evitarlo. Sin embargo, si la amas, encontrarás una manera de arreglar el daño que haya podido hacerse. El juego ha empezado, Adam, las reglas establecidas. No se pueden modificar, ¿verdad?

Adam observó la cara redonda.

—Sabes por qué me encuentro aquí, ¿verdad?

Con una carcajada, Fairchild volvió a concentrarse en sus cartas. Complacido, pensó que Adam Haines era agudo. Kirby lo había visto desde el principio.

—Por ahora, digamos que has venido a pintar y a... observar. Sí, a observar —colocó otra carta—. Ve a verla, tienes mi bendición si consideras que la necesitas. La

partida ya casi ha terminado. Pronto tendremos que recoger las piezas. El amor es tenue cuando es nuevo, muchacho. Si quieres mantenerla, sé tan obstinado como ella. Ése es mi consejo.

Kirby se cepilló el pelo con movimientos largos y metódicos. El sonido de *jazz* no era más que un latido encendido que salía de la radio. Al oír una llamada, suspiró.

—Rick, deberías irte a la cama. Por la mañana te odiarás.

Adam abrió la puerta. Observó la seda *beige* y el encaje marfil que llevaba puestos y, sin decir una palabra, cerró a su espalda.

—Santo cielo —dejó el cepillo en la cómoda y giró en redondo con un escalofrío—. Una mujer ya no está a salvo hoy en día. Has venido para aprovecharte de mí... espero.

Adam llegó hasta ella, bajó los brazos por la seda y la envolvió en ellos.

—Pasaba por aquí —al verla sonreír, le dio un beso en la boca—. Te amo, Kirby. Más que a nadie y que a nada —de pronto su boca fue vehemente y la cercó con los brazos—. No lo olvides nunca.

—No lo haré —afirmó casi sin voz contra sus labios—. Pero no pares de recordármelo. Y ahora... —se apartó unos centímetros y con lentitud comenzó a aflojarle la corbata—. Quizá yo debería recordártelo a ti.

—Podría ser una buena idea —vio cómo la corbata caía al suelo y empezaba a quitarle la chaqueta.

—Has estado trabajando mucho —lanzó la chaqueta en dirección a la silla—. Deberían mimarte un poco.

Sintió que el placer se extendía por él al contacto que casi se podía describir como maternal. Tenía las manos suaves, fuertes y hábiles, de artista y de mujer. Lentamente, las subió por sus piernas, luego las bajó... provocándolo, prometiendo, hasta que no supo si tumbarse y disfrutar o aferrarla y tomar. Antes de que pudiera decidirse, Kirby se puso de pie y comenzó a desabotonarle la camisa.

—Me gusta todo en ti —murmuró mientras le sacaba la camisa de la cintura de los pantalones—. ¿Te lo había mencionado?

—No —le permitió soltarle los gemelos y quitarle la camisa.

Tomándose su tiempo, Kirby le acarició la caja torácica hasta llegar a los hombros.

—Tu aspecto —le dio un beso suave en la mejilla—. Tu tacto —en la otra—. Cómo piensas —los labios le rozaron el mentón—. Tu sabor —abriéndole los pantalones, se los quitó centímetro a centímetro, con lentitud—. No hay nada en ti que cambiaría —se situó a horcajadas de él y comenzó a darle besos prolongados en la cara y el cuello—. Cuando me preguntaba cómo sería enamorarse, llegué a la conclusión de que no había ningún hombre que me gustara lo suficiente como para

hacer que eso fuera posible —detuvo la boca justo encima de la de él—. Me equivocaba.

Delicados, cálidos y de una ternura exquisita, los labios de Kirby encontraron los suyos. Nadie lo había amado jamás de esa manera... con paciencia y devoción. No quería otra cosa que sentir las caricias prolongadas y lentas de los dedos de ella, el rastro húmedo de los labios. Sintió cada milímetro de su cuerpo. Una experiencia total.

La casa volvía a estar en silencio, salvo por la música baja. La colcha era suave bajo su espalda. La luz tenue y delicada, la mejor iluminación para los amantes. Y allí tumbado, ella lo amó hasta que quedó enterrado en una capa tras otra de placer. El mismo que le devolvería.

La paciencia comenzó a desvanecerse en ambos. Podía sentir cómo el cuerpo de Kirby cobraba vida inquieta allí donde lo tocaba. Podía sentir su propia tensión por la necesidad que sólo ella le inducía. Desesperada, urgente, exclusiva. Si tan sólo le quedara un día de vida, habría pasado cada minuto allí, con Kirby en sus brazos.

Ella olía a humo de madera y a flores, a mujer y a sexo, dispuesta y preparada. Si hubiera tenido el poder, habría detenido el tiempo entonces, mientras estaba sobre él a la luz de la luna, los ojos oscuros por la necesidad, la piel encendida contra la seda.

Entonces le alzó esa seda y se la quitó por la cabeza, para poder verla como juraba que ningún hombre volvería a verla jamás. El pelo le caía en mechones sobre la piel. Desnuda y anhelante, era toda fantasía primitiva, todo sueño de medianoche. Todo.

Tenía los labios entreabiertos mientras respiraba jadeante. La pasión la devoró, de modo que tuvo un escalofrío y se lanzó a tomar lo que necesitaba de él... por él. Todo y más. Con un sonido apagado de triunfo, lo introdujo en su interior y marcó las pautas. Veloces, furiosas.

Su cuerpo lo instó a continuar mientras su mente estallaba con imágenes. Tanto color, tantos sonidos. Semejante frenesí. Con la espalda arqueada, se movió como el relámpago, apenas consciente de la fuerza con que las manos de él le aferraban las caderas. Pero lo oyó pronunciar su nombre. Sintió que la llenaba.

La primera cresta la inundó, sacudiéndole el sistema para luego empujarla a más, más, más. No había nada que no pudiera tener y nada que no diera. Ciega, se dejó llevar.

Con las manos sobre ella, con el sabor de Kirby aún en sus labios, sintió que temblaba al borde de la liberación. Durante un momento, sólo un momento, se contuvo. Podía verla sobre él, suspendida como una diosa, la piel húmeda y resplandeciente, el pelo fluyendo hacia atrás al alzar las manos por el éxtasis. Lo recordaría siempre.

La luna ya no estaba llena, pero su luz era suave y blanca. Aún seguían sobre la colcha, los cuerpos entrelazados mientras la respiración se serenaba. Con ella tumbada encima, pensó en todo lo que había dicho Fairchild. Y en todo lo que él podía y no podía hacer al respecto.

No fue capaz de encontrar las respuestas que tanto necesitaba. ¿Qué respuestas podían basarse en mentiras y medias verdades?

Tiempo. Quizá era lo único que tenía en ese momento. Pero ya no dependía de él si mucho o poco. Con un suspiro, se movió y le acarició la espalda.

Kirby se apoyó en un codo. Tenía los ojos despejados. Sonreía.

—La próxima vez que estés en la ciudad, vaquero, no te olvides de preguntar por Lulú —había esperado que sonriera, pero le agarró el pelo y la sostuvo tal como se hallaba. En sus ojos no había humor, sino la misma intensidad que había presenciado cuando pintaba. Pudo sentir que sus músculos se habían tensado—. ¿Adam?

—No hables —se obligó a relajar la mano, y luego le acarició la mejilla. No quería que se estropeará con el movimiento equivocado, la palabra equivocada—. Quiero recordarte así. Al terminar de hacer el amor, con la luz de la luna en el pelo.

Experimentaba el miedo irracional de que nunca volviera a verla de esa manera... con esa media sonrisa a centímetros de su cara. Jamás había sentido la calidez del cuerpo de Kirby extendida sobre el suyo sin nada que los separara.

El pánico fue veloz y muy real. Incapaz de detenerlo, la pegó a él y la abrazó como si no quisiera soltarla nunca.

## X

Después de treinta minutos de posar, Kirby se ordenó no ser impaciente. Había aceptado darle a Adam dos horas, y un trato era un trato. Trató de concentrarse en sus planes para esculpir en cuanto terminara sus obligaciones. Su *Furia* estaba casi acabada.

Pero el sol parecía demasiado cálido y brillante. Cada dos por tres su mente se quedaría extrañamente en blanco hasta que tenía que recordarse dónde estaba.

—Kirby —pronunció su nombre por tercera vez y la observó parpadear y concentrarse en él—. ¿Podrías esperar a que terminara la sesión para quedarte dormida?

—Lo siento —con un esfuerzo se aclaró la cabeza y le sonrió—. Pensaba en otra cosa.

—No pienses, si eso te duerme —musitó antes de dar una pincelada escarlata por el lienzo. Nada que hubiera hecho con anterioridad parecía tan idóneo como ese cuadro. Empezaba a tornarse obsesiva la necesidad de acabarlo—. Inclina la cabeza a la derecha otra vez. No paras de quebrar la postura.

—Negrero —pero trató de concentrarse.

—Restallar el látigo es el único modo de trabajar contigo —con cuidado, comenzó a perfeccionar los pliegues de la falda del vestido. Quería que fluyeran pero que estuvieran bien definidos—. Será mejor que te acostumbres a posar para mí. Ya tengo varios estudios más en mente que empezaré después de que nos hayamos casado.

La dominó el vértigo. Sin pensarlo, bajó los brazos.

—Maldita sea, Kirby —empezó a maldecir otra vez cuando vio lo abiertos que tenía los ojos—. ¿Qué pasa?

—No había pensado... no me había dado cuenta de que tú... —se llevó una mano a la cabeza y comenzó a dar vueltas por la habitación—. Necesito un minuto —murmuró, preguntándose si debería sentir como si alguien le hubiera quitado el aire.

Adam se puso de pie y fue a tomarle la mano.

—¿Te encuentras enferma?

—No —respiró hondo y se dijo que se recobraría en un momento—. No sabía que quisieras casarte conmigo, Adam.

«¿Es eso?», se preguntó mientras le acariciaba la mejilla. «¿No debería haberlo sabido?». Sin embargo, recordó que todo había sucedido muy deprisa.

—Te amo —para él era sencillo. El amor conducía al matrimonio y el matrimonio a la familia—. Me acusaste de ser convencional —le recordó, acariciándole el pelo—. El matrimonio es una institución muy convencional —«una para la que ella quizá aún

no esté preparada», pensó con pánico súbito. Debería brindarle espacio si quería retenerla—. Quiero pasar mi vida contigo —esperó hasta que ella volvió a mirarlo. Parecía aturdida por sus palabras. ¿Cómo podía sorprenderla ser deseada? Quizá había sido demasiado rápido y torpe—. Como tú elijas, Kirby. Tal vez debería haber esperado un momento y un lugar mejores, haber preguntado antes de haber dado por hecho.

—No es eso —temblorosa, alzó una mano a la cara de él. Era tan sólido, tan fuerte—. No necesito eso —movió la cabeza y regresó al punto donde había estado posando—. Ya me han hecho proposiciones de matrimonio... y peticiones mucho menos vinculantes —logró sonreír. Él no la deseaba sólo para el presente, sino también para todas las mañanas. La quería tal como era. Sintió que afloraban las lágrimas... de amor, de gratitud, pero las contuvo. Cuando los deseos se hacían realidad, no era momento para llorar—. Ésta es la que he esperado toda la vida, lo que pasa es que no imaginaba que estaría tan agitada.

Aliviado, cruzó hacia donde estaba ella.

—Lo tomaré como una buena señal. No obstante, no me importaría un simple «sí».

—Odio hacer algo simple.

Sintió que la habitación se movía y se desvanecía, y luego las manos de Adam en sus hombros.

—Kirby... santo cielo, ¡hay una filtración de gas! —mientras la sostenía, percibió el olor fuerte y dulce—. ¡Fuera! ¡Ve a respirar algo de aire fresco! Tiene que ser el radiador —la empujó hacia la puerta y se agachó para inspeccionar la unidad anticuada.

Ella trastabilló. La puerta parecía estar a kilómetros de distancia, de modo que cuando la alcanzó, sólo tuvo fuerzas para apoyarse en la madera pesada y recuperar el aliento. El aire estaba más limpio. Se obligó a alargar la mano hacia el picaporte. Tiró, pero se mantuvo firme.

—¡Maldita sea, te dije que salieras! —ya empezaba a ahogarse cuando llegó junto a ella—. ¡El gas sale de esa cosa!

—¡No puedo abrir la puerta! —furiosa consigo misma, volvió a tirar. Él la apartó y tiró—. ¡Está atascada! —murmuró, apoyándose en Adam—. Cards se ocupará.

Se dio cuenta de que estaba cerrada por fuera.

—Quédate aquí —después de apoyarla contra la puerta, recogió una silla y la aplastó contra la ventana. El cristal se resquebrajó, pero aguantó. Volvió a golpear, y otra vez, hasta que al final consiguió destruirlo. Con movimientos rápidos, regresó a buscar a Kirby y le sostuvo la cabeza cerca de la abertura forzada—. Respira —ordenó.

Por el momento, no pudo hacer otra cosa que llenar de aire los pulmones y volver a toser.

—Alguien nos ha encerrado, ¿verdad?

Así como había sabido que en cuanto se le despejara la cabeza ella no tardaría en descubrir la situación, también sabía que no tenía sentido mostrarse evasivo.

—Sí.

—Podríamos gritar durante horas —cerró los ojos y se concentró—. Nadie nos oiría, aquí estamos demasiado aislados —se apoyó contra la pared—. Tendríamos que esperar hasta que alguien viniera a buscarnos.

—¿Dónde se encuentra la válvula principal para ese radiador?

—¿Válvula principal? —apoyó los dedos sobre los ojos y se obligó a pensar—. Simplemente lo enciendo cuando aquí hace frío y... Espera. Depósitos... hay depósitos en la parte de atrás de la cocina —giró otra vez hacia la ventana rota—. Uno para cada torre y cada planta.

Adam volvió a estudiar el viejo y pequeño radiador. No haría falta mucho más tiempo, incluso con la ventana rota.

—Nos largamos de aquí.

—¿Cómo? —si pudiera echarse... sólo un minuto...— la puerta está cerrada. No creo que sobrevivieramos a un salto al jardín —añadió, mirando hacia donde había caído la silla. Pero él no la escuchaba. Al volverse, vio que pasaba la mano por el borde del friso. El panel se abrió—. ¿Cómo has encontrado ese pasadizo?

La tomó por el codo y la obligó a moverse.

—Vámonos.

—No puedo —con sus últimas fuerzas, apoyó las manos en la pared. El miedo y las náuseas se duplicaron al pensar en entrar en ese agujero negro y húmedo en la pared—. No puedo entrar ahí.

—No seas ridícula.

Cuando iba a empujarla, Kirby se apartó y retrocedió.

—No, ve tú. Esperaré hasta que des la vuelta y abras la puerta.

—Escúchame —luchó contra el efecto del gas y la sujetó por los hombros—. No sé cuánto tardaría en encontrar el camino a través del laberinto en la oscuridad.

—Seré paciente.

—Podrías estar muerta —replicó con los dientes apretados—. Ese radiador es inestable... Como se produzca un cortocircuito, ¡toda esta habitación volaría! Y ya has inhalado demasiado gas.

—¡No entraré! —la histeria afloró, y carecía de la fuerza o del ingenio para combatirla. Alzó la voz al alejarse de él—. No puedo entrar, ¿no lo entiendes?

—Espero que tú entiendas esto —musitó y le dio un golpe limpio en la mandíbula. Sin emitir sonido alguno, se derrumbó en sus brazos. Adam no titubeó. Se la echó al hombro sin ninguna ceremonia y penetró en el pasadizo.

Cuando se cerró el panel para cortar el flujo de gas, quedaron sumidos en una oscuridad completa. Mientras usaba un brazo para mantener a Kirby en su sitio, utilizó la otra mano para tantear la pared. Tenía que llegar hasta las escaleras y al primer mecanismo.

Oyó las pisadas veloces de los roedores y se quitó telarañas de la cara. Quizá era lo mejor que Kirby estuviera inconsciente. De lo contrario, en vez de tener que tomarla en brazos debería arrastrarla.

Cinco minutos, luego diez, y el final su pie se topó con aire.

Con cautela, acomodó a Kirby sobre el hombro, pegó el otro a la pared y comenzó a bajar. Los escalones eran de piedra, y ya de por sí bastante traicioneros con luz. En la oscuridad, sin barandilla con la que equilibrarse, resultaban mortales. Al llegar al fondo, tanteó la pared en busca de un interruptor.

El primero estaba atascado. Tuvo que concentrarse para respirar. Kirby osciló en su hombro al tomar el giro pronunciado del pasadizo. Maldiciendo, avanzó a ciegas hasta que sus dedos rozaron una segunda palanca. El panel se abrió con un crujido. Pasó con su carga y parpadeó por la luz, rodeó los muebles cubiertos de sábanas y salió al pasillo.

Al llegar a la primera planta y pasar junto a Cards, no se detuvo.

—Corte el gas del estudio de Kirby desde la válvula principal —ordenó, tosiendo mientras avanzaba—. Y que nadie vaya por allí.

—Sí, señor Haines —Cards continuó en dirección a la escalera principal.

Al llegar a la habitación de Kirby, la depositó en la cama y luego abrió las ventanas. Permaneció allí un momento, respirando, dejando que el aire le bañara la cara y le aliviara los ojos. Se le revolvió el estómago. Se obligó a respirar despacio y se asomó al exterior. Cuando pasaron las náuseas, regresó junto a ella.

Estaba pálida como la colcha y no se movía. Con rapidez fue al cuarto de baño para empapar una toalla en agua fría. Al pasarla por su cara, la llamó por su nombre.

Primero tosió con violencia. Nada podría haberlo aliviado más. Al abrir los ojos, lo miró con expresión apagada.

—Te encuentras en tu habitación —la informó—. Ya estás bien.

—Me golpeaste.

Sonrió porque había indignación en su voz.

—Apenas te toqué.

—Eso dices tú —con cuidado, se incorporó y se llevó una mano al mentón. La cabeza le dio vueltas una vez, pero cerró los ojos y esperó hasta que pasara—. Supongo que me lo busqué. Lamento haberme puesto neurótica.

Apoyó la frente contra la de ella.

—Me diste un susto de muerte. Supongo que eres la única mujer que ha recibido una proposición de matrimonio y un directo a la mandíbula con una separación de pocos minutos.

—Odio lo corriente —como necesitaba unos minutos más, se tumbó otra vez—. ¿Has cortado el gas?

—Cards se encarga de ello.

—Por supuesto —reconoció con bastante calma; luego se puso a tirar de la colcha—. Hasta donde sé, nadie había intentado matarme antes.

Adam pensó que facilitaba las cosas que entendiera y aceptara la situación desde el principio. Asintió y posó una mano sobre su mejilla.

—Primero llamaremos a un médico. Luego, a la policía.

—No necesito un médico. Sólo estoy un poco mareada, pasará —le tomó las dos manos con firmeza—. Y no podemos llamar a la policía.

En sus ojos vio la obstinación que ya empezaba a conocer.

—Es el procedimiento habitual con un intento de asesinato, Kirby.

—Harán preguntas molestas y hurgarán por toda la casa. Aparece en las películas.

—No se trata de un juego. Podrías haber muerto... de hecho, habrías muerto si hubieras estado sola. A quienquiera que fuera no pienso darle otra oportunidad contigo.

—Crees que fue Stuart —suspiró. «Sé objetiva», se dijo. «Luego podrás hacer que lo sea Adam»—. Sí, supongo que fue él, aunque no lo habría considerado lo bastante ingenioso para tramarlo. No hay nadie más que quisiera hacerme daño. Sin embargo, no podemos probar nada.

—Eso está por verse —los ojos le brillaron un momento al pensar en la satisfacción de sacarle una confesión a Hiller.

Ella lo vio y lo comprendió.

—Eres más primitivo de lo que había imaginado —conmovida, le pasó un dedo por la mandíbula—. No sabía lo agradable que sería tener a alguien que venciera a los dragones por mí. ¿Quién necesita a un montón de policías cuando te tengo a ti?

—No intentes manipularme.

—No lo hago —la sonrisa abandonó sus ojos y sus labios—. No estamos en posición de llamar a la policía. No podría responder las preguntas que me formularían, ¿no lo ves? Papá tiene que solucionar el asunto del Rembrandt, Adam. Si todo sale a la luz ahora, quedaría seriamente comprometido. Podría ir a la cárcel. Por nada —musitó—, por nada me arriesgaría a eso.

—No irá —afirmó él. Sin importar los hilos que tuviese que mover, se encargaría de que Fairchild permaneciera al margen—. Kirby, ¿crees que tu padre continuaría con lo que sea que esté planeando cuando se entere de lo que ha pasado?

—No podría predecir su reacción —cansada, suspiró y trató de que comprendiera—. Podría destruir el Rembrandt en un ataque de furia. Podría acabar con Stuart con sus propias manos. Es capaz de ello. ¿Qué bien haría algo así, Adam? —el mareo comenzaba a pasar, pero la había dejado débil—. Debemos mantener el secreto un poco más.

—¿A qué te refieres?

—Yo se lo contaré a papá... le diré lo que ha pasado a mi propia manera, para que no se exceda en su reacción. Harriet y Melanie vienen a cenar esta noche. Deberá esperar hasta mañana.

—¿Cómo puede sentarse a cenar con Harriet cuando le ha robado algo? —quiso saber Adam—. ¿Cómo puede hacerle algo así a una amiga?

El dolor atravesó los ojos de Kirby. Los bajó, pero él ya lo había visto.

—No lo sé.

—Lo siento.

—No —movió la cabeza—, no tienes motivo para sentirlo. Has sido maravilloso en todo momento.

—No, no lo he sido —pegó las palmas de las manos contra los ojos.

—Deja que yo juzgue eso. Y concédeme un día más —le tocó las muñecas y esperó hasta que bajó las manos—. Sólo un día más, luego hablaré con papá. Quizá consigamos aclararlo todo.

—Sólo eso, Kirby. No más —también él tenía que reflexionar. Quizá una noche más le daría algunas respuestas—. Mañana le contarás todo a Philip. Si entonces no acepta resolver el asunto del Rembrandt, entraré en juego yo.

Ella titubeó un minuto. Había dicho que confiaba en él. Era verdad.

—De acuerdo.

—Y yo me ocuparé de Hiller.

—No vas a pelearte con él.

—¿No? —divertido, enarcó una ceja.

—Adam, no te quiero ver magullado y ensangrentado. Se acabó.

—Tu confianza en mí es abrumadora.

Con una carcajada, se sentó y lo rodeó con los brazos.

—Mi héroe. Jamás te pondrá una mano encima.

—Perdón, señorita Fairchild.

—Sí, Cards —movió la cabeza y reconoció la presencia del mayordomo en la puerta.

—Parece que una silla se ha abierto camino a través de la ventana de su estudio. Por desgracia, aterrizó en las ziniás de Jamie.

—Sí, lo sé. Supongo que se encuentra bastante molesto.

—Ciertamente, señorita.

—Yo me disculparé, Cards. Quizá un nuevo cortacésped... ¿Te ocuparás de que arreglen la ventana?

—Sí, señorita.

—Y que cambien el radiador por algo del siglo xx —añadió Adam. Observó cómo Cards lo miraba, y luego a Kirby.

—Lo más pronto posible, por favor, Cards.

Con un gesto de asentimiento, el mayordomo se marchó.

—Ya veo de quién recibe órdenes —comentó Adam—. Y ahora, descansa —ordenó.

—Adam, estoy bien.

—¿Quieres que me ponga duro otra vez? —antes de que pudiera contestar, le cubrió la boca con un beso prolongado—. Apaga las baterías durante un rato —murmuró—. Puede que tenga que llamar al doctor, después de todo.

—Chantaje —volvió a besarlo—. Pero quizá si tú descansaras conmigo...  
—Entonces ninguno descansaría —se apartó mientras ella protestaba.  
—Media hora.  
—Perfecto. Volveré.  
Sonrió y dejó que sus ojos se cerraran.  
—Te estaré esperando.

Era demasiado pronto para las estrellas, demasiado tarde para la luz del sol. Desde una ventana en el salón, Adam observaba cómo la puesta de sol mantenía a raya el crepúsculo unos momentos más.

Después de informar a McIntyre del intento de asesinato que había sufrido Kirby, súbitamente se encontró cansado. Medias mentiras, medias verdades. Debía terminar. Decidió que terminaría al día siguiente. Fairchild tendría que ver la razón y él le contaría todo a Kirby. Al infierno McIntyre, el trabajo y todo lo demás. Ella merecía honestidad, junto con todo lo demás que quería ofrecerle.

El horizonte estalló con una luz rosa dorada. Pensó en el Tiziano. Se dijo que Kirby lo entendería. Tenía que entenderlo. Se apartó de la ventana con la intención de ir a comprobar su estado.

Al llegar a su habitación, oyó el agua del grifo. El sonido sencillo y natural de Kirby al tararear mientras preparaba el baño le disolvió la tensión. Pensó en unirse a ella, pero luego recordó lo pálida y cansada que la había visto. Mientras cerraba la puerta a la espalda, se prometió que sería en otra ocasión.

—¿Dónde está esa condenada muchacha? —demandó Fairchild detrás de él—. Ha estado escondiéndose todo el día.

—Toma un baño —informó Adam.

—Más le vale tener una buena explicación, eso es todo lo que tengo que decir —con expresión sombría, alargó la mano hacia el pomo.

Adam bloqueó la puerta de forma automática.

—¿Por qué?

—Mis zapatos —Fairchild lo miró con ojos centelleantes.

Bajó la vista a los pies pequeños enfundados en calcetines.

—No creo que ella los tenga.

—Un hombre se enfunda un traje inhibitor, se ahoga con una ridícula corbata, y luego no tiene zapatos —tiró del nudo alrededor del cuello—. ¿Es eso justicia?

—No. ¿Has probado con Cards?

—Cards no podría meter sus grandes pies británicos en mis zapatos —entonces frunció el ceño y los labios—. Aunque él tenía mi traje.

—Me rindo.

—El hombre es un cleptómano —gruñó Fairchild al marcharse por el pasillo—. Si fuera tú, yo comprobaría mis calzoncillos. Quién sabe qué elegirá a continuación.

Los cócteles se servirán en media hora, Adam. Daos prisa.

Decidiendo que una copa tranquilo sería una excelente idea después del día que había tenido, fue a cambiarse. Se ajustaba el nudo de la corbata cuando Kirby llamó. Abrió sin esperar respuesta, y permaneció adrede un momento en el umbral... con la cabeza hacia atrás, un brazo en alto apoyado contra el marco, el otro en la cadera. El mono ceñido que llevaba se aferraba a cada curva y prescindía por completo de espalda. En sus orejas, unas esmeraldas del tamaño de monedas de cincuenta céntimos captaban la luz con una vívida tonalidad verde. Cinco cadenas de oro colgaban más allá de su cintura.

—Hola, vecino —resplandeciente, fue hacia él.

Adam le alzó el mentón y estudió su cara. Tenía las mejillas maquilladas con un toque de bronce, los labios un poco más oscuros.

—Se te ve mejor.

—Ésa es una pobre excusa para un cumplido.

—¿Cómo te sientes?

—Me sentiría mucho mejor si dejaras de examinarme como si tuviera una rara enfermedad terminal y me besaras como se supone que debes hacer —le rodeó el cuello con los brazos y entornó los párpados.

Le besó los ojos con una ternura que la hizo suspirar. Luego le recorrió las mejillas y la mandíbula.

—Adam... —su nombre fue un susurro cuando los labios le rozaron los suyos. Volvió a sentir la cabeza ligera y un mareo renovado—. Pronto —añadió—. Pero tendremos que esperar, como mínimo, hasta después de la cena. Harriet y Melanie vendrán en cualquier instante.

—Si pudiera elegir, me quedaría a solas contigo en esta habitación y haría el amor hasta el amanecer.

—No me tientes a manchar tu reputación —dio un paso atrás y terminó de arreglarle la corbata—. Desde que le hablé a Harriet de tu ayuda con el Tiziano, decidió que eras lo mejor desde la mantequilla de cacahuete. No querría que cambiara de parecer por hacerte llegar tarde a la cena.

—Entonces, será mejor que nos marchemos ahora. Cinco minutos más a solas contigo, y llegar tarde sería la menor de nuestras preocupaciones —riendo, le enlazó el brazo con el suyo y la sacó de la habitación—. A propósito, han robado los zapatos de tu padre.

Para el observador casual, el grupo del salón habría parecido un puñado de personas elegantes y cosmopolitas. Seguras, amigables, ricas. Mirando más allá del brillo, un ojo más crítico habría podido distinguir la palidez de la piel de Kirby.

Todos parecían relajados menos Adam. Cuanto más se prolongaba la situación, más deseaba haber insistido en que Kirby postergara la cena. Se la veía frágil. Y

cuanta más energía proyectaba, más frágil le parecía. Y conmovedoramente valiente. La devoción que sentía por Harriet era evidente. Adam podía verlo, oírlo. Tal como había dicho Fairchild, cuando amaba, lo hacía por completo. Hasta el pensamiento del Rembrandt debía de estar desgarrándola. En un día, a lo sumo dos, todo habría terminado.

—Adam —Harriet lo tomó del brazo mientras Kirby servía unas copas una vez acabada la cena—. Me encantaría ver el retrato de Kirby.

—En cuanto lo haya terminado, dispondrás de una exposición privada —y hasta que terminaran las reparaciones en la torre, mantendría a todos alejados de allí.

—Supongo que debo conformarme con eso —hizo un mohín, y luego lo perdonó—. Siéntate a mi lado —ordenó y extendió la amplia tela bermellón de su falda sobre el sofá—. Kirby dijo que podía coquetear contigo.

Adam notó que Melanie se ponía de un rosa delicado ante la extravagancia de su madre. Incapaz de resistirse, se llevó la mano de ella a los labios.

—¿Necesito permiso para coquetear contigo?

—Cuida tu corazón, Harriet —advirtió Kirby mientras repartía las copas.

—Ocúpate de tus propias cosas —replicó Harriet—. A propósito, Adam, me gustaría que aceptaras mi collar de dientes de cocodrilo en señal de mi agradecimiento.

—Santo cielo, madre —Melanie bebió un sorbo de *brandy*—. ¿Por qué iba a querer Adam esa cosa espantosa?

—Por sentimiento —respondió sin parpadear—. Adam aceptó dejarme exponer el retrato de Kirby y yo quiero devolverle el favor.

Cuando ella le dedicó una sonrisa inocente, Adam decidió que el ingenio de la mujer era rápido y que Melanie desconocía la afición que su madre compartía con Fairchild. Al estudiar la belleza distante de la hija, supo que jamás reaccionaría como Kirby. Podía tener el amor y el afecto de ellos, pero dentro de ese triángulo se mantenían secretos. Extrañamente satisfecho, comprendió que en ese momento era un rectángulo.

—No tiene por qué llevarlo puesto —continuó Harriet.

—Espero que no —corroboró Melanie, poniendo los ojos en blanco.

—Da buena suerte —Harriet miró a Kirby, y luego apretó el brazo de Adam—. Pero quizá ya tienes toda la suerte que necesitas.

—Quizá mi suerte está empezando.

—Con qué facilidad hablan en acertijos —Kirby se sentó en el reposabrazos del sillón de Melanie—. ¿Por qué no prescindimos de ellos?

—Su halcón va cobrando una forma maravillosa, señor Fairchild —aventuró Rick.

—¡Ajá!

Era todo lo que necesitaba Fairchild. A rebosar de buenos sentimientos, le dedicó a Rick una conferencia exhaustiva sobre el empleo de calibradores.

—Rick está perdido —le susurró Kirby a Melanie—. Papá es implacable con un público cautivo.

—No sabía que el tío Philip esculpía.

—Ni lo menciones —se apresuró a pedir Kirby—. O nunca escaparás —frunció los labios y observó el elegante vestido de color rosa oscuro de su amiga—. Melly, me pregunto si tendrás tiempo de diseñar un vestido para mí.

Sorprendida, Melanie alzó la vista.

—Claro, me encantaría. De hecho, llevo años intentado convencerte, pero tú siempre te has negado a someterte a las pruebas.

Kirby se encogió de hombros. Pensó que un vestido de novia era algo diferente. Sin embargo, no le mencionó sus planes a Adam. Su padre sería el primero en saberlo.

—Por lo general, compro siguiendo un impulso, lo que me guste en el momento.

—Así que debe de tratarse de algo especial —murmuró Melanie.

—Sabes que siempre he admirado tu talento —fue la respuesta esquiva—, lo que pasa es que sabía que carecería de la paciencia para soportar todos los pasos preliminares —rió—. ¿Crees que podrías diseñar un vestido que me hiciera parecer recatada?

—¿Recatada? —intervino Harriet—. Pobre Melanie, tendría que ser hechicera para conseguir eso. Incluso de pequeña con aquel vestido de muselina parecías capaz de enfrentarte a una tribu de comanches. Philip, tienes que prestarme ese cuadro de Kirby para la galería.

—Ya veremos —los ojos le brillaron—. Primero tendrás que ablandarme un poco. Siempre he tenido un profundo cariño por ese cuadro —con un suspiro exagerado, se reclinó con su copa—. Su valor va más allá de lo superficial.

Cuando Harriet y Melanie se levantaron para irse, Kirby luchaba con un fuerte dolor de cabeza. Sabía que se debía a la elevada tensión que había tenido que soportar, pero no quiso reconocerlo. Era capaz de decirse que sólo necesitaba una buena noche de reposo y casi creerlo.

—Kirby —Harriet se pasó el chal de dos metros por los hombros antes de tomar el mentón de la joven en su mano—. Se te ve cansada y un poco pálida. No te veía así desde que tenías trece años y caíste enferma con la gripe. Recuerdo que juraste que nunca más estarías enferma.

—Después de aquel desagradable medicamento que me obligaste a tragar, no podía permitírmelo. Estoy bien —abrazó a Harriet—. Estoy bien, de verdad.

—Mmm —por encima de su cabeza, Harriet miró ceñuda a Fairchild—. Podrías pensar en venirte a Australia. Le daría algo de color a tus mejillas.

—Lo haré. Te quiero.

—Ve a dormir, pequeña —murmuró Harriet.

En cuanto la puerta se cerró, Adam tomó el brazo de Kirby. Sin prestar atención a su padre y a Rich, comenzó a llevarla escaleras arriba.

—Tu lugar está en la cama.

—¿No deberías arrastrarme por el pelo en vez de por el brazo?

—En algún otro momento, cuando mis intenciones sean menos pacíficas —se detuvo delante de la puerta de la habitación de ella—. Te vas a ir a dormir.

—¿Ya te has cansado de mí?

Apenas había terminado de hablar cuando la besó. Se dejó llevar por un momento y liberó todas las necesidades, deseos y amor.

—¿Ves lo cansado que estoy de ti? —la besó otra vez y le tomó la cara entre las manos—. Es evidente lo mucho que me aburres.

—¿Puedo hacer algo? —murmuró, deslizando las manos bajo la chaqueta de Adam.

—Descansa un poco —la sujetó por los hombros—. Ésta es tu última oportunidad de dormir sola.

—¿Voy a dormir sola?

No le resultó fácil resistirse. Quería devorarla, satisfacerla. Quería, por encima de cualquier otra cosa, empezar de cero antes de que volvieran a hacer el amor. Si no hubiera estado tan agotada, le habría contado todo en ese mismo instante.

—Puede que te sorprenda —le comentó con ligereza—, pero no eres la Mujer Maravilla.

—¿En serio?

—Vas a dormir. Mañana —le tomó las manos y su expresión de súbita intensidad la desconcertó—. Mañana, Kirby, vamos a hablar.

—¿Sobre qué?

—Mañana —repitió antes de poder cambiar de parecer—. Ahora descansa —la empujó al interior del dormitorio—. Si mañana no te sientes mejor, te vas a quedar en cama para que te mime.

—¿Lo prometes? —logró preguntar con una última sonrisa perversa.

## XI

Después de ahuecar varias veces la almohada y dar vueltas en la cama durante más de una hora, a Kirby le quedó claro que no iba a poder conseguir el descanso que tanto querían los demás para ella. Su cuerpo estaba exhausto, pero su mente no se relajaba.

El Rembrandt. No podía pensar en otra cosa después de ver a Harriet reír, después de recordar cómo la había cuidado durante la gripe y cómo le había dado esa dulce charla de mujer a mujer siendo una adolescente.

Kirby había sufrido por su propia madre, y aunque ésta había muerto cuando ella era niña, el recuerdo permanecía con perfecta claridad. Harriet no había sido una sustituta. Simplemente había sido Harriet. Sólo por eso ya la quería.

¿Cómo podía dormir?

Irritada, se puso boca arriba y miró el techo. Quizá pudiera aprovechar el insomnio para clasificar todo y darle algo de sentido.

Estaba segura de que su padre no haría nada para dañar a Harriet sin un motivo. ¿Era suficiente causa el ánimo de venganza de Stuart? Tras un momento, decidió que no era lógico.

Harriet había ido a África... eso era lo primero. Habían pasado casi dos semanas después de eso hasta que rompió el compromiso con Stuart. Después, le había contado a su padre las amenazas de chantaje de aquél y su padre no se había mostrado preocupado. Recordó que había afirmado que Stuart no se hallaba en posición de hacer nada.

Entonces, resultaba sensato dar por hecho que ya habían trazado planes para cambiar los cuadros. La venganza quedaba descartada.

En ese caso, ¿por qué?

«No por dinero», pensó. Tampoco por deseo de poseer el cuadro. Ése no era su estilo... mejor que nadie sabía lo que a su padre le inspiraba la codicia. Pero tampoco era su estilo robarle a una amiga.

Si no podía encontrar un motivo, tal vez pudiera localizar el cuadro.

Sin apartar la vista del cuadro, comenzó a repasar todo lo que había dicho su padre. Tantos comentarios ambiguos. Una cosa era clara, seguía en la casa. Escondido con afecto y respeto apropiados.

Bufó disgustada y volvió a darse la vuelta. Con un último golpe a la almohada, cerró los ojos. ¿Qué le estaba diciendo su padre a Adam cuando entró en su estudio la noche después de que cambiaran el Tiziano? Algo... Algo... que la involucraba a ella de forma figurada.

Apretó los ojos con fuerza para concentrarse más.

—¿Qué diablos se suponía que significaba eso? —justo cuando iba a rendirse, la idea se concretó. Abrió los ojos al tiempo que se incorporaba—. ¡Típico de él!

Se puso una bata y abandonó la habitación.

Realizó un recorrido rápido hasta el estudio de su padre, y luego bajó al comedor.

En ningún momento se molestó en encender alguna luz. No quería que nadie saliera a preguntarle qué hacía. Con un trapo, un bote y algunos periódicos, atravesó en silencio la oscuridad. En cuanto llegó al comedor, encendió las luces. Nadie investigaría en la planta baja, salvo Cards. Él jamás la cuestionaría. Trabajó con celeridad.

Extendió los periódicos sobre la mesa del comedor y dejó sobre ellos el bote y el trapo. Luego se volvió hacia su propio retrato.

—Eres demasiado inteligente para tu propio bien, papá —murmuró mientras estudiaba la pintura—. Jamás habría sido capaz de reconocer si se trataba de un duplicado. Sólo hay una manera —en cuanto quitó el cuadro de la pared, lo puso sobre los periódicos—. Su valor va más allá de lo superficial —murmuró, recordando lo que le había dicho a Harriet. Abrió el bote y vertió líquido en el trapo—. Perdóname, papá —susurró.

Con el toque más leve, el toque de una experta, comenzó a quitar capas de pintura en el rincón inferior. Pasaron minutos. Si se equivocaba, quería cometer el menor daño posible. Si acertaba, tenía algo invaluable en las manos. Sea como fuere, no podía precipitarse.

Humedeció el trapo y lo volvió a pasar. La firma florida de su padre desapareció, luego la brillante hierba estival que había debajo, y el imprimador.

Y ahí, donde sólo debería haberse visto el lienzo, apareció un marrón oscuro. Una letra, luego otra. Era todo lo que necesitaba.

—Por todos los ángeles —murmuró—. Yo tenía razón.

Bajo los pies de la niña que había sido estaba la firma de Rembrandt. No avanzaría más. Con el mismo cuidado con el que lo había destapado, cerró la tapa del bote.

—Papá, así que pusiste a Rembrandt a dormir debajo de una copia de mi retrato. Sólo a ti se te habría ocurrido copiarte para lograrlo.

—Muy inteligente.

Giró en redondo y miró hacia la oscuridad que había fuera del comedor. Conocía la voz; no la asustó. Mientras le martilleaba el corazón, las sombras se movieron.

—La inteligencia es un rasgo de la familia, ¿verdad, Kirby?

—Eso me han dicho —trató de sonreír—. Me gustaría explicarlo. Será mejor que salgas de la oscuridad y te sientes. Podría tardar... —calló cuando aceptaron la primera parte de la invitación. Clavó la vista en el cañón de una pistola pequeña. Alzó la vista y se encontró con unos ojos azules, claros y delicados—. Melly, ¿qué está sucediendo?

—Pareces sorprendida. Me alegra —con sonrisa satisfecha, apuntó la pistola a la cabeza de Kirby—. Quizá no eres tan inteligente, después de todo.

—No apuntes eso hacia mí.

—Pienso apuntarlo —bajó el arma a la altura del pecho—. Y haré algo más que apuntar si te mueves.

—Melly —no tenía miedo, aún no. Se sentía confusa, incluso irritada, pero no le tenía miedo a la mujer con la que había crecido—. Guarda esa cosa y siéntate. ¿Qué haces aquí a esta hora de la noche?

—Dos motivos. Primero, ver si lograba dar con algún rastro de la pintura que tan convenientemente has encontrado para mí. Segundo, acabar el trabajo que fracasó esta mañana.

—¿Esta mañana? —dio un paso, pero se paralizó al oír el clic rápido y mortal—. Melly...

—Supongo que debí calcular mal, o ya estarías muerta —la seda rosa susurró cuando se encogió de hombros—. Conozco los pasadizos muy bien. Recuerda que solías arrastrarme por ellos cuando éramos niñas... antes de que entraras con una linterna defectuosa. Fui yo quien cambió las baterías. Jamás te lo conté, ¿verdad? —rió mientras Kirby guardaba silencio—. Recurrí a los pasadizos esta mañana. En cuanto me cercioré de que Adam y tú os habíais centrado en tu cuadro, fui y abrí el gas con la válvula principal... ya había roto el mando de la unidad.

—No puedes hablar en serio —se pasó una mano por el pelo.

—Absolutamente en serio, Kirby.

—¿Por qué?

—Principalmente, por dinero, desde luego.

—¿Dinero? —habría reído, pero comenzaba a sentir un nudo en la garganta—. Tú no necesitas dinero.

—Eres tan presumida —soltó con veneno—. Sí, necesito dinero.

—No quisiste aceptar una pensión de tu ex marido.

—No me dio un céntimo —corrigió Melanie—. Me cortó todo, y como me sorprendió en adulterio, no me hallaba en posición de llevarlo a los tribunales. Me permitió obtener un divorcio discreto para que nuestras reputaciones no sufrieran. Y salvo por un incidente, he sido muy discreta. Stuart y yo siempre hemos sido muy cuidadosos.

—¿Stuart? —se llevó una mano a la sien—. ¿Stuart y tú?

—Somos amantes desde hace tres años —divertida, se acercó, seguida por la fragancia de Chanel—. Era más práctico si fingíamos ser sólo conocidos. Lo convencí de que te pidiera que te casaras con él. Mi herencia casi había desaparecido. Tu dinero habría satisfecho bastante bien nuestros gustos. Y nos habríamos acercado al tío Philip.

Kirby soslayó lo demás y se centró en lo más importante.

—¿Qué quieres de mi padre?

—Me enteré del pequeño juego al que mi madre y él se dedicaron años atrás. No todos los detalles, pero los suficientes para saber que podría utilizarlo si hubiera sido necesario. Pensé que ya era hora de usar el talento de tu padre para mi propio beneficio.

—Hiciste planes para robarle a tu propia madre.

—No seas tan santurrona —la voz sonó fría—. Tu padre la traicionó sin ningún resquemor, y luego hizo lo mismo con nosotros en el trato. Ahora has solucionado ese pequeño misterio para mí —con la mano libre señaló el cuadro—. Debería sentirme agradecida de haber fracasado esta mañana. Aún estaría buscando el cuadro.

—Melly, ¿cómo podrías herirme? Hemos sido amigas toda la vida.

—¿Amigas? —la palabra sonó como una obscenidad—. Te he odiado desde que tengo uso de memoria.

—No...

—Odiado —repitió con frialdad y un timbre de verdad en la voz—. La gente siempre giraba a tu alrededor, los hombres siempre te preferían a ti. Mi propia madre te prefirió a ti.

—Eso no es verdad —culpable, pensó si sería algo tan arraigado. Se preguntó si debería haberlo visto antes—. Melly... —pero al avanzar, Melanie gesticuló con la pistola.

—Melanie, no seas tan rígida y formal... Melanie, ¿dónde está tu sentido del humor? —entrecerró los ojos—. Jamás vino directamente a decirme que tuviera que parecerme más a ti, pero eso era lo que quería.

—Harriet te quiere...

—¿Querer? —cortó con una carcajada—. Me importa un bledo el cariño. No me comprará lo que necesito. Es posible que me hayas arrebatado a mi madre, pero eso ha sido una falta leve. Es mayor los hombres que una y otra vez me quitaste delante de mis narices.

—Jamás te quité a un hombre. Nunca mostré interés alguno en alguien con quien fueras en serio.

—Ha habido docenas —corrigió Melanie—. Sonreirías, dirías algo estúpido y yo quedaba olvidada. Jamás tuviste mi atractivo, pero empleabas ese falso encanto para llevártelos.

—Quizá haya sido amigable con alguien que te interesara —apuntó con rapidez—, pero jamás animé a nadie. Santo cielo, Melly, nunca haría algo para herirte. Te quiero.

—Tu cariño no me sirve para nada. Ya ha cumplido su propósito —sonrió despacio mientras a los ojos de Kirby asomaban las lágrimas—. Mi único pesar es que no te enamoraras de Stuart. Me habría encantado que lo amaras, sabiendo que me prefería a mí... que se casaba contigo sólo porque yo lo quería. Cuando aquella noche fuiste a verlo, estuve a punto de salir del dormitorio sólo por el placer de ver tu cara. Pero... —se encogió de hombros—. Teníamos planes a largo plazo.

—Me has utilizado —musitó cuando ya no pudo negarlo—. Hiciste que Stuart me utilizara.

—Por supuesto. Pero fue un error regresar de Nueva York para pasar el fin de semana con él.

—¿Por qué, Melanie? ¿Por qué has fingido todos estos años?

—Eras útil. Hasta de niña lo sabía. Luego, en París, me abriste puertas, y otra vez lo hiciste en Nueva York. Incluso fue gracias a ti que pasé un año de lujo con Carlyse. Tú no quisiste acostarte ni casarte con él. Yo acepté ambas cosas.

—¿Y eso es todo? —murmuró—. ¿Eso es todo?

—Eso es todo. Ya no eres de utilidad, Kirby. De hecho, eres una molestia. Había planeado tu muerte como una advertencia para el tío Philip, pero ahora se ha convertido en una necesidad.

—¿Cómo he podido conocerte toda la vida y no verlo? ¿Cómo has podido odiarme sin revelarlo?

—Tú dejas que la emoción gobierne tu vida, yo no. Recoge la pintura, Kirby —indicó con el arma—. Y ten cuidado con ella. A Stuart y a mí nos han ofrecido una elevada suma por el cuadro. Como pidas ayuda —añadió—, te pegaré un tiro ahora y desapareceré en los pasadizos antes de que aparezca alguien.

—¿Qué vas a hacer?

—Nos vamos a meter en el pasadizo. Tú vas a sufrir un resbalón serio y partirte el cuello. Yo voy a llevar el cuadro a casa y esperaré la llamada que me cuente lo de tu accidente.

Necesitaba ganar tiempo. Si hubiera despertado a Adam... No, entonces también él estaría ante una pistola.

—Todo el mundo sabe lo que me inspiran los pasadizos.

—Será un misterio. Cuando encuentren el espacio vacío en la pared, sabrán que el Rembrandt fue responsable. Stuart debería ser el primer blanco, pero lleva tres días fuera de la ciudad. Yo quedaré destrozada por la muerte de mi mejor y más querida amiga. Pasaré meses en Europa para recobrarme del dolor de semejante pérdida.

—Lo has tramado todo con mucho detalle —se apoyó en la mesa—. Pero ¿eres capaz de asesinar, Melly? —despacio, cerró los dedos alrededor del bote y comenzó a aflojar la tapa con el dedo pulgar—. Un asesinato cara a cara, no con mando a distancia como el de esta mañana.

—Oh, sí —esbozó una sonrisa hermosa—. Lo prefiero. Me siento mejor sabiendo que estás al corriente de quién te va a matar. Y ahora recoge el cuadro. Ya es hora.

Con un movimiento rápido del brazo, le echó la mezcla de trementina, que cayó sobre el cuello y el vestido de Melanie. Cuando ésta alzó el brazo para protegerse, Kirby se lanzó sobre ella. Juntas rodaron por el suelo, con la pistola pegada entre sus cuerpos.

—¿Qué quieres decir con que Hiller lleva en Nueva York desde ayer? —exigió Adam—. Lo sucedido esta mañana no fue un accidente. Tuvo que cometerlo él.

—Imposible —con pocas palabras, McIntyre desmanteló la teoría de Adam—. Tengo a un hombre vigilándolo. Puedo darte el nombre del hotel donde se aloja. Puedo darte el nombre del restaurante donde ha comido y lo que comió mientras tú tirabas sillas por las ventanas. Tiene una buena coartada, Adam, pero eso no significa que él no lo preparara.

—Maldita sea —bajó el transmisor mientras modificaba sus pensamientos—. No me da buenas sensaciones, Mac. Una cosa es tratar con Hiller, pero otra distinta es si tiene un cómplice o ha contratado a un profesional que le haga el trabajo sucio. Kirby necesita protección, protección oficial. La quiero fuera de esto.

—Me pondré a ello. El Rembrandt...

—Me importa un bledo el Rembrandt —espetó Adam—. Pero lo tendré en mis manos mañana, aunque para ello tenga que colgar a Fairchild de los dedos pulgares.

McIntyre soltó un suspiro de alivio.

—Eso está mejor. Me ponías nervioso al pensar que estabas enganchado de su hija.

—Estoy enganchado de su hija —corroboró—. Así que será mejor que arregles que... —oyó el disparo. Agudo y claro. No paró de reverberar por su cabeza—. ¡Kirby! —no pensó en otra cosa al soltar el transmisor abierto al suelo y emprender la carrera.

Gritó su nombre otra vez al bajar las escaleras a toda velocidad. Pero la única respuesta que obtuvo fue el silencio. Llamó mientras recorría como un loco el laberinto de habitaciones de la planta baja, pero ella no le respondió. Casi ciego por el terror, continuó la carrera, encendiendo luces a medida que iba de un sitio a otro, hasta que la casa quedó iluminada como para una celebración. Al entrar en el salón, estuvo a punto de caer sobre las dos figuras que había en el suelo.

—¡Oh, Dios mío!

—¡La he matado! ¡Oh, Dios, Adam, ayúdame! ¡Creo que la he matado! —con lágrimas en la cara, apretó una servilleta de algodón empapada de sangre contra el costado de Melanie. La mancha se extendió por el vestido de seda rosa y hacia la mano de Kirby.

—Mantén firme la presión —no hizo preguntas y agarró varias servilletas del bufé que había detrás de él. Apartó a Kirby a un lado y tanteó en busca de pulso—. ¡Está viva! —pegó más servilletas contra el costado de Melanie—. Kirby...

Antes de que pudiera volver a hablar, imperó el caos. El resto de la casa entró en el salón desde todas las direcciones. Polly soltó un chillido interminable.

—Llame a una ambulancia —le ordenó Adam a Cards en el instante en que el mayordomo giraba para hacerlo—. Cállela o sáquela de aquí —le dijo a Rich, indicando a Polly.

Recobrándose con rapidez, Fairchild se arrodilló junto a su hija y a la hija de su mejor amiga.

—Kirby, ¿qué ha pasado aquí?

—Intenté quitarle la pistola —luchó por respirar mientras contemplaba la sangre en sus manos—. Nos caímos. Yo no... Papá, ni siquiera sé cuál de las dos apretó el gatillo. Oh, Dios, ni siquiera lo sé.

—¿Melanie tenía una pistola? —firme como una roca, Fairchild aferró los hombros de Kirby y la volvió hacia él—. ¿Por qué?

—Me odia —la voz le tembló; luego se afirmó al mirar la cara de su padre—. Siempre me ha odiado, y yo nunca lo supe. Era el Rembrandt, papá. Ella lo ha planeado todo.

—¿Melanie? —miró más allá de su hija, hacia la figura inconsciente que había en el suelo—. Ella estaba detrás —guardó silencio, sólo un momento—. ¿Es grave la herida, Adam?

—No lo sé, maldita sea. Soy artista, no médico —había furia en sus ojos y sangre en sus manos—. Podría haber sido Kirby.

—Sí, tienes razón —los dedos de Fairchild se apretaron sobre los hombros de su hija—. Tienes razón.

—Encontré el Rembrandt —murmuró Kirby. Se obligó a pensar y a hablar con claridad.

Fairchild miró el espacio vacío en la pared, y luego la mesa donde estaba el cuadro.

—Así es.

Con un chasquido de la lengua, Tulip hizo a un lado a Fairchild y tomó a Kirby del brazo. Sin hacer caso de nadie más, la puso de pie.

—Ven conmigo, cariño. Ahora ven conmigo, eso es.

Sintiéndose impotente, Adam observó cómo se la llevaba mientras él luchaba por detener la hemorragia.

—Será mejor que tengas una explicación condenadamente buena —soltó entre dientes cuando miró a Fairchild.

—Las explicaciones no parecen ser suficientes en este punto —susurró. Muy lentamente, se puso de pie. El sonido de las sirenas atravesó la quietud—. Llamaré a Harriet.

Pasó casi una hora hasta que Adam pudo lavarse la sangre de las manos. Aún inconsciente, Melanie iba de camino al hospital. En ese momento, su único pensamiento era para Kirby, y salió de su habitación con el fin de encontrarla. Al llegar al rellano de la escalera, se encontró con una discusión. Aunque los gritos eran unilaterales, el ruido vibró a través del recibidor.

—¡Quiero ver a Adam Haines y quiero verlo de inmediato!

—¿Imponiéndote, Mac? —avanzó hasta situarse al lado de Cards.

—Adam, gracias a Dios —el hombre pequeño y hosco con la cara cuadrada y los ojos encantadores se pasó una mano por el pelo revuelto—. No sabía qué te había pasado. Dile a esta pared que se haga a un lado, ¿quieres?

—Está bien, Cards —recibió una mirada carente de expresión—. No es un reportero. Lo conozco.

—Muy bien, señor.

—¿Qué diablos está pasando? —exigió saber McIntyre cuando Cards se marchó por el pasillo—. ¿A quién acaban de llevarse en ambulancia? Maldita sea, pensé que podías ser tú. Lo último que supe fue que gritabas y que cortabas la transmisión.

—Ha sido una noche dura —apoyó una mano en el hombro del otro y lo condujo al salón—. Necesito una copa —fue directamente al bar, se sirvió una, se la bebió y se sirvió otra—. Bebe, Mac —invitó—. Esto tiene que ser mejor que lo que has estado comprando en esa habitación de motel. Philip —continuó cuando Fairchild entró en la estancia—, imagino que no le vendría mal una copa.

—Sí —con un gesto de reconocimiento hacia McIntyre y sin hacer una sola pregunta, aceptó la copa que le ofreció Adam.

—Será mejor que nos sentemos. Philip Fairchild —añadió cuando Philip se sentó—, Henry McIntyre, investigador de la empresa de seguros Commonwealth.

—Ah, señor McIntyre —se bebió la mitad del *whisky* de un trago—. Tenemos mucho de qué hablar. Pero, primero, Adam, satisface mi curiosidad. ¿Cómo te viste envuelto en la investigación?

—No es la primera vez que he trabajado para Mac, pero sí la última —miró a McIntyre con una mirada serena y acerada—. Pero todo se reduce a que somos primos —agregó—. Primos segundos.

—Parientes —Fairchild sonrió con gesto de comprensión y le dedicó a McIntyre una sonrisa encantadora.

—Sabías por qué estaba aquí —indicó Adam—. ¿Por qué?

—Bueno, Adam, muchacho, no tiene nada que ver con tu inteligencia —se acabó el resto del *whisky*, y luego se incorporó para rellenar su copa—. Esperaba que viniera alguien. Tú fuiste el único en aparecer —volvió a sentarse con un suspiro—. Así de simple.

—¿Esperabas?

—¿Quiere decirme alguien quién iba en la ambulancia? —intervino McIntyre.

—Melanie Burgess —Fairchild clavó la vista en el *whisky*—. Melly —sabía que dolería durante mucho tiempo. Por sí mismo, por Harriet y por Kirby. Era mejor empezar a aceptarlo—. Recibió un disparo cuando Kirby intentó quitarle la pistola... la misma con la que apuntaba a mi hija.

—Melanie Burgess —musitó McIntyre—. Encaja con la información que recibí hoy. Información —añadió en dirección a Adam— que iba a darte cuando cortaste la transmisión. Me gustaría conocer toda la historia desde el principio, señor Fairchild. Doy por hecho que la policía está de camino.

—Sí, no hay modo de esquivar eso —bebió *whisky* y deliberó cómo llevar las cosas. Entonces vio que ya no tenía la atención de McIntyre, quien miraba hacia la puerta.

Vestida con unos vaqueros y una blusa blanca, Kirby se hallaba justo en la entrada. Estaba pálida, pero sus ojos se veían oscuros. Lo primero que notó McIntyre fue que era hermosa. Lo segundo, que se trataba de una mujer que podía vaciar la mente de un hombre del mismo modo en que una persona sedienta vacía una botella.

—Kirby —Adam se puso de pie y cruzó la estancia—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Melanie?

—Los enfermeros se ocuparon de todo. Me dio la impresión de que la herida no era tan mala como parecía. Ve a descansar —murmuró—. Olvida todo por un rato.

—No —movió la cabeza y logró esbozar una sonrisa débil—. Estoy bien, de verdad. Aunque no diría que no a otra copa. La policía querrá interrogarme —miró a McIntyre. No lo preguntó, pero dio por hecho que estaba con la policía—. ¿Necesita hablar conmigo?

No fue hasta entonces que él se dio cuenta de que la había estado mirando fijamente. McIntyre carraspeó y se puso de pie.

—Primero me gustaría oír la historia de su padre, señorita Fairchild.

—¿No nos gustaría a todos? —luchando por encontrar algo de equilibrio, se acercó al sillón de su padre—. ¿Vas a quedar limpio, papá, o debería contratar a un abogado?

—Es innecesario, querida —le tomó la mano y la retuvo—. El comienzo —continuó con una sonrisa hacia McIntyre—. Supongo que empezó unos días antes de que Harriet se fuera a África. Es una mujer distraída. Una noche tuvo que regresar a la galería en busca de unos papeles que había olvidado. Al ver la luz en el despacho de Stuart, se dirigió hacia allí con la intención de reprenderlo por trabajar hasta tarde. A cambio, escuchó una conversación telefónica que mantenía y descubrió los planes que tenía para robar el Rembrandt. Distraída pero astuta, se marchó y dejó que Stuart creyera que nadie estaba al corriente de lo que planeaba —sonrió y apretó la mano de Kirby—. Mujer inteligente, fue directamente a ver a un amigo conocido por su lealtad y mente aguda.

—Papá —con una risa de alivio, se inclinó y le dio un beso en la cabeza—. Debería haber imaginado que estabais juntos en esto.

—Trazamos un plan. Quizá imprudentemente, decidimos mantener a Kirby al margen —la miró—. ¿Debería disculparme?

—Nunca.

—La relación de Kirby con Stuart nos ayudó a tomar esa decisión. Y su esporádica miopía. Es decir, cuando no está de acuerdo con mi punto de vista.

—Creo que voy a aceptar esas disculpas.

—Sea como fuere —se levantó y se puso a recorrer la estancia con las manos unidas a la espalda—, Harriet y yo sabíamos que Stuart no era capaz de tramar y

ejecutar un robo de esa envergadura él solo. Harriet desconocía con quién había podido estar hablando por teléfono, pero se había mencionado mi nombre. Stuart había dicho que me tantearía para averiguar si produciría una copia de la pintura —su rostro mostró líneas irritadas—. Desconozco por qué habría pensado que un hombre como yo haría algo tan bajo, tan deshonesto.

—Increíble —murmuró Adam, y se ganó una sonrisa deslumbrante tanto de padre como de hija.

—Decidimos que aceptaría, después de regatear un poco. Entonces tendría el original en mi posesión mientras le daba la copia a Stuart. Tarde o temprano, su cómplice se vería obligado a descubrirse para tratar de recuperarlo. Mientras tanto, Harriet informó del robo, pero se negó a solicitar una reclamación. A cambio exigió que la compañía de seguros actuara con discreción. A regañadientes lo informó de sus sospechas de que yo estaba involucrado en el asunto, garantizando de esa manera que la investigación se centrara en mí y, por asociación, en Stuart y su cómplice. Yo oculté el Rembrandt debajo de una copia de un cuadro de mi hija, cuyo original está a resguardo en mi habitación. Soy un sentimental.

—¿Por qué la señora Merrick no le contó simplemente a la policía y a la compañía de seguros la verdad? —quiso saber McIntyre después de haber escuchado la explicación.

—Podrían haberse precipitado en sus actuaciones. No se ofenda —añadió Fairchild con indulgencia—. Habrían atrapado a Stuart, pero lo más probable es que su cómplice hubiera escapado. Y he de confesar que la intriga nos seducía a los dos. Resultaba irresistible. Querrá corroborar mi historia, desde luego.

—Desde luego —convino McIntyre.

—Habríamos actuado de forma diferente de haber sabido que Melanie estaba involucrada. Va a ser difícil para Harriet —callando, le dedicó una larga mirada a McIntyre que de pronto fue muy seria—. Sea delicado con ella. Sea delicado. Quizá nuestros métodos le parezcan poco ortodoxos, pero es una madre que esta noche ha sufrido dos indecibles conmociones: la traición de su hija y la posibilidad de perder a su única hija —pasó una mano por el pelo de Kirby al detenerse junto a ella—. Sin importar lo profundo de la herida, el amor permanece, ¿verdad, Kirby?

—Lo único que siento yo es el vacío —murmuró—. Me odiaba, y creo, de verdad creo, que me quería más muerta que lo que deseaba el cuadro. Me pregunto... me pregunto cuánta culpa recae en mí.

—No puedes culparte por ser como eres, Kirby —Fairchild le tomó la barbilla—. No puedes culpar a un árbol por ir hacia el sol o a otro por descomponerse por dentro. Tomamos nuestras propias decisiones y somos responsables de ellas. La culpa y el mérito corresponden al individuo. No tienes derecho a reclamar ninguna de las dos de otra persona.

—No dejarás que cubra el dolor con la culpa —respiró hondo, se puso de pie y le dio un beso en la mejilla—. Tendré que enfrentarme a ello —sin pensarlo, extendió

una mano hacia Adam antes de volverse hacia McIntyre—. ¿Necesita una declaración mía?

—No, los disparos no entran en mi jurisdicción, señorita Fairchild. Sólo el Rembrandt —se terminó el *whisky* y se levantó—. Tendré que llevármelo, señor Fairchild.

—Es perfectamente comprensible —aceptó Philip con un gesto de amplia cortesía.

—Agradezco su cooperación —si es que podía llamarlo así. Con una sonrisa cansada, se volvió hacia Adam—. No te preocupes, no he olvidado tus condiciones. Si todo es tal como ha dicho, podré mantenerlos oficialmente fuera de esto, tal como acordamos el otro día. Tu parte del trabajo ha terminado, y, en términos generales, la has desempeñado muy bien. De modo que lamentaré si hablas en serio acerca de no volver a trabajar más para mí. Has recuperado el Rembrandt, Adam. Ahora es mi turno para desenmarañar la burocracia.

—¿Trabajo? —helada, Kirby se dio la vuelta. Aún tenía la mano enlazada con la de Adam, pero se sentía tan embotada, que lentamente la apartó—. ¿Trabajo? —repitió.

«Ahora no», pensó él con frustración, mientras buscaba las palabras que habría empleado sólo unas horas más tarde.

—Kirby...

Con la fuerza de que aún disponía y la amargura que sentía, lo abofeteó.

—Canalla —susurró. Huyó a la carrera.

—Maldito seas, Mac —fue tras ella.

## XII

La alcanzó justo cuando iba a encerrarse de un portazo en su dormitorio. Empujó con el hombro y entró. Durante un momento, sólo se miraron.

—Kirby, deja que te lo explique.

—No —la expresión herida había dejado paso a una furia glacial—. Lárgate. Por completo, Adam... de mi casa y de mi vida.

—No puedo —la tomó por los hombros, pero ella le dedicó una mirada tan fría y airada, que la soltó—. Kirby, sé lo que has estado pensando. Yo quiero...

—¿Sí? —le costó no alzar la voz—. De todos modos, voy a decírtelo, para que podamos dejar las cosas bien arregladas —lo miró porque se negaba a darle la espalda al dolor o a la traición—. Pienso que jamás he detestado a alguien como te detesto a ti en este momento. Pienso que Stuart y Melanie podrían tomar lecciones de ti sobre cómo utilizar a la gente. Pienso en lo ingenua que he sido, en lo estúpida, por haber creído que había algo especial en ti, algo estable y honesto. Y me pregunto cómo he podido hacer el amor contigo y no haberlo visto nunca. Aunque tampoco lo vi en Melanie. La quise y confié en ella —las lágrimas le quemaron los ojos, pero las ignoró—. Te quise y confié en ti.

—Kirby...

—No me toques —retrocedió—. No quiero volver a sentir jamás tus manos en mí —como quería llorar, rió, y el sonido fue tan afilado como un cuchillo—. Siempre he admirado a un buen mentiroso, Adam, pero tú eres el mejor. Cada vez que me tocabas, mentías. Te prostituiste en esa cama —quiso arrojarle sobre ella y llorar hasta quedar vacía. Se irguió como una flecha—. Yaciste a mi lado y dijiste todo lo que quería oír. ¿Recibes puntos adicionales por eso, Adam? Sin duda algo así fue más allá del deber.

—No sigas —ya había tenido suficiente de su expresión fría y de sus palabras frías—. Sabes que ahí no hubo ninguna deshonestidad. Lo que pasó entre nosotros no tuvo nada que ver con lo demás.

—Tiene que ver todo.

—No —aceptaría cualquier cosa que ella le arrojara, pero no eso. Tenía que saber que le había cambiado la vida—. Jamás debería haberte tocado, pero no pude contenerme. Te deseé. Te necesité. Debes creerlo.

—Te diré lo que creo —musitó—. Viniste aquí por el Rembrandt, y tu intención era encontrarlo sin importar a quién o qué tuvieras que pisar. Mi padre y yo fuimos los medios para un fin. Ni menos ni más.

Entre ellos ya no podía haber mentiras.

—Vine por el Rembrandt. Cuando entré en esta casa, sólo tenía una prioridad, encontrarlo. Pero entonces no te conocía. Entonces no me había enamorado de ti.

—¿Es ésta la parte en la que afirmas que todo cambió? —exigió con furia—. ¿Esperamos los violines? —se apoyó en la cama—. Inventa algo mejor, Adam.

Recordó la advertencia de su padre de que Kirby podía ser cruel.

—No puedo inventar nada mejor que la verdad.

—¿La verdad? ¿Qué diablos sabes sobre la verdad? —tenía los ojos húmedos—. En esta misma habitación yo te conté todo, todo lo que sabía sobre mi padre. Te confié su bienestar, lo más importante en mi vida. ¿Dónde estaba tu verdad entonces?

—Tenía un compromiso. ¿Crees que me resultó fácil escucharte, sabiendo que no podía ofrecerte lo que tú me ofrecías a mí?

—Sí —respondió con absoluta calma—. Sí, creo que fue algo rutinario para ti. Si me lo hubieras contado aquella noche, o al día siguiente, tal vez te habría podido creer. Si lo hubiera oído de tus labios, quizá te habría podido perdonar.

—Te lo iba a contar todo, de principio a fin, mañana.

—¿Mañana? —asintió despacio—. Los mañanas son muy convenientes. Es una pena que casi nunca lleguen.

—Lo siento, Kirby. Si hubiera corrido el riesgo de contártelo esta mañana, habría sido diferente para todos nosotros.

—¡No quiero tus disculpas! —las lágrimas la vencieron y comenzaron a caer. Había sacrificado todo lo demás, y en ese momento hasta perdía su orgullo—. Creí haber encontrado al hombre con quien poder compartir mi vida. Me enamoré de ti en un instante. Sin preguntas, sin dudas. Creí todo lo que me dijiste. Te di todo lo que tenía. En mi vida jamás he permitido que nadie me conociera como tú. Te confié todo lo que soy y tú me utilizaste.

Ni siquiera podía negárselo a sí mismo. La había utilizado, tal como Stuart la había utilizado. Como Melanie la había utilizado. Amarla no cambiaba ese hecho, aunque esperaba que marcara todas las diferencias.

—Kirby —con un acto supremo de voluntad, se obligó a no ir a consolarla—. No hay nada que puedas decirme que ya no me haya dicho yo. Vine a hacer un trabajo, pero me enamoré de ti. Yo tampoco recibí advertencia previa. Sé que te he herido. No hay nada que pueda hacer para dar marcha atrás al reloj.

—¿Esperas que caiga en tus brazos? ¿Esperas que diga que sólo importamos nosotros? —se volvió, y aunque aún tenía las mejillas húmedas, los ojos se le habían secado—. Todo importa —aseveró—. Tu trabajo ha terminado aquí, Adam. Has recuperado el Rembrandt. Llévatelo, te lo has ganado.

—No vas a expulsarme de tu vida.

—Lo has hecho tú por mí.

—No —la furia y la frustración se apoderaron de él, de modo que la aferró de un brazo y la obligó a mirarlo—. No, tendrás que adaptarte a cómo son las cosas, porque

voy a volver. Puedes hacerme sufrir. Por Dios, puedes hacerlo. Te concedo eso, Kirby, pero volveré.

Antes de que la furia lo empujara demasiado lejos, giró en redondo y la dejó sola. Fairchild lo esperaba, sentado con calma en el salón, junto al fuego.

—Pensé que necesitarías eso —sin levantarse, indicó la copa de *whisky* que había en la mesa junto a él. Esperó hasta que Adam se la bebió. No hacía falta que le contara lo que había sucedido entre los dos—. Lo siento. Está dolida. Quizá con el tiempo las heridas cierren y sea capaz de escuchar.

Los nudillos de Adam se pusieron blancos en torno a la copa.

—Es lo que le dije, pero no lo creí. La traicioné —bajó la vista y miró al hombre mayor—. Y a ti.

—Hiciste lo que tenías que hacer. Tenías que desempeñar tu papel —extendió las manos sobre las rodillas, pensando en su propio papel—. Lo habría aceptado, Adam. Es fuerte. Pero hasta Kirby tiene un punto de ruptura. Melanie... Fue muy pronto después de lo de Melanie.

—No me deja consolarla —fue la angustia lo que lo impulsó a mirar por la ventana—. Parece tan herida, y mi presencia aquí se lo hace más difícil. Me marcharé en cuanto haga las maletas —giró la cabeza y observó al hombre pequeño—. La amo, Philip.

En silencio, Fairchild lo observó marcharse. Por primera vez en seis décadas, se sintió viejo. Viejo y cansado. Suspiró, se levantó y fue junto a su hija.

La encontró acurrucada en la cama, con la cabeza entre las piernas y los brazos. Cuando se sentó al lado de ella, levantó la cabeza. Despacio, mientras le acariciaba el pelo, se relajó.

—¿Dejamos algunas vez de quedar como tontos, papá?

—Tú nunca lo has sido.

—Oh, sí, sí, al parecer lo he sido. He perdido nuestra apuesta. Imagino que vas a abrir la caja de cigarros que has estado reservando.

—Creo que podemos tomar en consideración las circunstancias atenuantes.

—Eres muy generoso —intentó sonreír y falló—. ¿No vas a ir al hospital para estar con Harriet?

—Sí, por supuesto.

—Será mejor que vayas, entonces. Ella te necesita.

La mano fina y huesuda siguió acariciándole el pelo.

—¿Y tú no?

—Oh, papá —las lágrimas se desbordaron cuando se refugió en sus brazos.

Kirby siguió a Cards a la planta baja mientras llevaba las maletas. En la semana transcurrida desde el descubrimiento del Rembrandt, le había resultado imposible calmarse. No encontraba consuelo en el arte ni en casa. Todo allí contenía recuerdos

con los que ya no podía enfrentarse. Dormía poco y comía menos. Sabía que empezaba a perder el contacto con la persona que era, por lo que hizo planes para forzarse a regresar.

Abrió la puerta para Cards y contempló la mañana luminosa. Hizo que deseara llorar.

—No sé por qué una persona sensata se levantaría a estas horas para conducir al yermo.

Kirby desterró la lóbreguez que la embargaba y giró para ver bajar a su padre enfundado en su vieja bata y descalzo. Tenía tieso el poco pelo que le quedaba.

—El ave que madruga evita el moho —lo informó—. Quiero llegar al albergue y acomodarme. ¿Un café?

—No mientras esté dormido —musitó mientras ella lo abrazaba—. No sé qué se te ha metido en la cabeza para marcharte a esa choza en el Himalaya.

—Es una cabaña muy cómoda que tiene Harriet en las Adirondacks, a treinta kilómetros de Lake Placid.

—Olvida esas nimiedades. Estarás sola.

—Ya he estado sola antes —le recordó—. Estás molesto porque durante unas semanas sólo podrás gritarle a Cards.

—Él jamás me devuelve los gritos —pero incluso mientras gruñía, estudiaba la cara de su hija. Los ojos todavía seguían con círculos oscuros y la pérdida de peso era demasiado aparente—. Tulip debería ir contigo. Alguien tiene que obligarte a comer.

—Lo haré yo. El aire de montaña debería abrirme el apetito —le tocó la mejilla—. No te preocupes, papá.

—Estoy preocupado —la tomó de los hombros—. Por primera vez en tu vida, me causas auténtica preocupación. Kirby —le tomó el rostro entre las manos—. Tienes que hablar con Adam.

—¡No! —la palabra salió con vehemencia. Se obligó a calmarse—. Le he dicho todo lo que quería decirle. Necesito tiempo y un poco de soledad, eso es todo.

—¿Huyes, Kirby?

—Lo más rápidamente que puedo. Papá, Rich volvió a declararse antes de irse.

—¿Y eso qué diablos tiene que ver? —demandó—. Siempre se declara antes de irse.

—Estuve a punto de decirle que sí —alzó las manos para tomar las de su padre, deseando que lo entendiera—. Estuve a punto de decirle que sí porque parecía una salida fácil. Habría arruinado su vida.

—¿Y la tuya?

—Tengo que volver a recomponerla. Papá, estaré bien. Es Harriet quien te necesita ahora.

—Melanie se irá a Europa cuando se haya recuperado del todo.

—Lo sé —Kirby trató de no pensar en la pistola o en el odio—. Harriet me lo contó. Nos necesitará a los dos cuando Melly no esté. Si no puedo ayudarme a mí

misma, ¿cómo podré ayudar a Harriet?

—Melanie no quiere ver a Harriet. La muchacha se está destruyendo con el odio —miró a su hija, su orgullo, su tesoro—. Cuanto antes salga del hospital y antes esté a miles de kilómetros, mejor será para todos.

—Todos necesitamos tiempo —murmuró, abrazándolo con fuerza un momento. Al apartarse, sonreía. No pensaba dejarlo con lágrimas en los ojos—. Me enclaustraré en el yermo y esculpiré mientras tú sigues aporreando a tu halcón.

—Una lengua tan perversa en una cara tan bonita.

—Esa obsesión con la escultura —comenzó, observándolo con atención—. No se te habrá pasado por la cabeza intentar una emulación de Rodin o Cellini, ¿verdad?

—Haces demasiadas preguntas —se quejó al empujarla hacia la puerta—. El día se va, será mejor que te pongas en marcha. No te olvides de escribir.

Se detuvo en el porche y se volvió.

—Tardarás años —decidió—. Si es que alguna vez adquieres el talento. Adelante, ve a jugar con tu halcón —le dio un beso en la frente—. Te quiero, papá.

Con una amplia sonrisa, se despidió agitando la mano. Cuando se perdió de vista, fue directamente al teléfono.

El bosque siempre la había atraído. A mediados de otoño, la vida gritaba en él. El estallido de colores era la última fiesta antes de que los árboles entraran en su ciclo final. Era un orden que Kirby aceptaba... nacimiento, desarrollo, decadencia, renacimiento. No obstante, después de tres días sola, no había encontrado la serenidad.

Casi se había reconciliado con sus sentimientos hacia Melanie. Su amiga de la infancia estaba enferma, había estado enferma durante mucho tiempo, y quizá jamás se recobrara. No había sido una traición, así como el cáncer tampoco lo era. Pero era una malignidad que debía extirpar de su vida. Casi lo había aceptado, tanto por el bien de Melanie como del suyo propio.

Sin embargo, aún debía reconciliarse con Adam. Él no tenía una enfermedad ni una vida de resentimiento que la alimentara. Simplemente, había tenido un trabajo. Y eso le resultaba demasiado frío para aceptar.

Se sentó y recogió una pieza de madera informe. Ésa iba a ser su *Pasión*. Quizá más que nunca, necesitaba darle forma a esa emoción.

Reinaba el silencio mientras exploraba la sensación y la vida de la madera que sostenía en las manos. Pensó en Adam, en las noches, los contactos, los sabores. Dolía. La pasión podía doler. Utilizándola, comenzó a trabajar.

Pasó una hora. Sólo lo notó cuando se le entumecieron los dedos. Con un suspiro, dejó la madera y los estiró. La sanación había comenzado. Ya podía estar segura.

—Es un comienzo —murmuró para sí misma—. Es un comienzo.

—Es la *Pasión*. Ya puedo verlo.

El cuchillo se le escurrió de los dedos y cayó sobre la mesa mientras giraba en redondo. Del otro lado de la habitación, sentado en un viejo sillón orejero, vio a Adam. Estuvo a punto de correr hacia él antes de obligarse a detenerse. Se lo veía igual, igual. Pero nada lo era. No debía olvidarlo.

—¿Cómo has entrado?

Captó el hielo en su voz. Pero le había visto los ojos. En ese instante, le había revelado todo lo que él había anhelado. No obstante, sabía que no podía precipitarla.

—La puerta no estaba cerrada —se puso de pie y fue hasta ella—. Entré para esperarte, pero cuando te vi llegar, irradiabas tanta intensidad, que no quise perturbar tu trabajo —tomó la pieza de madera y le dio la vuelta. Pensó que quemaba—. Asombroso —susurró—. Es asombroso el poder que tienes —con cuidado, volvió a depositarla en la mesa, pero la estudió con ojos muy intensos—. ¿Qué diablos has estado haciendo? ¿Morirte de hambre?

—No seas ridículo —se incorporó y se alejó de él, aunque no sabía adónde ir.

Adam se metió las manos en los bolsillos y osciló sobre los talones.

—Es una cabaña acogedora. Todo lo que Harriet dijo que sería —volvió a mirarla y sonrió—. Aislada, coqueta, encantadora.

Ella enarcó una ceja.

—¿Has hablado con Harriet?

—Le llevé tu retrato a la galería.

La emoción apareció en sus ojos y desapareció. Recogió un pequeño pelícano de metal y lo acarició con gesto distraído.

—¿Mi retrato?

—Le prometí que podría exponerlo cuando lo acabara —observó los dedos nerviosos recorrer el latón—. No fue difícil acabarlo sin ti. Allí donde miraba te veía.

Con rapidez se volvió para ir hacia la pared frontal. Era toda de cristal, abierta al bosque. Nadie podía sentirse atrapado con esa vista. Kirby se aferró a ella.

—Harriet lo está pasando mal.

—La tensión se refleja un poco —«tanto en ella como en ti», pensó—. Creo que es mejor para ella que Melanie no la vea en este punto. Con Stuart fuera del camino, la galería la mantiene ocupada —clavó la vista en su espalda—. ¿Por qué no presentas cargos, Kirby?

—¿Con qué fin? —replicó. Dejó la pieza de latón—. Tanto Stuart como Melanie han caído en desgracia, desterrados de la élite que tanto significa para ellos. La publicidad ha sido horrible. No tienen dinero ni reputación. ¿No es castigo suficiente?

—Melanie trató de matarte. Dos veces —furioso de repente por el tono sereno, fue hasta ella y la obligó a volverse—. ¡Maldita sea, te quería muerta!

—Fue ella quien estuvo a punto de morir —dio un paso atrás—. La policía tiene que aceptar mi historia de que el arma se disparó por accidente, aunque los demás no

tengan por qué hacerlo. Podría haber enviado a Melly a la cárcel. ¿No me sentiría vengada viendo sufrir a Harriet?

Adam contuvo la impaciencia.

—Está preocupada por ti.

—¿Harriet? —se encogió de hombros—. No es necesario. Cuando la veas, dile que me encuentro bien.

—Podrás hacerlo tú misma cuando volvamos.

—Aún voy a quedarme aquí cierto tiempo.

—Perfecto. No tengo nada mejor que hacer.

—No era una invitación.

—Harriet ya me ofreció una —repuso con despreocupación. Le dio otro vistazo a la habitación mientras ella echaba chispas—. El lugar parece bastante grande para dos.

—Ahí es donde te equivocas, pero no dejes que te estropee los planes —se dirigió a las escaleras. Antes de haber avanzado metro y medio, los dedos de él la inmovilizaron por el brazo, enfureciéndola.

—No pensarás realmente que te voy a dejar marchar, ¿verdad? Kirby, me decepcionas.

—Tú *no* tienes potestad para permitirme hacer algo, Adam. O para impedírmelo.

—Sólo cuando es necesario —mientras estaba rígida, apoyó las manos en sus hombros—. Esta vez vas a escucharme. Y lo harás dentro de un minuto.

Apoyó los labios sobre su boca tal como lo había necesitado durante semanas. Ella no se resistió. Ni respondió. La sintió luchar contra la necesidad de hacer ambas cosas. Sabía que podía presionarla y que cedería. Pero entonces quizá jamás la tuviera. Despacio, sus miradas se encontraron y él se irguió.

—Ya casi has terminado de hacerme sufrir —murmuró—. He pagado, Kirby, en cada momento que no he estado contigo, en todas las noches que no has estado a mi lado. ¿Cuándo vas a dejar de castigarme?

—No quiero castigarte —era la verdad. Ya lo había perdonado. En esa ocasión, cuando retrocedió, no la detuvo—. Sé que nos separamos mal. Quizá sería mejor si reconociéramos que los dos hemos cometido un error y lo dejáramos ahí. Comprendo que hiciste lo que tenías que hacer. Yo siempre he hecho lo mismo. Es hora de que siga adelante con mi vida y tú con la tuya.

Él experimentó un rápido hormigueo de pánico. La veía demasiado serena. Quería emoción de ella, de cualquier clase que deseara dar.

—¿Qué clase de vida tendríamos sin el otro?

Ninguna. Pero movió la cabeza.

—He dicho que cometimos un error...

—¿Y ahora vas a decirme que no me amas?

Lo miró a los ojos y abrió la boca. Sintió que flojeaba.

—No, no te amo, Adam. Lo siento.

Había estado a punto de destrozarlo. Si no hubiera apartado la vista en el último instante, todo habría acabado para él.

—Creía que podrías mentir mejor —con un movimiento, cerró la distancia que los separaba. La rodeó con los brazos, firmes, seguros. Nada había cambiado—. Te he dado dos semanas, Kirby. Tal vez debería darte más tiempo, pero no puedo —enterró la cara en su cabello mientras ella cerraba los ojos.

Recordó que se había equivocado en muchas cosas. ¿Podría ser verdadero eso?

—Adam, por favor...

—No, basta. Te amo —la apartó y apenas contuvo el deseo de sacudirla—. Te amo y vas a tener que acostumbrarte. Eso no va a cambiar.

Cerró la mano antes de ceder y acariciarle la mejilla.

—Creo que vuelves a ponerte pomposo.

—Entonces, también tendrás que acostumbrarte a eso, Kirby... —le enmarcó el rostro con las manos—. ¿De cuántas maneras querías que me disculpara?

—No —movió la cabeza y se alejó otra vez. Se dijo que debería ser capaz de pensar. Tenía que pensar—. No necesito disculpas, Adam.

—No deberías —murmuró. El perdón le llegaría con la misma facilidad que cualquier otra emoción—. Tu padre y yo mantuvimos una larga conversación antes de que viniera hasta aquí.

—¿Sí? —centró su atención en un cuenco con flores secas—. Qué bien.

—Me ha dado su palabra de que ya no... emularía cuadros.

De espaldas a él, sonrió. El dolor se desvaneció sin darse cuenta, y con él, las dudas. Se amaban. Había poco más en la vida. Sin dejar de sonreír, decidió no contarle a Adam la ambición de su padre con la escultura. Todavía no.

—Me alegro de que lo convencieras —comentó con ironía.

—Decidió concederme el punto, ya que voy a ser miembro de la familia.

—Qué bonito —se volvió—. ¿Piensa adoptarte?

—No fue precisamente la relación de la que hablamos —se acercó y volvió a tomarla en brazos. En esa ocasión, sintió la fortaleza—. Repíteme que no me amas.

—No te amo —murmuró, y le bajó la boca a la suya—. No quiero que me abrases —le rodeó el cuello con los brazos—. No quiero que vuelvas a besarme. Ahora —sus labios se aferraron a los de él, abriéndose, dando.

—Eres obstinada, ¿verdad? —musitó Adam a medida que se incrementaba la temperatura.

—Siempre.

—Pero ¿vas a casarte conmigo?

—Con mis condiciones.

—¿Y son? —cuando echó la cabeza para atrás, le llenó el cuello de besos.

—Puede que sea fácil, pero no llegaré gratis.

—¿Qué quieres, un acuerdo prematrimonial? —riendo, la observó. Era suya y nunca más la dejaría ir—. ¿No eres capaz de pensar en otra cosa que no sea el dinero?

—Me gusta el dinero... y aún tenemos que llegar a un acuerdo sobre mi tarifa para posar. Sin embargo... —respiró hondo—. Mis condiciones para casarnos son tener cuatro hijos.

—¿Cuatro? —aun conociéndola, lo sorprendió—. ¿Cuatro hijos?

Se humedeció los labios, pero habló con voz fuerte.

—Soy firme en ese número, Adam. No es negociable. Quiero hijos. Tus hijos —añadió con ojos jóvenes y llenos de necesidades.

Cada vez que pensaba que la amaba por completo, descubría que aún podía amarla más.

—¿Cuatro? —repitió, asintiendo—. ¿Alguna preferencia de sexo?

El aliento que había contenido salió en una carcajada. No, no se había equivocado. Se amaban. Poco más había.

—Soy flexible, aunque no estaría mal una mezcla —le sonrió—. ¿Qué piensas tú?

La alzó en brazos y se dirigió hacia las escaleras.

—Que será mejor que empecemos.



NORA ROBERTS, la autora número 1 en ventas de *The New York Times* y «la escritora favorita de América», como la describió la revista *The New Yorker*, comentó en una ocasión: «Yo no escribo sobre Cenicientas que esperan sentadas a que venga a salvarlas su príncipe azul. Ellas se bastan y se sobran para salir adelante solas. El “príncipe” es como la paga extra, un complemento, algo más... pero no la única respuesta a sus problemas».

Más de cuatrocientos millones de ejemplares impresos de sus libros avalan la complicidad que Nora Roberts consigue establecer con las mujeres de todo el mundo. El éxito de sus novelas es indudable, y quienes la leen una vez, repiten. Sabe hablar a las mujeres de hoy sobre sí mismas: sus lectoras son profesionales, fuertes e independientes, como los personajes que crea en sus libros, y sus historias llegan a un público femenino amplio porque son mucho más que historias de amor.

Las cifras son fenomenales: Nora Roberts ha escrito más de 180 novelas que se publican en 34 países, se venden unas 27 novelas suyas cada minuto y 42 han debutado en la primera semana de ventas en el codiciado número 1 de *The New York Times*.

